

Jóvenes y política.

Una etnografía del hacerse militante en el proyecto socio-histórico del kirchnerismo.

Autor:

Pacheco, Julieta

Tutor:

Manzano, Virginia

2021

Tesis presentada con el fin de cumplimentar con los requisitos finales para la obtención del título Magíster de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires en Antropología Social.

Posgrado

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
MAESTRÍA EN ANTROPOLOGÍA SOCIAL

Diciembre de 2021

JÓVENES Y POLÍTICA
UNA ETNOGRAFÍA DEL HACERSE MILITANTE EN EL
PROYECTO SOCIO-HISTÓRICO DEL KIRCHNERISMO

Maestranda: Julieta Pacheco

Directora: Virginia Manzano

Tesis presentada con el fin de cumplimentar los requisitos finales para la
obtención del título de Magister de la Universidad de Buenos Aires en
Antropología Social



FILO:UBA
Facultad de Filosofía y Letras

INDICE

AGRADECIMIENTOS	3
INTRODUCCIÓN	4
Antecedentes teóricos-conceptuales.....	11
Definición del problema, estrategias metodológicas y estructura de la tesis.....	15
CAPÍTULO I. LOS JÓVENES COMO ACTORES POLITICOS. LA IRRUPCIÓN DE LA ORGANIZACIÓN LA CÁMPORA EN LA ESCENA NACIONAL	21
Debates y problematizaciones sociales contemporáneas en torno a los jóvenes	21
De la resistencia a la transversalidad. Redefinición de los vínculos entre las organizaciones y el Estado.....	29
Hitos del proyecto kirchnerista y la construcción de un relato militante	32
A modo de cierre	37
CAPÍTULO II. LA CAMPORA SECUNDARIOS. RETÓRICAS OFICIALISTAS, MANDATOS GENERACIONALES Y ESTIGMATIZACIÓN	38
Crecimiento de La Cámpora y la constitución de su Frente Estudiantil.....	39
Discursos y políticas. Articulaciones conflictivas en torno a la politización de jóvenes	43
A modo de cierre	54
CAPÍTULO III. LA ORGANIZACIÓN EN LAS ESCUELAS. DINÁMICAS Y SENTIDOS DE LA MILITANCIA DEL FRENTE DE SECUNDARIOS.....	56
Inicios y motivaciones para la militancia en la escuela.....	56
El rol del militante secundario: “Bajar la política a las escuelas”	62
A modo de cierre	71
CAPÍTULO IV. EL BARRIO COMO ÁMBITO DE SOCIALIZACIÓN MILITANTE	74
La inserción de <i>los secun</i> en tres villas porteñas. Vida cotidiana, tradición y afectividad	75
La formación política. Articulación de compromisos para hacerse militante	79
A modo de cierre	89
CAPÍTULO V. “SER EL ESTADO EN EL BARRIO” Y “SER MILITANTE EN EL ESTADO”.	91
Militar el Estado. Sobre la estatalidad y la política institucionalizada	92
Ser el Estado en el barrio. Sentidos en torno a la militancia en territorio.....	98
Una experiencia de gestión militante de jóvenes.....	102
A modo de cierre	106

CAPÍTULO VI. “ABRAN PASO, LLEGÓ LA <i>JOTA PE</i> ”. PASADO, PRESENTE Y GENEALOGÍAS PARA LA MILITANCIA.....	107
Trayectorias heterogéneas en la constitución de un <i>nosotros</i>	108
“El 24 de marzo”. La producción de genealogías y emblemas de identidad.....	110
“La noche de los lápices”. La construcción de una alteridad histórica	118
A modo de cierre	124
CONCLUSIONES.....	126
BIBLIOGRAFÍA	136

AGRADECIMIENTOS

Quiero dedicar estas líneas para agradecerle muy especialmente a mi directora, Virginia Manzano, quien luego de transcurridos algunos años desde que concluyó la labor investigativa y de campo que dio lugar a este trabajo, me animó a retomar aquella experiencia para finalmente darle un cierre. Además de la enorme lucidez y aguda percepción para orientar mis reflexiones, revisar supuestos y alumbrarme de maneras muy sutiles –y por eso muy didácticas también- los diversos caminos para pensar y repensar el problema de investigación, no puedo dejar de mencionar su dedicación y amorosidad puestos en este acompañamiento, ya que, fueron elementos fundamentales para volver a poner en marcha este proyecto. Sinceramente le debo a ella gran parte del impulso necesario para convertirla en una tesis.

Agradecer a la Universidad de Buenos Aires que, en virtud del ideal democratizador asentado en la tradición universitaria reformista, que luego cobró impulso bajo las políticas del primer peronismo, nos da la oportunidad a muchos y a muchas de acceder a una educación superior, pública, gratuita y de calidad. Esto para mí, es motivo suficiente de orgullo y reivindicación.

Asimismo, extender mis reconocimientos a la querida Facultad de Filosofía y Letras que, gracias a su política de promoción de la formación permanente de sus graduados, me permitió seguir adelante con mis estudios, en el marco del Programa de Posgrado Participativo.

Por último, a los y las jóvenes con los que me vinculé en el marco de este proyecto quienes, aún en momentos difíciles, siguen apostando a la política como herramienta de transformación.

Ciudad de Buenos Aires, diciembre de 2021

INTRODUCCIÓN

Esta tesis aborda antropológicamente la relación entre jóvenes y política, atendiendo particularmente a la formación y el funcionamiento del *Frente de Estudiantes Secundarios*¹ de una organización argentina denominada La Cámpora, en tiempos en que Cristina Fernández de Kirchner ejercía la presidencia de la Nación. Partiendo de esta formulación, las primeras aproximaciones al tema nos llevaron a preguntarnos por la politización de la juventud y las particularidades que asumió este proceso en un contexto en que la misma fue convertida en objeto de políticas y en locus para la construcción de proyectos de organización y militancia, especialmente dentro de la fuerza gobernante.

Para avanzar en las dimensiones que fue adquiriendo el problema es necesario hacer algunas aclaraciones respecto del contexto en el que se desarrolló la labor investigativa. El trabajo de campo y gran parte de las hipótesis que dan lugar a este escrito fueron realizados entre 2012 y 2016. Es decir, tanto la vinculación con los jóvenes que forman parte del grupo con el que me relacioné, así como los interrogantes y reflexiones suscitadas por tales interacciones en el campo, tienen ya unos cinco años. Considero necesario explicitar estas circunstancias dadas las transformaciones operadas en el contexto político, social y cultural nacional en este corto, pero intenso, período de tiempo que transcurrió desde que concluyó la labor investigativa y el momento en que retomo aquella experiencia para darle un cierre.

La emergencia de nuevos lenguajes para la acción, la elaboración de sentidos y significados que vienen empujando procesos de politización colectiva, así como el grado de institucionalización alcanzado por nuevas y distintas problemáticas en los últimos tiempos dan un marco muy diferente a la producción y reproducción de la vida social hoy. En ese sentido, vale decir que las problemáticas instaladas por los colectivos feministas y los activismos del género y socio-sexuales ocupan gran parte de la agenda política y social en el

¹ A lo largo del trabajo usaremos indistintamente *Frente de Secundarios*, *La Cámpora-Secundarios* o simplemente *secundarios*, dado que se trata de categorías nativas equivalentes entre sí. Si el contexto descriptivo lo permite también podremos usar la categoría de *frente*, entendiendo que se trata de este espacio y no de otro.

presente. Podríamos situar el 2015, año de la primera movilización “Ni una menos”², como el momento bisagra en el que cobraron visibilidad pública y mediática cuestiones relacionadas con las demandas de los activismos del movimiento de mujeres y la diversidad sexual no sólo en Argentina sino en la región. En efecto, en los últimos años las principales ciudades de América Latina fueron escenario de grandes movilizaciones cuyas demandas y reivindicaciones cambiaron el mapa de las políticas, despertaron nuevas sensibilidades académicas, y por supuesto, impactaron en la construcción de subjetividades (Larrondo y Ponce, 2019). Sin pretender ahondar en una reflexión pormenorizada sobre estos temas, por mencionar un ejemplo paradigmático sobre el grado en que han cristalizado en la sociedad estas nuevas configuraciones de lenguajes y de acciones colectivas, los gobiernos que asumieron en diciembre de 2019, tanto el nacional como el provincial, han creado en sus organigramas administrativos reparticiones dedicadas a estos temas otorgándoles rango ministerial.

Es preciso mencionar también que quien fuera en aquel entonces presidenta de la Nación hoy ejerce el cargo de vicepresidenta, y la mayor parte del tiempo que duró el trabajo de campo, así como las hipótesis y formulaciones sobre las que se basa esta tesis, coincidieron con su segundo mandato al frente del Poder Ejecutivo Nacional. En diciembre de 2015 otra fuerza política de signo contrario al del gobierno que lideraba Cristina Fernández de Kirchner asumió la presidencia de la Nación, impulsando un rumbo totalmente opuesto a las políticas llevadas adelante hasta ese entonces.

Estas aclaraciones respecto de los contextos de producción académica son necesarias dado que -cada uno a su turno- han habilitado escenarios muy distintos para la emergencia y circulación de lenguajes y repertorios para la acción colectiva, haciendo que determinados aspectos de la realidad social se vuelvan públicos y sujetos a debates y, al mismo tiempo, despertando las sensibilidades académicas para su abordaje y reflexión. En aquel entonces, iniciando la segunda década del milenio, la observación de una serie de fenómenos que

² Se trata de una consigna con la que se convocó a una movilización el 3 de junio de 2015 a raíz de un femicidio ocurrido en Argentina pocos días antes. En aquella oportunidad la marcha del “Ni una menos” fue convocada como forma de protesta contra la violencia hacia las mujeres y su consecuencia más grave y visible, el feminicidio, y se replicó en ochenta ciudades del país. En la actualidad el nombre se usa para caracterizar al amplio movimiento feminista surgido en 2015, que posteriormente se expandiría a gran escala hacia varios países de Latinoamérica y otras regiones del mundo y la marcha se continúa realizando todos los años.

parecían emerger fue suscitando los primeros interrogantes de esta investigación. Por un lado, “los jóvenes”³ como objeto de numerosas políticas públicas que los ubicaban como destinatarios centrales de las acciones del gobierno kirchnerista. Por otro, la proliferación de discursos anclados en una retórica de la juventud como “causa” y “valor” (Vázquez, 2012) iban ganando un lugar cada vez mayor en la narrativa oficial del Estado. En tercer lugar, la problematización de las vinculaciones entre “jóvenes” y “política” en el debate público, así como un particular ensañamiento de los medios de comunicación con La Cámpora, que demonizaban tanto su militancia política como su participación en la gestión de gobierno. Por último, la activación símbolos y referentes del pasado como la Juventud Peronista por parte de numerosas agrupaciones juveniles inscriptas dentro del activismo kirchnerista. Todas estas cuestiones fueron despertando mi interés sobre las vinculaciones entre “juventud”, “política” y “peronismo”. Sin embargo, junto a estos aspectos que nos permiten tener una idea del clima controversial en el que se inscribía la presencia de La Cámpora en la escena nacional, se sumaba una circunstancia personal que era mi propia incorporación en esa organización. Así, la idea de poder observar de cerca determinados procesos que entendía comenzaban a gestarse, se me presentó como un motivo muy potente para querer relevar, reflexionar y dejar un registro sobre el modo de funcionamiento de una organización de la que yo formaba parte y que, a su vez, era noticia prácticamente todos los días en los medios de comunicación.

Ahora bien, a pesar de la determinación con la que aparecían algunas ideas vinculadas a aspectos que observaba se reiteraban en aquel contexto, me surgieron dudas sobre las posibilidades de problematizar un tema formando parte del universo empírico a través del que cobraba expresión. Una de mis incertidumbres tenía que ver con el grado de cercanía establecido con los sujetos con los que iba a construir el objeto de la investigación y en qué medida esa condición dificultaba la posibilidad de dicha construcción. El temor a quedar atrapada bajo mis propias orientaciones militantes, categorías nativas e incluso emociones en ese momento se me proyectaba como una contraindicación. Otra inquietud surgía del hecho de tratarse de una organización con alcance nacional, con lo cual el recorte socio-espacial con el que construiría el objeto de investigación me parecía inabarcable. Si bien una

³ A lo largo de este trabajo usaré cursivas para identificar las categorías nativas que son objeto de reflexión etnográfica. En cambio, las palabras o fórmulas entrecomilladas buscan remarcar expresiones relevantes de nuestro argumento.

alternativa práctica para resolver la cuestión de la magnitud de la organización podía ser centrarme en la militancia de alguno de sus *frentes* o en el trabajo territorial realizado alrededor de una *unidad básica*⁴, cualquiera de estos espacios entendidos como campos para una etnografía dejaban por fuera la pregunta inicial por las relaciones entre “jóvenes” y “política” que me había llevado a imaginar el tema. Esto obedecía al hecho de que, si bien en sus inicios en el año 2006 La Cámpora se conformó como una organización juvenil, en el presente etnográfico de esta investigación tal característica no encajaba en relación al universo de sujetos que la integran. En efecto, en aquel entonces y en la actualidad, La Cámpora es una organización que aglutina a militantes de diferentes edades, orígenes y trayectorias militantes.

En esas disyuntivas me encontraba cuando a mediados del año 2012 empecé a tomar contacto con algunos jóvenes de su *Frente de Estudiantes Secundarios* y fue aquella circunstancia la que me llevó, por un lado, a intentar regular la contradicción que suponía mi cercanía respecto de los sujetos de la investigación y, por otro, a reencauzar nuevamente la pregunta inicial por las vinculaciones entre “jóvenes” y “política”. Mis primeros contactos con ellos y ellas se dieron en julio de aquel año cuando empecé a trabajar en el Ministerio de Educación de la Nación. Este hecho habilitó mi participación en la *Mesa de Educación* de la organización, espacio en el que este grupo tenía representación y que era coordinado por quien en ese entonces estaba a cargo de un área ministerial en la que me incorporé a trabajar como asesora. En la *Mesa* se ponían en discusión cuestiones de la agenda educativa nacional, provincial y porteña, y por aquella época -como parte del movimiento estudiantil secundario- los jóvenes del *frente* se encontraban atravesando un conflicto con las autoridades educativas del Gobierno de la Ciudad, quienes impulsaban una reforma curricular para las escuelas medias. En aquel contexto este espacio también fue el ámbito propicio para promover discusiones e intercambios en torno a dos proyectos de ley -el de “voto a los dieciséis” y, un año después, el de “centro de estudiantes”, que instalaron nuevamente la cuestión “jóvenes y política” en el centro de los debates.

⁴ Una *unidad básica* es un espacio físico, generalmente un local alquilado, que centraliza y organiza las actividades que los militantes desarrollan en los barrios, como ser reuniones entre militantes, charlas abiertas a la comunidad, proyección de películas, peñas, apoyo escolar, etc. A lo largo del trabajo utilizaremos indistintamente *unidad básica*, *UB* o simplemente *básica*, que son los términos utilizados indistintamente por los sujetos.

Fue en el marco de compartir este espacio con algunos integrantes del *frente* que les transmití la intención de llevar adelante una investigación que en principio consistió en seguir de cerca sus actividades, acompañándolos y participando de cada una de las iniciativas que llevaran adelante. La mayoría de aquellos con quienes tomé contacto y seguí sus actividades en una villa porteña, asistían a una escuela secundaria de la Ciudad de Buenos Aires ubicada en el barrio de Balvanera, aunque esta delimitación geográfica no impedía que se vinculen frecuentemente con jóvenes del conurbano y otras provincias quienes también pertenecían a la organización. En este marco de interacciones he contado con la posibilidad de dialogar de manera más profunda con cinco jóvenes (tres mujeres y dos varones) que fueron mis principales interlocutores en el campo y que, al momento de iniciada esta investigación, daban vida al *frente* a partir de su rol como *referentes* con diferentes grados de responsabilidad dentro del mismo. El trabajo de campo propiamente dicho se desarrolló entre mediados de 2012 y fines de 2015, de modo que muchos de los y las jóvenes que conocí y con quienes me relacioné se encuentran participando en otros *frentes* o espacios políticos, e incluso hay quienes en la actualidad ocupan cargos de gestión. Como ejemplo de ello, puedo mencionar a uno de los jóvenes al que había conocido y entrevistado como responsable de los *secundarios* de La Cámpora en CABA, quien luego de algunos años estuvo involucrado activamente en la apertura de una *unidad básica* en el barrio de La Boca. Otra joven, se incorporó al *Frente de Villas*, y supe también de un militante que, una vez que empezó a cursar en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, se sumó al espacio de militancia universitaria de la organización. Asimismo, unos cinco años después de concluida la investigación, supe de otro joven que fue nombrado para desempeñar un cargo de gestión en el Ministerio de Desarrollo Social de la Nación.

Con relación a la construcción del corpus documental que integra el material de análisis, si bien gran parte del mismo está constituido por datos producidos en el marco de entrevistas, registros de campo y participación en reuniones o distintas actividades, debo explicitar que, en virtud de la pertenencia al mismo espacio político, existieron numerosas situaciones que se dieron de manera imprevista y me aportaron información y sentidos que tal vez no hubieran asomado en el marco de una entrevista. Por supuesto es posible poner entre paréntesis la casualidad de estos encuentros, dado que el hecho de compartir ámbitos de militancia volvía frecuente las interacciones con estos jóvenes, colocándome de manera

recurrente frente a la posibilidad de relevar datos para la investigación. En ese sentido, merece la pena señalar que la frecuencia de los contactos, alentada por una agenda política sumamente agitada me permitió establecer una relación de cercanía y confianza con algunos integrantes del grupo que se volvió central y estratégica a la hora de construir el problema. Por otro lado, estos vínculos se vieron enriquecidos por distintas variables como la condición de ser mujer, profesional, adulta, la pertenencia a otro *frente*, y las expectativas suscitadas a partir de diferentes posiciones dando lugar a una serie de interacciones que merece la pena señalar aquí, puesto que desde ellas también generé los datos que bajo ciertos parámetros de producción de conocimientos he intentado transformar en datos etnográficos.

A modo de ejemplo, puedo mencionar que durante el año 2014 colaboré con tres jóvenes pertenecientes al *frente* que se habían incorporado a trabajar en el Ministerio de Educación de la Nación, haciendo un aporte en la redacción de los fundamentos de un programa⁵ que dependía de esa cartera. Otro ejemplo estuvo dado por las veces en que me han convocado desde el *Frente de Secundarios* para llevar adelante alguna charla ya sea sobre las temáticas de “género y diversidad”, dada mi participación en aquel entonces en el *Frente de Mujeres*, o relativas a los programas de políticas universitarias, por mi trabajo en el ministerio. Asimismo, al estar vinculada al ámbito universitario –por mi formación, militancia y trabajo– y siendo la educación superior parte de las expectativas personales de estos jóvenes, a lo largo del proceso de investigación ellos y ellas también se interesaron especialmente por el curso de mi tesis, sobre la carrera en la que me formé, e incluso han consultado mi opinión sobre una investigadora –socióloga ella– quien tenía la intención de realizarles entrevistas para su trabajo sobre “kirchnerismo” según me expresaron. Asimismo, las veces que me crucé e interactué como “una más” en actos, plenarios generales, peñas, y diferentes eventos, fueron instancias que impactaron de muy distintas maneras en el desenvolvimiento y construcción de los vínculos, pero, además, debo señalar que ha sido en el marco de esas interacciones que me formulé las preguntas, construí los datos y circulé en el campo.

Explicitar estas cuestiones en relación al ejercicio que supuso llevar adelante una investigación empírica teóricamente orientada, pero con estas características, surge de un interés personal por buscar e intentar hacer lugar a modos de construcción del conocimiento

⁵ Me refiero al Programa de Organización de Centros de Estudiantes que será recuperado en el capítulo 5.

que habiliten aspectos relativos a la dimensión afectiva, cotidiana y personal en la que se construyen las relaciones con nuestros interlocutores. Sobre todo, considerando que muchos y muchas de nosotros, digo, quienes tenemos entre nuestros proyectos vitales hacer un aporte reflexivo sobre el mundo social, no nos dedicamos exclusivamente a la investigación académica, sin embargo, es posible encontrar, habilitar y legitimar modos de producir saberes sobre “lo social” a partir de la reflexión en torno a los diversos ámbitos que habitamos, transitamos y vivenciamos, en ocasiones, no primariamente desde un interés y propuesta investigativa. En mi caso, el abordaje complejo que representó construir un objeto de estudio debe ser puesto en correlación con la situación personal que supuso la realización de esta investigación en mi propia biografía: a la vez que un ejercicio de observación y reflexión intelectual, este trabajo se vio inscripto en prácticas de militancia -aunque también experiencias socio laborales- de las que yo misma he sido parte y que incluyeron amplios procesos de significación social. En ese sentido, retomo las preocupaciones de otras investigadoras quienes nos invitaron a pensar sobre las “sensibilidades académicas” desde las cuales “solemos formular nuestros interrogantes, construimos los objetos de estudio, circulamos por -y participamos en- el campo, producimos información y tomamos las decisiones sobre los modos de adentrar, vincularse e involucrarse con lo político” (Manzano y Ramos, 2015: 1). Y es desde mi condición de militante, que las exigencias del trabajo etnográfico se enmarcaron en lo que podría definirse como una investigación-acción-participante (Cura, 2015), de manera que la producción del material sobre el que reflexiona esta tesis se inscribe en relaciones intersubjetivas que exceden lo que define a una investigación como etnográfica en sentido estricto.

Estas reflexiones intentan dejar sentado un posicionamiento político epistemológico sobre las formas de construir conocimientos sobre el mundo social, teniendo en cuenta que si bien los datos que producimos en el campo y sobre los que reflexionamos emergen de un tipo particular de relación establecida con quienes interactuamos en el marco de nuestras investigaciones, los “compromisos” y “afectividad” que compartimos con muchas y muchos de los sujetos que participan de nuestros proyectos forman parte de las circunstancias que abren nuestra mirada y estimulan nuestras sensibilidades para embarcarnos en la labor investigativa. Por tales motivos, desde estas líneas intentamos hacerles un lugar como parte de los términos metodológicos y epistemológicos desde los que generamos los datos con los

que trabajamos. En ese sentido, en este apartado hemos intentado dar cuenta de las condiciones y formas de relacionamiento que posibilitaron, pero también imprimieron características particulares a la realización de este trabajo.

ANTECEDENTES TEÓRICOS-CONCEPTUALES

Dadas las características de esta tesis, revisten un gran interés como antecedentes los estudios que cobran impulso promediando la primera década del segundo milenio, orientados a reflexionar en torno a los procesos de politización en diferentes ámbitos de sociabilidad (Vázquez et al., 2017). Especialmente en Argentina surge una renovada discursividad acerca de las militancias juveniles, a partir del salto a la visibilidad pública de grupos que destacan la condición juvenil de sus miembros. La advertencia de estos fenómenos nutrió un conjunto de análisis y reflexiones que volvieron a trabajar desde la idea de “novedad” para entender la emergencia de los activismos juveniles y consolidaron investigaciones interesadas en analizar las formas de participación y organización de jóvenes en ámbitos como las organizaciones sociales (Cura, 2013), el mundo del trabajo (Enrique y Scarfó, 2010; Otero, 2006, 2010) o el movimiento estudiantil secundario (Enrique, 2010, 2011; Núñez, 2013; Larrondo, 2013, 2015).

En este punto nos resulta ineludible citar a dos autoras que merecen ser destacadas por su aporte al estudio de los movimientos estudiantiles en Argentina y, para el caso de esta investigación, por su evidente vinculación en términos de antecedentes sobre la clave estudiantil de los jóvenes con los que trabajamos. Ellas son Iara Enrique y Marina Larrondo. Así, en su Tesis de Maestría (2011), desde un enfoque histórico antropológico, Enrique reconstruye aspectos del proceso de permanente conformación y actuación del movimiento estudiantil secundario en el periodo que va de fines del siglo XIX al año 1989. En líneas generales sus conclusiones apuntan a subrayar que a lo largo del siglo XX la escuela media argentina se planteó un objetivo normativo democrático, pero sus políticas educativas no posibilitaron realmente la constitución de espacios de participación y práctica ciudadana, más bien tendieron a repeler la organización política estudiantil o a encauzarla bajo dispositivos más o menos “permisivos” en los distintos períodos. Por su parte, el trabajo de Larrondo nos

permite acercarnos al accionar del movimiento estudiantil secundario señalando que a largo de los últimos treinta años ha habido un proceso de “escolarización de la política” (2015). Analizando distintas formas de participación en la escuela que dan cuenta de un “continuum” entre lo estrictamente “político” y lo “asociativo”, la autora señala que la regulación de la participación en estas instituciones ha dado lugar a una “política escolarizada”, que tiende a negar la dimensión de antagonismo y confrontación de “lo político” y a “adaptar” demandas, reclamos, reivindicaciones e identidades partidarias para poder habilitar su ingreso al espacio de la escuela. Teniendo en cuenta los efectos de la regulación de la participación estudiantil, así como las pujas de los estudiantes por ampliar sus márgenes de participación, la autora da cuenta de las estrategias de los jóvenes para traducir acciones y propuestas “políticas”, cuyo contenido es considerado conflictivo puesto que remiten a una dimensión antagónica de la vida social.

Con relación a los procesos de repolitización de distintos espacios y actores sociales, debemos referirnos al volumen de trabajos que, inscriptos en la llamada “sociología del compromiso militante” (Vázquez, 2013), centraron su interés en el quehacer y discursos de jóvenes como parte de los procesos de construcción de las bases electorales de apoyo a los gobiernos de Néstor Kirchner y Cristina Fernández. En ese sentido, en un interesante trabajo comparativo Dolores Rocca Rivarola (2015) ha puesto el foco sobre las condiciones del vínculo “representante-representados”, construido en el marco de los gobiernos kirchneristas en Argentina, así como en el de Luis Inacio Lula da Silva en el Brasil. En esa revisión, la autora ofreció una sistematización de trabajos dedicados a explorar las modalidades y concepciones en torno a la militancia por parte de sus propios protagonistas. Las conclusiones generales de este trabajo nos muestran cómo en un contexto de desafiliación ciudadana respecto de los partidos políticos, las bases de sustentación activa de estos gobiernos vieron desarrollarse y consolidarse redes de militancia organizada a partir de sus distintos orígenes, trayectorias y perfiles, aglutinadas fundamentalmente en torno al apoyo a las figuras presidenciales.

Dentro de estos trabajos merece destacarse el de la socióloga argentina Melina Vázquez, quién ha reflexionado en torno a la participación política de jóvenes y como parte de un proceso de “institucionalización de la política” (Goirand, 2013). Recuperando textos de

discursos oficiales y relatos de los propios militantes, la autora ha reflexionado sobre la manera en que a partir del primer gobierno de Cristina Fernández de Kirchner (2007-2011), “la juventud” se fue convirtiendo en una causa pública que contribuyó a promover adhesiones y movilización. De este modo, lejos de los esquemas más clásicos que explicaban los fundamentos de la acción partiendo de la oposición entre “el interés altruista” o “el beneficio material” (Rius, 2013), Vázquez ha analizado las consignas y valores que impulsaron la participación política de jóvenes durante los gobiernos kirchneristas (Vázquez, 2013). Por esta vía, recuperando los discursos y relatos históricos a partir de los cuales las organizaciones kirchneristas configuraron y legitimaron sus proyectos políticos, los trabajos enmarcados en la llamada “sociología del militatismo” contribuyeron a iluminar términos y representaciones que fueron claves para explicar los procesos de elaboración identitaria y comprender el protagonismo que adquirieron los “jóvenes kirchneristas” por aquellos años. Las perspectivas aportadas por estas investigaciones fueron precisas al establecer rupturas y continuidades comparando, por ejemplo, experiencias militantes recientes con las de las décadas de los setenta y noventa (Natalucci, 2008). A la par de estos aportes, también fueron objeto de análisis las condiciones sociopolíticas que habilitaron la construcción de una “narrativa oficial” que sostendría “el regreso de los jóvenes a la política” (Vázquez, 2013), las formas de militar y de dar sentido a la militancia entre los activistas (Vázquez y Vommaro, 2012), así como la producción de un relato elaborado a partir de la selección de determinados hitos que permitieron mostrar cómo se fue construyendo el “espacio militante kirchnerista”, se (re)inventaron tradiciones y se definieron los principios de legitimidad en torno a la militancia (Ibíd.), influyendo en su capacidad de reclutamiento y permitiendo la reelaboración de identidades (Natalucci, Ibíd.; Pérez y Natalucci, 2012, Vázquez y Vommaro, Ibíd.). En general, estos trabajos se han enfocado en los modos diferenciales en que las organizaciones interpretaron los procesos abiertos a partir de 2003, las formas en que actualizaron estrategias de intervención pública, así como los arreglos y/o ajustes para incorporar a la acción política modalidades de organización previas (Perelmiter, 2009; Natalucci, Ibíd.). Si bien en las voces de jóvenes recuperadas en estos trabajos aparecen “la vuelta en el 2003” o “la bajada de los cuadros⁶” como hechos que entrelazaron experiencias

⁶La premisa se refiere a la orden dada por Néstor Kirchner en marzo de 2004 de bajar los retratos de los dictadores de las instalaciones de la Ex Escuela de Mecánica de la Armada.

personales y sociales y que despertaron su interés por *la política*, en otras investigaciones se señala el conflicto que mantuvo el gobierno nacional con los sectores agropecuarios a principios de 2008 como el que dio inicio al ciclo de movilizaciones e ingreso a la militancia juvenil (Vázquez et al., 2017).

Un antecedente para destacar en el campo de las reflexiones antropológicas lo constituyen trabajos como los de Elena Marifil (2015), María Victoria D'Amico (2015) y Felisa Cura (2013, 2014 y 2015). En cada uno de ellos, los esfuerzos intelectuales están orientados a restituir las tramas relacionales y los procesos a través de los cuales la política es producida cotidiana y colectivamente. Resulta de gran interés el trabajo de Cura (2013) que recupera el recorrido de un grupo de jóvenes estudiantes universitarios con inserción política y territorial en un barrio del conurbano bonaerense, mostrando la centralidad de las vinculaciones con el Estado a la hora de poner en juego representaciones y prácticas de construcción política. Al igual que Cura, desde un enfoque que busca restituir las tramas de relaciones y las interacciones cotidianas que vuelven posible la producción situada de la política, tanto Marifil como D'Amico, iluminan sobre los modos en los que el Estado es agenciado en prácticas concretas a partir de las cuales los militantes gestionan recursos, sostienen esquemas de clasificación y administran moralidades en el territorio (D'Amico, *Ibíd.*). Asimismo, el trabajo de Marifil (2015) nos muestra cómo el acceso de militantes al Estado termina redefiniendo las formas de militar y hacer política, en lo que podríamos denominar un proceso de institucionalización del “savoir faire” militante.

Destacamos la relevancia del conjunto de estos antecedentes en función de habernos permitido colocar el acento en los procesos de redefinición del campo de las relaciones entre el Estado y los distintos actores sociales, teniendo en cuenta las reconfiguraciones operadas en el escenario político nacional a partir de 2003, pero fundamentalmente por su interés en la emergencia –y/o la reconversión- de distintas organizaciones y activismos, que son los que fueron conformando y caracterizando al denominado “espacio militante kirchnerista”. Estos aportes han resultado fundamentales para estimular nuevas orientaciones y llamar la atención en torno a los procesos de organización política de jóvenes, así como sobre los actores que fueron configurando el campo político en general y a las “juventudes kirchneristas” en particular. Sin embargo, coincidimos con Cura (2014) en señalar que la focalización excesiva

en aspectos formales o estratégicos de la acción, así como el peso otorgado a las fuentes escritas y a los relatos oficiales, han tendido a opacar la posibilidad de comprender estos procesos a la luz de la heterogeneidad de sujetos que les han dado forma desde sus diversas voces y miradas, así como desde las prácticas colectivas e interacciones desplegadas en los espacios donde se desarrolla la vida cotidiana. Como señala esta autora, el enfoque centrado exclusivamente en los discursos y declaraciones oficiales ha generado “la producción de imágenes encantadas y homogéneas que dificultan una comprensión más profunda de estos procesos” (Cura, 2014: 54). En esa dirección, los aportes realizados por los estudios enmarcados en la llamada “sociología del militante” deben ser complementados con análisis sobre los modos en que las dimensiones simbólicas, ideológicas e identitarias se conjugan con tramas de relaciones y prácticas cotidianas inscriptas localmente. Al mismo tiempo, entendemos que el énfasis colocado únicamente en la adquisición de saberes y competencias individuales –derivadas del análisis biográfico y las trayectorias personales– suele dificultar la posibilidad de comprender estos procesos a la luz de la fluidez y el dinamismo de las experiencias y vínculos colectivos más amplios que los constituyen y posibilitan.

Recuperando estos antecedentes y poniendo en diálogo su capacidad interpretativa para iluminar los procesos bajo estudio, las reflexiones que siguen pretenden cubrir una serie de aspectos que permitan recobrar el flujo de la vida social desde la dimensión de la vida cotidiana procurando hacer un aporte al estado actual del conocimiento sobre las formas de politización juveniles.

DEFINICIÓN DEL PROBLEMA, ESTRATEGIAS METODOLÓGICAS Y ESTRUCTURA DE LA TESIS

Esta tesis aborda las relaciones entre “jóvenes” y “política” a partir del trabajo sostenido con un grupo de jóvenes pertenecientes al *Frente de Estudiantes Secundarios* de La Cámpora de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires (CABA, de ahora en adelante), en un período de tiempo que se extendió entre mediados de 2012 a fines de 2015. En el camino de focalizar el problema de investigación, nuestro punto de partida ha sido preguntarnos en torno a los procesos de politización juveniles, centrando la mirada en las prácticas y discursos que fueron

emergiendo como parte de la experiencia organizativa de este grupo de jóvenes, recuperando los vínculos y tramas relacionales que dieron forma a su militancia en un escenario configurado por políticas que los interpelaban como destinatarios centrales, así como por discursos públicos que los ubicaban como objeto de estigmatización.

La perspectiva antropológica nos ha llevado a documentar el conjunto de actividades e iniciativas que estos jóvenes desarrollaron en distintos ámbitos y la escala propuesta nos ha permitido recobrar el flujo de la vida social en la que produjeron los diversos sentidos sobre la política. Desde esta posición epistémica, el desafío ha consistido en poder captar la complejidad que supone articular las dimensiones históricas y sociales con las tramas de relaciones y prácticas cotidianas inscriptas localmente que fueron dando especificidad a su militancia en el contexto analizado. En estas formulaciones seguimos los planteos que hiciera Elena Achilli quien ha definido el proceso de investigación como “un esfuerzo por relacionar distintas dimensiones de una problemática analizando los procesos que se generan en sus interdependencias y relaciones históricas contextuales” (2005: 17). Dentro de tal orientación, la autora destaca algunos núcleos que caracterizan a la etnografía: el interés por el conocimiento de la cotidianidad social, la recuperación de los sujetos sociales, sus representaciones y construcciones de sentido y, por último, la dialéctica entre el trabajo de campo y el trabajo conceptual. En ese sentido, el seguimiento de este grupo en particular requirió poder desplegar aspectos centrales del enfoque etnográfico, a partir del que nos fue posible acceder a las prácticas, discursos y tramas relacionales que formaron parte de su experiencia militante en un contexto en que distintas iniciativas orientaron su ordenamiento como *frente*, que coincidió con la apelación narrativa del gobierno nacional a la participación juvenil y un escenario político controversial. En tanto enfoque centrado en la construcción de los datos a través de la observación y participación en contextos de interacción situados, la perspectiva etnográfica fue clave para abordar la complejidad derivada de la múltiple articulación existente entre fenómenos que discurren en la dimensión local de la vida cotidiana y la operatoria de procesos socioculturales y políticos más amplios que los condicionan y a la vez posibilitan. En nuestro caso, desde un enfoque relacional hemos atendido a las articulaciones que se fueron estableciendo entre las transformaciones del escenario político y social impulsadas por las políticas de gobierno (particularmente durante el segundo mandato de Cristina Fernández de Kirchner), los procesos organizativos

propriadamente dichos y las tramas relacionales en las que se fueron entretejiendo los discursos y prácticas cotidianas de este grupo de jóvenes.

Considerando el problema y la metodología propuesta, el análisis que sigue se inscribe en la perspectiva analítica que en antropología se ha preguntado por “lo político”, empujando sus definiciones más allá del lenguaje de “orden” y “trascendencia” asociados al Estado (Das y Pole, 2008), y superando las fragmentaciones que suponían concebirlo como un dominio separado de la vida social (Manzano y Ramos, 2015). En el marco de este giro conceptual, esta tesis intentará aportar conocimientos sobre los procesos de politización juveniles, emprendiendo un camino de reflexión sobre los modos en que distintas experiencias, interacciones y pautas organizacionales han intervenido en la formación de estos jóvenes como *militantes*. Centrarnos en los procesos de politización juveniles a partir de la experiencia organizativa de un grupo en particular ha significado preguntarnos por los modos en que se construye un “sujeto político”. Para responder a esta pregunta vamos a recurrir a la noción de “lugares” (Manzano y Ramos, *Ibíd.*), que creemos nos permite poner en valor los distintos ámbitos donde los sujetos se encontraron, articularon trayectorias individuales y encarnaron un proyecto colectivo en un continuo proceso de “ser hecho y hacerse a uno mismo” (Ong, 1996). Como puede apreciarse, la tesis se interroga por los procesos de subjetivación política, es decir, sobre los modos cómo las personas se “transforman” en sujetos políticos particulares a partir de implicarse en labores comunes, adherir a valores, asimilar mandatos y reivindicar herencias históricas como parte de una articulación “estratégica” y “afectiva” resultante de un modo particular de “ser juntos” (Manzano y Ramos, *Ibíd.*). En ese sentido, apostamos a la idea de que los “lugares” nos permiten captar la singularidad de estos procesos haciendo foco en la dimensión local en la que se anclaron las distintas iniciativas y circularon los términos que orientaron esa experiencia, instituyendo los compromisos y disposiciones para la acción a través de las cuales los jóvenes se fueron formando a sí mismos como *militantes*.

En un trabajo reciente, Sian Lazar (2019) ha explorado las formas de subjetividad promovidas desde el sindicalismo argentino, recuperando la influencia de una importante tendencia en la antropología contemporánea de la ética, que vincula “subjetivación” y “cultivo de sí” sobre la base de los trabajos tardíos de Foucault (1990). Siguiendo estas

formulaciones, el “cultivo de sí” tendría lugar a través de lo que identifica como “tecnologías del yo”, que indican un trabajo sobre la propia biografía orientado a establecer diversos “modos de sujeción” a través de los cuales los individuos instituyen su relación de obligatoriedad con las reglas, contribuyendo a reforzar posiciones, disposiciones y comportamientos, que apuntan a regular los modos de actuar y de ser en el mundo así como las formas de relacionarse con los otros (Manzano, 2007). Desde esta perspectiva, es posible afirmar que a través una variedad de “tecnologías del yo” los *militantes* se crean a sí mismos “como tipos particulares de activistas, se ubican en una historia común de acción, recurren a figuras ejemplares como fuente de inspiración, y producen narrativas compartidas del compromiso, la vocación, etc.” (Lazar, 2019: 32). Con respecto al concepto de “militancia” Lazar hace referencia a un conjunto de prácticas y valores con resonancias históricas significativas. De manera amplia, la militancia alude al activismo político organizado colectivamente y el concepto es útil para describir las prácticas de “cultivo de sí” que realizan los *militantes* permitiéndonos evocar tanto el proceso de construcción de una posición del sujeto, así como a la filosofía de la acción que la orienta y que finalmente, en palabras de la autora, “tiene consecuencias éticas en particular en tanto modos de describir y cultivar el conjunto de virtudes que constituyen a un buen militante y los valores que están implícitos en su acción política” (Ibíd.: 83).

Con base en todo lo expuesto, este trabajo tiene como propósito reflexionar sobre las prácticas y sentidos a través de los cuales los jóvenes del *Frente de Secundarios* de La Càmpora se fueron formando como *militantes*, atendiendo a los distintos ámbitos donde tuvo lugar su experiencia organizativa. Para llevar adelante esta propuesta, la tesis se encuentra organizada en capítulos que se proponen ir dimensionando la construcción del “objeto” de nuestra investigación, y en un esfuerzo por relacionar sus distintas dimensiones nos interesa articular tres órdenes de datos: uno que ha atendido a las prácticas y discursos que los sujetos desplegaron en el marco de su militancia cotidiana. Otro, referido a la forma en que se fue definiendo y materializando la conformación de *La Càmpora-Secundarios* como espacio perteneciente a una organización mayor. Y, por último, datos referidos a las estructuraciones propias del contexto político (políticas y narrativas del gobierno) y los escenarios socioculturales (la juventud como “promesa/emblema” de futuro y a la vez como objeto de

estigmatización) que operaron como aspectos condicionantes y habilitadores para la acción política.

En el primer capítulo procuramos recuperar una serie de acontecimientos y escenarios que nos muestren cómo fueron apareciendo y adquiriendo relevancia los valores de “juventud” y “política”, volviéndose conceptos centrales para la cultura y el debate social contemporáneos. En segundo lugar, vamos a ofrecer un repaso por aquellos momentos o “episodios clave” que fueron configurando los escenarios para la aparición de La Cámpora como organización identificada con el espacio político kirchnerista, pero también como un actor social clave que permitió renombrar las articulaciones conflictivas entre “jóvenes” y “política”.

El segundo capítulo nos permite adentrarnos específicamente en la militancia de los *secundarios* de La Cámpora, recuperando las políticas y discursos que en aquel entonces colocaron a los jóvenes en el centro de los debates públicos. En esa dirección, iremos desplegando las distintas dimensiones del cuadro relacional que fue construyendo a “los jóvenes” como objeto de la narrativa kirchnerista, procurando iluminar aspectos de la dinámica que adquirió la relación de esta organización con la fuerza gobernante, así como los mandatos y obligaciones asignados a los jóvenes en términos generacionales.

En el tercer capítulo vamos a reflexionar sobre los sentidos de la militancia de *secundarios*, recuperando aspectos de los debates que se dieron los sujetos para “bajar la política a las escuelas”. En este marco vamos a presentar una descripción general del contexto en el que los jóvenes de La Cámpora comenzaron a organizarse como *frente* en las escuelas, y paralelamente vamos a reponer las discusiones que se dieron ellos y ellas teniendo como telón de fondo la sanción de dos leyes impulsadas por diputados kirchneristas en el parlamento nacional, que entendemos orientaron las acciones y lenguajes disponibles para la militancia en estos ámbitos.

El capítulo cuarto aborda otro de los “lugares” donde se fue constituyendo la militancia de estos jóvenes: el barrio. Además de las consignas que significaron, justificaron y apuntalaron el proceso de inserción de *secundarios* en *territorio*, vamos a recuperar las prácticas y sentidos que animaron su experiencia organizativa en estos ámbitos, que creemos orientaron la formación de los y las jóvenes en direcciones específicas. En tanto dimensión local de

reproducción de la vida cotidiana, el seguimiento de las prácticas de militancia en un barrio en particular nos ha permitido captar más que en ningún otro lugar, las formas relacionales y afectivas de producción de la política.

En el quinto capítulo se abordarán los sentidos producidos en torno a la noción de Estado por parte de un grupo de jóvenes del *frente*, a partir del análisis de tres situaciones que nos permitieron explorar las modalidades que asumió la relación de estos sujetos con la “estatalidad”. Nuestro punto de partida han sido dos consignas: “ser militante en el Estado” y “ser el Estado en el barrio”, a través de las cuales vamos a recuperar categorías nativas como *gestión*, *militancia* y *Estado*, cuyos usos operaron diversos sentidos en los procesos de subjetivación política analizados y a la vez redefinieron al Estado simbólicamente y materialmente.

En el capítulo sexto, que da cierre a este trabajo, vamos a reflexionar en torno a las dimensiones simbólicas e identitarias que han intervenido en la experiencia militante de estos jóvenes, iluminando el proceso de construcción de un “nosotros compartido” que creemos muchas veces anima y da fundamento al aspecto colectivo de la subjetivación política. En este caso, nos hemos enfocado en los significados producidos en torno dos eventos conmemorativos -el 24 de marzo y el 16 de septiembre- que emergieron como parte de la retórica de construcción de un “pasado” y una “genealogía” para este grupo de jóvenes, con una valencia específica para la acción política presente.

Por último, antes de dar paso a los capítulos, aclarar que, si bien los jóvenes con quienes me relacioné en el marco de esta investigación manifestaron no tener inconvenientes en que revelara sus nombres, para mantener su anonimato he preferido reemplazarlos por otros ficticios, conservando el género de los mismos. Sólo cuando se trate de dirigentes o referentes con mayor conocimiento público, serán citados con sus nombres reales. Asimismo, a la hora de aludir a los barrios, he preferido mencionarlos explícitamente, puesto que entiendo dan cuenta del rumbo que tomó la organización de la militancia en CABA, como parte de procesos sociales más amplios que configuraron la escena política nacional en aquel entonces, y la mención de estos barrios da cuenta de la importancia que adquirió para esta organización insertarse y apuntalar su armado en las villas porteñas más antiguas y con mayor cantidad de habitantes.

CAPÍTULO I. LOS JÓVENES COMO ACTORES POLITICOS. LA IRRUPCIÓN DE LA ORGANIZACIÓN LA CÁMPORA EN LA ESCENA NACIONAL

Buenos días, compañeros y compañeras. Recién pensaba, ¿no? que... que bueno que es estar en esta casa que es la sede de HIJOS⁷ en la ESMA. Que es una sede... HIJOS nunca tuvo sede, nunca tuvo un lugar donde discutir, juntarse. Me tocó militar en HIJOS allá por el 97, fines del 96, cuando la policía te perseguía, cuando la SIDE... era quizás un juego ¿no? para ellos era encontrar a los hijos de los subversivos (...).

Eduardo “Wado” de Pedro, integrante de la Mesa Nacional de Conducción, Plenario del Frente de Secundarios, 23 de marzo de 2013, ExESMA

Iniciamos el capítulo con esta cita que nos permite introducir la perspectiva histórica, así como las continuidades y persistencia de los debates en torno a los jóvenes en nuestro país. La alusión a HIJOS –organización de jóvenes hijos e hijas de desaparecidos- para interpelar a otros jóvenes nos da la clave juvenil. La perspectiva histórica de las problematizaciones queda establecida por la afirmación de la línea “setentas-noventas-presente”. Con estas coordenadas nos proponemos presentar algunas formulaciones que fueron permeando la reflexión intelectual y los debates sociales contemporáneos, imprimiendo características particulares a las vinculaciones entre “jóvenes” y “política”, para adentrarnos desde una perspectiva socio histórica al escenario que dio lugar a los procesos de politización juveniles en los que se inscribe la experiencia de La Cámpora y de su *Frente de Secundarios*.

DEBATES Y PROBLEMATIZACIONES SOCIALES CONTEMPORÁNEAS EN TORNO A LOS JÓVENES

⁷ La sigla “HIJOS” hace referencia a la denominación “Hijos por la Identidad, la Justicia, contra el Olvido y el Silencio”, organización integrada por hijos e hijas de víctimas del plan de desaparición forzada que llevó adelante la última dictadura cívico-militar en la Argentina.

A nivel mundial, el surgimiento de “los jóvenes” como actor político y de “lo juvenil” como un valor cultural que adjetiva prácticas y consumos, cobra fuerza en los años sesenta (Manzano, 2010). Como en buena parte de Latinoamérica en nuestro país esta etapa estuvo atravesada por una “sensibilidad de inminencia”, esto es, de “cambio a punto de suceder” (Cosse et al., 2010). Así lo señalan Cosse, Felitti y Manzano (Ibíd.) en la introducción a un interesante trabajo sobre las transformaciones de aquella década: “en la medida en que la autoridad atribuida al pasado y a la tradición se erosionaba, se transformaban también los modos de experimentar y significar las relaciones de género, familiares e intergeneracionales” (Ibíd.: 10). Ahora bien, si ha habido un actor que estuvo en el centro de las dinámicas modernizadoras y de la radicalización política de los sesenta, no caben dudas de que fue la juventud. Así, jóvenes de distintos sectores -estudiantes secundarios, universitarios, trabajadores y de sectores medios- “participaron de nuevas formas de ocio y consumo que fueron exclusivamente juveniles y que contribuyeron a la juvenilización de la cultura de masas” (Ibíd.: 20). Como ha señalado Valeria Manzano “En la medida que esa cultura de masas se había juvenilizado desde fines de la década del 1950, las batallas culturales y sociales por el gusto se jugaban básicamente en el terreno de los consumos culturales juveniles” (Ibíd.: 54).

En Argentina la convulsionada década del sesenta nos remite a la aparición de la juventud como actor político en los sucesos conocidos como “el Cordobazo”. Estos sucesos sintetizaron las transformaciones que se venían produciendo a lo largo de este período en relación con el papel protagónico adquirido en el plano político, social y cultural (Vázquez et al., 2008), sobre todo el cuestionamiento de los valores y las normas vigentes que permitieron a los jóvenes constituirse como sujeto social con relativa autonomía, nuevas formas de sociabilidad, modos de entender la autoridad y de vivir la sexualidad, desafiantes de lo instituido. Este clima encontró expresión en la Argentina de fines de los sesenta al iniciarse un momento de convulsión social y rebelión popular caracterizado por el surgimiento de movimientos y organizaciones que, influenciados por las experiencias de Cuba, Vietnam y la Unión Soviética, se plantearon como objetivos la toma del poder y la edificación de una sociedad más igualitaria. Siguiendo a Mirta Varela (2010), en este escenario irrumpe la Juventud Peronista, erigiéndose como un actor protagónico de la política

argentina y convirtiéndose en la organización que articuló los valores de “juventud” con los de una “izquierda nacional” (Varela, 2010: 61).

Si revisamos la literatura existente sobre este período, encontramos que la participación de los jóvenes en la década del sesenta suele ser caracterizada como un momento en el que se destacaron su creciente autonomía, así como también su cada vez mayor involucramiento en la vida pública. Los profundos cambios culturales, políticos y sociales, considerados como parte de “un momento bisagra de giro de las mentalidades” (Fernández, 1994), implicaron para los jóvenes la incorporación e intensificación de su participación en organizaciones territoriales de base, así como el trabajo social en villas y barrios populares, en muchos casos encuadrados en las acciones que empezaron a llevar adelante sectores de la iglesia desafiantes de la línea oficial⁸ (Bonvillani et al., 2008; Donatello, 2008). En otros casos, esta participación se dio a través de la organización sindical, como ser la experiencia de integración a la “Juventud Trabajadora Peronista” o las “Juventudes Universitarias Peronistas” (Perazzi, 2014). Sin embargo, es en mayo de 1969 que diferentes circunstancias se conjugaron para que lo que surgió en un primer momento como una protesta obrera y estudiantil, adquiriera las dimensiones de una masiva rebelión popular que mostró a los jóvenes como protagonistas políticos activos en permanente estado de movilización, a pesar del contexto altamente represivo. Para este contexto, algunos autores y autoras sostienen que el período que va desde “el Cordobazo” hasta la muerte de Juan Domingo Perón en julio de 1974 ha sido de una gran aceleración para la historia política argentina (Varela, 2010; Svampa, 2003).

En continuidad con estos procesos, la etapa que corresponde al retorno de Perón y la última dictadura militar, además de ser interpretada como el pasaje entre una sociedad movilizadora a otra fragmentada y paralizada (Svampa, *Ibíd.*), ha sido caracterizada como un momento de gran participación de jóvenes quienes, encuadrados bajo una identidad peronista de base, se identificaron con una ideología de izquierda socialista “nacional” y “popular”, así como con el Movimiento de Sacerdotes por el Tercer Mundo. Como sostiene Valeria Manzano (2014), quien reconstruye prácticas de viajes y consumos culturales de jóvenes en su proceso de

⁸ Nos referimos al Movimiento de Curas para el Tercer Mundo y a los curas villeros defensores de las ideas consagradas por el Concilio Vaticano II.

socialización política en aquella época, el “tercermundismo” fue un componente clave de las ideas y las prácticas de la “Nueva Izquierda” argentina, y muchos de quienes participaron de esas experiencias encontraron en el peronismo una vía para la liberación nacional y social que veían en marcha.

Sin embargo, a mediados de los setenta se abre el ciclo más trágico de la historia reciente en nuestro país: la última dictadura cívico-militar. Recordemos que el 24 de marzo de 1976 los militares toman el poder desplazando del gobierno a Isabel Martínez de Perón, quien había sucedido al propio Perón luego de su muerte en julio de 1974. De este modo, el régimen dictatorial prepararía el camino para llevar adelante el más agudo proceso de desmantelamiento del Estado, fragmentación de las prácticas organizativas e instauración de un plan económico a la medida de los intereses del capital financiero internacional. Este contexto encarna como pocos un punto de máxima condensación de tensiones y contradicciones y el pasaje de una sociedad movilizada, caracterizada por una firme voluntad de cambio, a una sociedad desarticulada, sumergida en una crisis plural, a la vez social y política (Svampa, 2003). Una vez en el poder, la dictadura militar instauró un estado de disciplinamiento social y delineó las bases para un cambio en la estructura económica del país, a partir de la apertura de importaciones y un acelerado proceso de desindustrialización. De este período, los jóvenes se encuentran entre los sectores más castigados por el terrorismo de Estado que, desplegando los más crueles dispositivos para llevar adelante un plan sistemático de desaparición de personas, se propuso erradicar la participación política y la organización colectiva, con la finalidad de implantar un modelo económico que supeditara a la Argentina a los intereses extranjeros. En este contexto, la “Doctrina de la Seguridad Nacional” promovida por el gobierno de facto, a partir de erigirse como “guardián de la Nación”, interpeló el rol de las familias argentinas ante la “enfermedad” de la “subversión” (Núñez, 2008). Esa “unidad mínima de la Nación” que era la familia debía ser la encargada de preservar a la juventud, cuidarla y enderezarla, vigilando a los “buenos hijos” para que no se transformen en “subversivos”⁹. Por esta razón, además de las consecuencias económicas, este período dejó como resultado la fragmentación de los lazos sociales y un repliegue de las

⁹ Una de las frases con que el gobierno de facto, autodenominado Proceso de Reorganización Nacional, interpeló a las familias -y que cobró notoriedad a través de medios de comunicación como la televisión abierta- fue la pregunta respecto de si “sabían dónde estaban sus hijos en ese momento”.

organizaciones y de las prácticas militantes de los ámbitos públicos de participación colectiva.

Para el año 1983 se abre la etapa de transición democrática en la Argentina, la cual deja ver experiencias de reorganización de la actividad política de jóvenes, en especial a través de partidos como la UCR¹⁰. El trabajo de Iara Enrique (2010) sobre la participación en centros de estudiantes, ilumina sobre las dinámicas y tensiones que atravesó la discusión pública en torno a la legitimidad de la inclusión de las nuevas generaciones en el campo de la política. Como advierte la autora, la visualización de una mayor predisposición de los jóvenes hacia las prácticas participativas, debe ser analizada en estrecha vinculación con las expectativas que el retorno de la democracia produjo en la sociedad en su conjunto. En su investigación, Enrique señala que, tras la última dictadura militar, los jóvenes adquirieron una gran relevancia social como protagonistas de la construcción y garantes de la continuidad de un nuevo orden político: la democracia.

En otro orden de consideraciones, la década del ochenta también ha sido leída como un corte a partir del que empezaron a problematizarse los cruces entre “jóvenes” y “política” más allá de sus vinculaciones con la militancia de base o su participación en el marco de partidos políticos. Además de haber sido proclamado el año 1985 como “Año Internacional de la Juventud¹¹”, a fines de la década del ochenta se produjeron profundas transformaciones en el abordaje de “la cuestión social” ligadas a las reformas neoliberales que se estaban sucediendo por aquellos años. Orientadas por nociones de “eficacia” y “eficiencia” del gasto, las reformas y políticas implementadas focalizaron la intervención sobre grupos sociales particulares (Manzano, 2011). En ese contexto, surgieron las políticas orientadas a los sectores juveniles, diseñadas a partir de un criterio basado en la importancia de “capacitar” a los jóvenes para que puedan competir en el mercado laboral. Tal como señala Isacovich (2015), la preocupación por este sector también se evidenció en la proliferación de investigaciones que colocaron a estos sujetos en el centro de las indagaciones académicas. En ese sentido, podríamos decir que la emergencia de un campo de intervenciones estatales específico dio lugar a una serie de estudios que centraron la mirada en las concepciones en

¹⁰ Unión Cívica Radical, que en 1983 gana las elecciones a través de su candidato, Raúl Alfonsín, quien es elegido presidente de la Nación por medio del voto popular.

¹¹ Decisión tomada por la Asamblea General de las Naciones Unidas en el año 1979.

torno a la juventud que sustentaron las políticas públicas de aquellos años. Estas investigaciones advirtieron sobre los modos en que las distintas políticas estigmatizaban a los sujetos jóvenes, y negaban o “negativizaban” sus prácticas (Chávez, 2009). En general, proliferaron las políticas de formación laboral que fueron concebidas como programas educativos compensatorios orientados a promover la terminalidad de la escuela media para jóvenes que vivían en contextos de pobreza. En gran medida, el diseño de estas políticas se centró en dos series de diagnósticos: por un lado, la baja calificación de los jóvenes que era explicada colocando a los propios sujetos como responsables de su “baja empleabilidad”. Otros instrumentos implementados a partir de la política pública dieron mayor relevancia a la situación social y a los condicionantes estructurales que solían y suelen enfrentar los jóvenes a la hora de insertarse en el mercado laboral (Jacinto, 2010).

Entre fines de los ochenta y principios de los años noventa una serie de sucesos trágicos que tuvieron como víctimas a jóvenes de sectores populares cobraron estado público y conmocionaron la realidad argentina. En mayo de 1987 ocurre la llamada “Masacre de Budge”, hecho en el que un grupo de policías acribilló a tres jóvenes habitantes de un barrio del partido de Lomas de Zamora en el sur del conurbano bonaerense. Este episodio se convirtió en el símbolo del “gatillo fácil” y en paradigma de la lucha contra la violencia institucional, poniendo en evidencia la vulnerabilidad de los cuerpos jóvenes que en este caso aparecieron como objeto de la violencia policial, en un contexto de auge de las políticas neoliberales en nuestro país. Otro hecho paradigmático fue el ocurrido en agosto de 1993, cuando el joven Miguel Bru, fue torturado hasta la muerte por un grupo de policías en una comisaría de la ciudad de La Plata, luego de ser detenido a la salida de un recital de rock. Estos casos contribuyeron a poner de relieve el accionar de las fuerzas policiales durante la democracia e inauguraron nuevas formas de demanda y reclamos de justicia. Asimismo, fue en este contexto que cristalizaron nuevos problemas y objetos de reflexión que convirtieron a la violencia institucional “en una categoría interpretativa que da cuenta de la fuerza instituida y simbólicamente legítima a la que se impugnan excesos, abusos, y brutalidad” (Tiscornia: 2008: 1), y a los jóvenes de sectores populares en víctima recurrente del accionar represivo del Estado.

Para la misma época, algunos estudios tendieron a trazar un panorama recurrente: la falta de interés o apatía de los jóvenes por la política (Sidicaro y Tenti Fanfani, 1998) señalándolos como un actor fragmentado. Sin descartar de plano estas interpretaciones, también encontramos trabajos que iluminan sobre la existencia de procesos de organización juveniles que fueron por fuera de los marcos partidarios tradicionales. Son para destacar las investigaciones que han dado cuenta de procesos de organización por parte de jóvenes en el marco de emprendimientos autogestivos (Isacovich, 2012), para la generación de proyectos alternativos de educación popular (Cura, 2013, 2014; Scarfó, 2010), o la elaboración de identidades y memoria como parte de procesos más amplios de reclamo de justicia (Bonaldi, 2006). El sostenimiento en el presente de muchas de estas experiencias –por ejemplo, la de la agrupación HIJOS- pone de manifiesto que aquellas iniciativas devinieron en espacios de socialización política, siendo a la vez productoras de marcos identitarios y de sentidos en torno a la participación. Vale destacar que además de constituir modalidades de acción colectiva que serían retomadas posteriormente, estas experiencias innovaron en la producción de repertorios de protesta que tomaron distintos lenguajes, en algunos casos mixturando lo que se sobreentiende como campos escindidos del mundo social (Bourdieu, 2002), al vincular, por ejemplo, el campo del “arte” con el de la “política” como formas estratégicas de denuncia y dando lugar así a un grupo de prácticas heterogéneas denominadas de modo genérico “activismo artístico” (Longoni, 2010)¹².

Para mediados de la década del noventa, momento en el que las políticas neoliberales mostraban sus efectos más crudos y extremos en la población, el movimiento de desocupados de la Argentina logra visibilidad a partir de las modalidades de protesta basadas en los bloqueos de rutas y vías públicas (Manzano, 2004). Además del “piquete”, para esta época se destacan prácticas colectivas que cobraron centralidad a través de la acción directa como los “escraches”, desarrolladas mayormente por jóvenes integrantes de la organización HIJOS, y que consistían en ir a la residencia de una persona (civil, militar o de pertenencia eclesiástica) con reconocida participación en el plan de represión sistemática que desplegó la

¹² Ana Longoni agrupa bajo este concepto “producciones y acciones muchas veces colectivas, que abrevan en recursos artísticos con la voluntad de tomar posición e incidir de alguna forma en el territorio de lo político” (2012, 184). Por citar sólo algunas expresiones de este activismo, podemos recordar por ejemplo los *carteles-silueta* que representaron la figura de los desaparecidos, la bandera con los rostros en blanco y negro portada por la Fundación Madres de Plaza de Mayo (Línea Fundadora) en las marchas del 24 de marzo.

dictadura, identificar su casa, señalar la cuadra y dar a conocer que allí vivía una persona acusada de cometer crímenes de lesa humanidad como parte del genocidio llevado adelante por el Estado.

El cambio de milenio encontró a la Argentina sumida en una profunda crisis producto de las políticas aplicadas en la década neoliberal. Sin embargo, este escenario abrió paso a un nuevo ciclo de movilizaciones colectivas caracterizado por el regreso de la política a las calles (Bombillani et al., 2008). Los cacerolazos, los saqueos y los episodios trágicos de diciembre de 2001, constituyen hoy hechos insoslayables en el análisis de las luchas sociales en la Argentina de principios de milenio. El 19 de diciembre de 2001 el Gobierno Nacional decretó un estado de sitio, desatando la movilización y manifestaciones en las calles de distintas ciudades del país al grito de “que se vayan todos”. El 20 de diciembre la represión de las protestas en la Ciudad de Buenos Aires dejó una veintena de muertos. Estos acontecimientos terminaron con la renuncia del presidente Fernando De la Rúa. Un año y medio después, en junio de 2002, la represión desatada sobre distintas organizaciones piqueteras de la zona sur del Gran Buenos Aires que se dirigían a cortar el Puente Pueyrredón dio lugar a lo que poco tiempo después se recordaría como la “Masacre de Avellaneda”: el asesinato a sangre fría de los jóvenes Maximiliano Kosteki y Darío Santillán por efectivos de las fuerzas de seguridad. Estos hechos pusieron en evidencia el despliegue de la violencia arbitraria y desproporcionada ejercida por el Estado (Gómez, 2012), pero a su vez fueron acontecimientos paradigmáticos en la reflexión acerca de la violencia estatal y el poder de policía, en su relación con las formas de protesta social en la Argentina. En este nuevo escenario cobraron mayor visibilidad los movimientos sociales preexistentes, especialmente las organizaciones de piqueteros y desocupados, que fueron estableciendo lazos con diferentes actores sociales y, a partir de 2003, más específicamente con el Gobierno Nacional. Si seguimos temporalmente los datos que nos aportan distintas investigaciones podremos entrever que aquellos fueron años de emergencia de un espacio de “agencia” para los jóvenes que a mediados de los noventa habían iniciado su actividad política en organizaciones con fuerte arraigo territorial (Cura, 2014; Vommaro, 2009).

Si bien muchas de las formas organizativas¹³ que expresaron el descontento y el reclamo por las políticas neoliberales habían sido concebidas a partir de nociones de “autonomía” (respecto del Estado) y “horizontalidad” (respecto de los mecanismos de toma de decisiones al interior de estos espacios), con la llegada de Néstor Kirchner a la Presidencia de la Nación en el año 2003, un sector de esas organizaciones se fue incorporando al proceso abierto por el nuevo proyecto político redefiniendo dichas nociones, así como los modos de participación. En ese sentido, si seguimos el rumbo que experimentaron aquellas experiencias constataremos que algo de lo que allí aparecía de manera incipiente desembocaría en lo que luego conformó el espacio de organizaciones kirchneristas (Cura, 2014; Vázquez, 2012). En efecto, con el proceso abierto en 2003 se fueron reconfigurando los vínculos entre las organizaciones y el Estado provocando un parteaguas al interior de muchos espacios políticos (Cura, *Ibíd.*). Así, de un lado quedaron aquellas organizaciones que se mantuvieron como “autónomas” frente al Estado¹⁴, entre ellas, agrupaciones de jóvenes sindicalizados contra la precarización laboral (Wolanski, 2010) y jóvenes que integraban el movimiento de desocupados (Otero, 2010). Y del otro, se fueron alineando las que entendieron que “el enemigo no está más en la casa de gobierno”¹⁵. Acusadas de reproducir lógicas “clientelares” o de haber sido “cooptadas” por el oficialismo, las organizaciones que se alinearon al nuevo gobierno fueron redefiniendo discursos y prácticas políticas en la escena nacional de acuerdo a este posicionamiento.

DE LA RESISTENCIA A LA TRANSVERSALIDAD. REDEFINICIÓN DE LOS VÍNCULOS ENTRE LAS ORGANIZACIONES Y EL ESTADO

Quienes integran actualmente la *Mesa Nacional de Conducción* de La Cámpora –o la *conducción*, tal como era referida en contextos cotidianos- para el cambio de milenio se

¹³ Nos referimos a las asambleas populares barriales, la organización de trabajadores para la recuperación de fábricas, los colectivos contra-culturales, los espacios que nucleaban a murgas porteñas, las redes de trueque producto del colapso de la economía formal y numerosos agrupamientos de jóvenes.

¹⁴ Aquí podemos enumerar algunas como el Frente Popular Darío Santillán, La Corriente Clasista y Combativa, el Movimiento Independiente de Jubilados y Desocupados, entre otras organizaciones.

¹⁵ Declaración de Hebe de Bonafini, presidenta de la Asociación Madres de Plaza de Mayo, pronunciada cuando en 2006 ese espacio decidió dejar de organizar la denominada “marcha de la resistencia”, que se realizaba todos los años a principios de diciembre, entendiéndose que ya no había que demandar, resistir y oponerse al gobierno nacional.

encontraban militando en organizaciones de derechos humanos, en el ámbito universitario, o integrando experiencias organizativas en asentamientos y barrios populares, siendo muchos de ellos parte de las movilizaciones que dieron lugar al estallido que caracterizó el fin del 2001.

En el año 2003, con la asunción de Néstor Kirchner a la presidencia de la Nación, el escenario político y social en Argentina comienza a modificarse¹⁶. De manera general, las organizaciones surgidas al calor de la lucha contra el neoliberalismo, en un primer momento vieron este período con cierta desconfianza. Sin embargo, con el paso del tiempo se fueron perfilando una serie de medidas que evidenciaron la orientación política del gobierno y su vocación por generar transformaciones estructurales. En este marco, muchas organizaciones iniciaron un proceso de redefinición de sus vínculos políticos y comenzaron a tender puentes con quienes dirigían los asuntos del Estado (Fornillo et al., 2008; Natalucci, 2008; Vázquez y Vommaro, 2012). A partir de su investigación con una organización del Gran Buenos Aires Felisa Cura (2014) da cuenta del proceso que implicó pasar de una estrategia de construcción política “autónoma” a otra que la autora denomina como “estatista”, siendo éste el recorrido y reconfiguración que atravesaron muchas organizaciones que se acercaron desde construcciones políticas territoriales al espacio liderado por Néstor Kirchner. En este sentido, pueden señalarse los esfuerzos de articulación realizados por una multiplicidad de agrupamientos que, entre 2004 y 2006, se orientaron a conformar lo que se denominó en términos de un “espacio transversal”, desde el cual se perseguía constituir una posición propia dentro del kirchnerismo, a distancia de sectores vinculados al Partido Justicialista (Cura, *Ibíd.*). Desde este espacio se planteaba la necesidad de superar la etapa de “resistencia al neoliberalismo” para pasar a la construcción del “proyecto nacional”, recuperando las banderas históricas del peronismo como la “justicia social”, la “soberanía política” y la “independencia económica”, por las cuales los militantes entendían que habían dado la vida los luchadores populares y desaparecidos de las décadas del sesenta y setenta (Natalucci, *Ibíd.*). Este desafío también se inscribía en expectativas vinculadas con el despliegue del escenario político regional latinoamericano que era leído como favorable a los sectores

¹⁶ Algunos de los signos que para la ciudadanía fueron percibidos como parte de un proceso de cambio a nivel nacional fueron la orden de bajar los cuadros de los dictadores Videla de la Ex ESMA, el “No al ALCA”, el acercamiento a otros gobiernos de Latinoamérica, la depuración de la corte y los juicios a los militares que cometieron delitos de lesa humanidad durante la última dictadura.

populares, dada la afinidad entre los gobiernos de Luis Inacio Lula da Silva en Brasil, Hugo Chávez en Venezuela, Evo Morales en Bolivia y Rafael Correa en Ecuador (De Sousa Santos, 2010).

En base a comunicaciones personales y referencias a “los inicios” brindadas por militantes de la organización, entre los años 2004 y 2006 ya se habían empezado a generar vínculos con funcionarios del gobierno nacional. En ese marco de interlocuciones la estrategia que fue emergiendo era relatada como impulsada por “la necesidad de generar una estructura mayor” –una base activa de sustentación- que brindara apoyo a la orientación de las políticas del gobierno y que activara la conformación de una plataforma electoral más amplia. En ese marco, jóvenes pertenecientes a distintas agrupaciones interpretaron estos diálogos como la posibilidad de “jugar en política” y erradicar lo que entendían como “la vieja política”, representada en prácticas que degradaban la militancia partidaria.

Tal como describen Vázquez y Vommaro (2012), durante los primeros años del gobierno de Néstor Kirchner se produjeron cambios sustantivos en las formas de movilización y organización de buena parte de los movimientos políticos y sociales de la Argentina. Independientemente de las posiciones asumidas en sus orígenes, los espacios militantes atravesaron inflexiones en cuanto a sus estrategias organizativas, configurando esta etapa un nuevo “momento constitutivo” (Longa, 2017) de las relaciones entre el Estado y los movimientos sociales. Para el período 2006-2008 surgieron nuevas organizaciones cuyo denominador común estuvo dado por el hecho de orientar su capacidad organizativa y de movilización a apoyar las políticas de gobierno. Se trataba de organizaciones que empezaban a definirse abiertamente como “kirchneristas” u “oficialistas”, y el marco para la construcción política caracterizado por la “transversalidad” les permitía concebirse como parte del “proyecto nacional” que encarnaba el gobierno. Dentro de este grupo de organizaciones es posible identificar a La Cántora como uno de los espacios militantes que emergieron por aquel entonces, quedando situada en reiteradas ocasiones en el centro de numerosas controversias. Su posicionamiento público durante el denominado “conflicto con el campo”, la participación en la campaña de 2009 para las elecciones legislativas de medio término en las que Néstor Kirchner iba como primer candidato a diputado nacional, la militancia a favor de la “ley de medios”, entre otras acciones de movilización, constituyeron momentos en los

que La Cámpora ganó un inusitado protagonismo. Sin embargo, fue la muerte de Néstor Kirchner, ocurrida el 27 de octubre de 2010, el acontecimiento que más impactó en su salto a la visibilidad pública. En base a estos sucesos, los sujetos apuntalaron un “relato militante” que en muchos casos explicaba las motivaciones para “empezar a militar” consolidando una narrativa kirchnerista más amplia. En el siguiente apartado vamos a hacer un repaso por estos episodios que nos permiten, por un lado, mostrar cómo se fue configurando el escenario que dio lugar a la aparición de La Cámpora en la escena nacional y, por otro, comprender algunos rasgos de la narrativa identitaria sobre la que se fundaron los principios de legitimidad y apoyo a los gobiernos kirchneristas.

HITOS DEL PROYECTO KIRCHNERISTA Y LA CONSTRUCCIÓN DE UN RELATO MILITANTE

En un artículo escrito en 2012 Pablo Vommaro y Melina Vázquez realizan un interesante análisis a partir de describir los sentidos elaborados por los propios militantes sobre diferentes acontecimientos de la política nacional, mostrándonos cómo se fueron creando los principios de legitimidad que sustentaron la adhesión a los gobiernos kirchneristas. En este apartado vamos a repasar esos hitos o “momentos militantes” (Rius, 2013) puesto que nos permiten comprender las narrativas y sentidos a través de los cuales se fueron estableciendo los compromisos orientados al apoyo del proyecto político que encarnaron Néstor Kirchner y Cristina Fernández de Kirchner, movilizándolo a amplios sectores de la ciudadanía -en especial a los jóvenes- en su defensa e involucramiento activos.

El primer hito se sitúa en 2003, año en el que Néstor Kirchner asume la presidencia de la Nación luego de que el candidato Carlos Menem abandonara la competencia electoral en la instancia de ballotage. Además de haberse constituido en un episodio fundacional que marcó un “antes” y un “después” en los relatos militantes, la llegada de Néstor Kirchner a la presidencia solía ser recuperada como un hecho ejemplar para destacar su capacidad estratégica de “construcción política”, dado que, habiendo asumido con apenas un veintidós por ciento de los votos, pudo construir un escenario de gobernabilidad, generar consensos y encarnar un liderazgo fuerte para impulsar profundas transformaciones en nuestro país

En el año 2005 en la ciudad argentina de Mar del Plata se llevó a cabo la “Contra Cumbre de las Américas”, en la que la alianza regional formada entre los países participantes se opuso al “Tratado de Libre Comercio en América Latina” promovido por Estados Unidos. Como consigna que sintetizó aquella experiencia de unidad estratégica de los gobiernos del cono sur, la frase pronunciada en su discurso por quien en ese entonces fuera presidente de Venezuela, Hugo Chávez –“ALCA al carajo”- poco tiempo después fue retomada por militantes como un signo que condensaría la adhesión al sentido de unidad latinoamericana y la oposición a los países imperialistas. Un ejemplo de la apropiación de estos acontecimientos ha sido la reivindicación de la figura de Hugo Chávez. Ya sea en discursos, consignas o canciones entonadas en marchas donde se hacía alusión al presidente venezolano fallecido en 2013, o bien, con la estampa de su imagen en remeras y banderas, la figura de Chávez constituyó el símbolo para representar aquella unidad resultado de las políticas de integración regional llevadas adelante por el gobierno y reivindicadas por los militantes como otro de los logros del kirchnerismo.

A poco tiempo de iniciar su mandato, el impulso dado a los procesos de juzgamiento a los responsables y cómplices de los crímenes cometidos durante dictadura cívico militar, acompañados por una política activa de derechos humanos, fueron un emblema que suscitó el apoyo e identificación popular hacia los gobiernos kirchneristas. Si bien en un primer momento las organizaciones de derechos humanos miraron con reticencia la llegada del nuevo gobierno, la cada vez mayor y evidente voluntad de avanzar en los procesos de justicia frente a los crímenes de la dictadura hizo que muchas de éstas no sólo brindaran su apoyo explícito, sino que se integraran al gobierno formando parte de ministerios y reparticiones encargadas llevar adelante las políticas de derechos humanos. En el plano de lo simbólico, una de las imágenes más icónicas que representa la firme decisión de avanzar en los procesos de “memoria, verdad y justicia” se encuentra en la “bajada de los cuadros” de la Ex Escuela de Mecánica de la Armada el 24 de marzo de 2004, acto en el que el entonces presidente ordenó retirar los retratos de los dictadores Rafael Videla y Reynaldo Bignone de la galería de directores del Colegio Militar. En su discurso pronunciado tras este gesto emblemático Kirchner instó a las Fuerzas Armadas a “Nunca más utilizar el terrorismo de Estado y las armas contra el pueblo argentino”. El plano largo donde se ve a Néstor Kirchner de espaldas y al jefe del Ejército Argentino, General Bendini, descolgando el cuadro de Videla, es un

símbolo que ha estampado remeras, afiches y murales con la frase “yo te vi bajar los cuadros”. En ese sentido, las políticas activas de derechos humanos que llevaron adelante Néstor y Cristina eran frecuentemente invocadas para dar cuenta de la voluntad política y vocación de justicia de sus gobiernos, pero también como un logro de la sociedad en su conjunto.

Un acontecimiento que merece destacarse especialmente refiere al evento que da nacimiento a la organización. Se trata del día en que Néstor Kirchner recibió los atributos de mando del expresidente Héctor Cámpora de manos de sus familiares directos. En aquella oportunidad, diciembre de 2006, jóvenes de distintas agrupaciones se encontraban en los patios de la Casa Rosada mirando el acto por pantalla gigante. Este acontecimiento, aunque menos difundido que los anteriores, solía ser recuperado para reivindicar dos aspectos que representaría la figura de Héctor Cámpora para la militancia juvenil: por un lado, haber sido quien encabezó la “primavera democrática del '73”, asignándole un lugar protagónico a la “juventud maravillosa” en su interlocución con el pueblo y como factor para la construcción de poder. Por otro, el de encarnar la idea de “lealtad” como valor moral supremo de la tradición peronista (Balbi, 2007), expresada en la fidelidad de Cámpora para con el líder proscrito. Recordemos que al mes y medio de haber asumido –el 25 de mayo de 1973- Cámpora renunció a su cargo para dar lugar a nuevas elecciones con la participación de la fórmula Juan Domingo Perón-María Estela Martínez de Perón.

Si bien el 2006 se ubica como el momento del surgimiento de la organización, es recién dos años después que La Cámpora da un salto a la visibilidad pública. Esto ocurre en marzo de 2008 cuando comienza a desarrollarse el denominado “conflicto con el campo”. Originado por una resolución del Poder Ejecutivo Nacional que establecía un esquema de retenciones para las exportaciones de granos, esta medida desencadenó la acción de productores agropecuarios –nucleados en distintos órganos como mesas, sociedades, federaciones- quienes se opusieron a la misma iniciando una serie de bloqueos de rutas y desabastecimiento de productos básicos en un conflicto que duró más de cuatro meses. Es en este momento que se vuelve notoria la participación pública de La Cámpora, evidenciada en su creciente protagonismo en actos de apoyo al gobierno de Cristina Fernández de Kirchner, pero particularmente por el acampe que acompañó el debate legislativo en ambas cámaras una vez que el proyecto de retenciones fue enviado por el Poder Ejecutivo al Congreso. El sentimiento

de “decepción” por el voto “no positivo” de quien fuera vicepresidente de la Nación en ese entonces, era recuperado por muchos y muchas militantes como “el primero” de una serie de “momentos militantes” (Rius, 2013), que volcaron a miles de personas a las calles para brindar su apoyo masivo al gobierno de Cristina. La definición de Julio Cobos, que terminó por desempatar una votación que venía pareja, llevó a la derrota del partido de gobierno y sus aliados en el Senado, dejando trunco el proyecto de aplicación de retenciones que había suscitado el conflicto. Este conflicto era narrado frecuentemente por los militantes como una suerte de “despertar” a la política, como un momento de definiciones orientadas a identificarse y a reconocerse abiertamente como “kirchnerista”.

Otro hecho que también devino en referencia para los relatos militantes kirchneristas fueron las elecciones de medio término de 2009, siendo Cristina presidenta de la Nación. En aquella oportunidad, Néstor Kirchner fue como candidato encabezando la boleta de diputados del Frente para la Victoria por la Provincia de Buenos Aires, y si bien los resultados lo ubicaron dos puntos por debajo de la lista que sacó mayor caudal de votos, e ingresó como diputado al Congreso Nacional, en el argot de la política Néstor “perdió las elecciones”. Aquel año se dieron las discusiones por la sanción de la “ley de medios”, hecho que supuso una nueva oportunidad para la salida masiva de militantes y adherentes a las calles en apoyo a esta medida. En aquel momento cobró estado público la identificación del multimedio Clarín como un actor con intereses económicos que irían en contra de “los intereses del pueblo”, y su denuncia se fue convirtiendo en bandera y consigna de la militancia en general. Así, la frase pronunciada por Néstor Kirchner “¿qué te pasa Clarín? ¿Estás nervioso?” en un acto realizado por aquellos días era reproducida muy a menudo como un ícono de las confrontaciones del gobierno con esta empresa.

Sin embargo, el acontecimiento más relevante, no sólo por la visibilidad pública sino porque en términos numéricos representó el momento en el que se movilizó el mayor caudal de personas hacia La Cámpora, fue la muerte de Néstor Kirchner, ocurrida el 27 de octubre de 2010. Para los militantes, este acontecimiento puso en juego la estabilidad del proyecto político en curso, de manera que la propia incorporación a la *organización* solía relatarse en términos de darle continuidad al *proyecto* y era fundamentada como parte de un compromiso y responsabilidad postulados como actos de entrega “para estar a la altura de las

circunstancias”. Más allá de contar o no con experiencias previas, la idea de volcarse a la militancia significó para muchos jóvenes, vincular nociones en torno a la responsabilidad y el compromiso político con la capacidad orgánica para darle continuidad a las transformaciones iniciadas por Néstor Kirchner y asumidas en ese entonces por Cristina Fernández de Kirchner. En aquel contexto lo que resultó novedoso fue la masiva participación de jóvenes brindando su apoyo explícito a un oficialismo de gobierno al punto tal que buena parte del relato militante se elaboró sobre la idea de que este momento representó una “vuelta” de los jóvenes a la política.

Luego de la muerte de Néstor Kirchner, La Cámpora creció cuantitativamente y la gran afluencia de militantes fue canalizada y promovida por dos vías. Por un lado, a fines de 2010 y como estrategia de reclutamiento de nuevos militantes, se lanzó la campaña “Yo quiero militar bancando a Cristina” que instaba a los jóvenes a participar y a organizarse en su barrio para defender al gobierno. Por otro lado, jóvenes que ya pertenecían a la organización comenzaron a armar reuniones -que en muchos casos eran en su propia casa- invitando a amigos y conocidos con el propósito de definir una agenda más *orgánica* de defensa del gobierno. Estas reuniones no eran abiertas, se trataba de la activación de redes basadas en lazos de amistad y en advertir en personas cercanas un núcleo de coincidencias en la mirada proyectada sobre la situación del gobierno, que al año siguiente sería plebiscitado en las urnas. Los jóvenes que organizaban estas reuniones ya contaban con experiencias de militancia previas y eran quienes habían integrado los espacios que hoy son considerados como antecedentes de La Cámpora -las “JP silvestres” solía decir un dirigente de la organización-. Estos espacios han sido: el local de Avenida Caseros al 3000, un centro cultural que empezó a nuclear a jóvenes con similares intereses e inquietudes políticas; el local de la calle Almafuerte, al igual que el anterior, este sitio estaba ubicado en el barrio de Parque Patricios, o “La Escuelita”, un espacio inaugurado en 1998 por ex alumnos del Colegio Nacional de Buenos Aires en la Villa 20 del barrio de Lugano donde funcionaba un comedor y se daban clases de apoyo escolar.

A partir del crecimiento exponencial que experimentó La Cámpora luego de la muerte de Néstor Kirchner, en el año 2011 se inició un proceso de reorganización a través de la conformación de distintos *frentes* que dieron forma a una suerte de “división del trabajo

militante”. Para el año 2015 su expansión en términos de integrantes permitía estimar un número de cuarenta mil militantes en todo el país y actualmente es la organización con mayor alcance territorial a nivel nacional y cuenta con una gran cantidad de miembros ocupando bancas en el Congreso y en las legislaturas provinciales, así como en municipios, intendencias, y lugares centrales en ministerios y reparticiones de la administración pública nacional.

A MODO DE CIERRE

En la primera parte del capítulo hemos recuperado una serie de acontecimientos y escenarios con el objeto de mostrar cómo fueron apareciendo y adquiriendo relevancia los valores de “juventud” y “política”, volviéndose conceptos centrales para la cultura y el debate político e intelectual contemporáneos. El recorrido presentado no solo vuelve inteligible la aparición de los jóvenes como actores políticos, sino que nos permite inscribir las prácticas y discursos de los sujetos en una temporalidad más amplia, lo que nos lleva a poner en perspectiva la construcción histórica y social del problema del que es objeto este trabajo. De este modo llegamos al escenario que dio lugar a las primeras experiencias de La Cámpora que, si bien en sus inicios surgió como una organización juvenil, luego de algunos años y a partir de la muerte de Néstor Kirchner, creció numéricamente y se diversificó. En este marco tiene lugar el proceso de reordenamiento en *frentes* del que participaron los jóvenes de *secundarios*, cuyas iniciativas hemos seguido de cerca a lo largo de esta investigación. Al tratarse de “los jóvenes más jóvenes de la organización” -como se los nombraba frecuentemente- el *Frente de Secundarios* fue el sujeto que mejor expresaba al destinatario central de numerosas políticas del gobierno y también quién debía asumir el mandato expreso de continuar con el proyecto iniciado por Néstor Kirchner. En el siguiente capítulo vamos a reconstruir aspectos de este campo relacional complejo en el que se inscribe la organización de *secundarios* recuperando a los actores, las políticas y los discursos que en aquel entonces colocaron a los jóvenes en el centro de los debates públicos.

CAPÍTULO II. LA CAMPORA SECUNDARIOS. RETÓRICAS OFICIALISTAS, MANDATOS GENERACIONALES Y ESTIGMATIZACIÓN

Hoy es un día especial, porque la verdad, la organización de `secundarios` tiene que ver con la trascendencia de esta idea, de esta fuerza, desde un proyecto político, porque ustedes que son los más jóvenes, jóvenes en serio, porque nosotros ya estamos con algunos años, tienen la responsabilidad de continuar con el legado de Néstor (...).

*Mayra Mendoza, integrante de la Mesa Nacional de Conducción¹⁷,
Plenario de Secundarios, 23 de marzo de 2013, ExESMA*

Con estas palabras queremos poner el foco, por un lado, en un aspecto de la dinámica que fue adquiriendo el crecimiento de La Cámpora, vinculado a su ordenamiento interno a partir de la división en *frentes*. En este marco, sus más jóvenes militantes comenzaron a tener un lugar específico dentro de la organización, constituyéndose como Frente de Estudiantes Secundarios. En ese sentido, las palabras de la dirigente nos informan sobre el lugar asignado a estos sujetos -en tanto “jóvenes en serio”- para encarnar determinados valores asociados a “la nueva política”, así como también para asumir la “continuidad” del proyecto representado por los gobiernos de Néstor Kirchner y Cristina Fernández de Kirchner. En los apartados que siguen vamos a describir aspectos concernientes al lugar que fue ocupando *secundarios* dentro de la organización, y en relación directa con la fuerza gobernante, en un contexto en el que desde los discursos oficiales se alentaba la participación juvenil y al mismo tiempo el debate público estigmatizaba la organización política de los jóvenes.

¹⁷ En aquel entonces Mayra Mendoza era diputada nacional y en diciembre de 2019 asumió como Intendente del Municipio de Quilmes, uno de los 135 partidos en que se encuentra dividida la Provincia de Buenos Aires.

CRECIMIENTO DE LA CÁMPORA Y LA CONSTITUCIÓN DE SU FRENTE ESTUDIANTIL

La Cámpora es una organización política surgida en el año 2006 en el ámbito de la CABA a partir de la confluencia de distintos grupos y redes de militancia territorial, universitaria y de derechos humanos. Algunos de sus referentes más reconocidos ubican sus orígenes promediando el período presidencial de Néstor Kirchner (2003-2007), sin embargo, ha sido durante los mandatos de Cristina Fernández de Kirchner (2007-2015) que adquirió un rol destacado como parte de las bases de sustentación activa de sus gobiernos. En ese sentido, su crecimiento y consolidación se fueron desarrollando en torno al apoyo explícito a estas figuras presidenciales y durante esos años se visibilizó como una organización “oficialista”¹⁸, esto es, además de manifestar públicamente el apoyo a las políticas del gobierno, sus miembros ocuparon lugares centrales en la administración del Estado.

A diferencia de otras organizaciones identificadas con el kirchnerismo, La Cámpora adquirió una gran notoriedad pública luego de la muerte de Néstor Kirchner en octubre de 2010 y después de aquel acontecimiento su armado organizativo se fue estructurando a través de frentes o “ramas” que fueron congregando a los militantes a partir de distintas tareas u objetivos. Si bien la organización ya contaba con algunos locales partidarios –*unidades básicas*- en la Ciudad de Buenos Aires y en algunos distritos del conurbano bonaerense, la afluencia cada vez mayor de militantes hizo que proliferaran nuevos espacios de aglutinamiento que se ordenaron alrededor de las actividades desarrolladas en *territorio*, es decir, los barrios. En este esquema territorial los frentes aspiraban a transversalizar la agenda de “temas” en los distintos barrios, ampliando de este modo las redes de militancia. Mientras esta investigación se desarrollaba, los *frentes* que ordenaban el trabajo militante eran: el *Frente de Villas*, *La Cámpora Diversia*, espacio vinculado al activismo LGBT; *La Cámpora Integra*, que se ocupaba de la promoción de los derechos de las personas con discapacidad; el *Frente de Universidad*, que aglutinaba a militantes con participación en estas instituciones; El *Frente de Mujeres* con militancia en las temáticas de “género”. Por último, vamos a

¹⁸ Siguiendo a Dolores Rocca Rivarola (2011) reservamos el uso del término oficialismo (sustantivo) –o su variante oficialista (adjetivo)- como un modo de abordar las bases de sustentación organizada de los gobiernos de Néstor Kirchner y Cristina Fernández de Kirchner. La autora los distingue de las nociones de “partido oficial” o “coalición partidaria” porque pensar esos conjuntos en términos de partidos gobernantes implicaría una reducción forzada de la amplia heterogeneidad de sectores que conformaron la órbita política de ambos presidentes mientras estuvieron ejerciendo su mandato.

referirnos al *Frente de Secundarios* que nucleaba a los militantes más jóvenes de la organización, quienes dado el rango de sus edades –entre 13 y 20 años-, en su mayoría se encontraban cursando la escolarización media.

Si bien algunos testimonios aluden a la conformación de secundarios antes del 2012, ese año fue el momento en el que el espacio comenzó a cobrar una forma organizativa más definida a instancias de una definición de la *Mesa de Conducción*. En el curso de esta investigación se han relevado distintas iniciativas que orientaron este proceso, algunas de las cuales eran articuladas con otros *frentes* de la organización, aunque también lo hacían con otras agrupaciones estudiantiles kirchneristas. Así, la conformación de *listas de unidad* para competir en las elecciones de centros de estudiantes en las escuelas, la participación en las actividades realizadas en conmemoración del 24 de marzo¹⁹, o la organización de los actos del 16 de septiembre homenajando a los estudiantes de “La noche de los lápices²⁰”, por citar algunos ejemplos, eran instancias en las que *secundarios* articulaba con jóvenes de otros espacios kirchneristas. Aquí también podemos referirnos al “Encuentro Nacional de Centros de Estudiantes²¹”, realizado en noviembre de 2014, al que además de integrantes de agrupaciones kirchneristas asistieron jóvenes socialistas, radicales²² y del PRO²³, partido político que lideró la coalición de gobierno a cargo del Ejecutivo durante el ciclo 2015-2019²⁴. De modo que el mundo de la militancia estudiantil vinculaba a los *secundarios* de La

¹⁹ El 24 de marzo de 1976 las Fuerzas Armadas Argentinas toman el poder y dan comienzo a la última dictadura militar en nuestro país, proceso que duró siete años y que llevó adelante un plan sistemático de secuestro, tortura y desaparición forzada de personas. Distintas organizaciones y buena parte de la ciudadanía evocan esta fecha para repudiar al terrorismo de Estado que desplegó la misma durante esos años, bajo consignas como “nunca más”, “memoria, verdad y justicia”, “ni olvido, ni perdón”.

²⁰ La noche de los lápices” es el nombre con que se conoce al trágico suceso acontecido en el mes de septiembre de 1976 en la ciudad de La Plata, cuando las agencias represivas del Estado secuestraron a un grupo de jóvenes estudiantes secundarios, militantes de la Unión de Estudiantes Secundarios (UES). La fecha se constituyó como uno de los símbolos del terrorismo de Estado en Argentina y en emblema de la lucha del movimiento estudiantil secundario en nuestro país.

²¹ Realizado en la ciudad de Embalse, provincia de Córdoba, este encuentro fue organizado por el Programa Nacional de Organización Estudiantil y Centros de Estudiantes que, como veremos en el capítulo 5, era coordinado por jóvenes pertenecientes al Frente de Secundarios de La Cámpora.

²² Adjetivo que refiere al partido Unión Cívica Radical (UCR).

²³ El PRO (Propuesta Republicana) es un partido que surge a principios del 2000, y sus bases programáticas son de orientación neoliberal.

²⁴ En aquel entonces se trató de una coalición de fuerzas que bajo el nombre “Cambiemos” estaba integrada por el PRO, la Coalición Cívica-ARI, la Unión Cívica Radical, y otras fuerzas menores. Se presentó por primera vez en las elecciones presidenciales de 2015 llevando como candidato a Mauricio Macri, quien ganó las elecciones y asumió como presidente de la Nación el 10 de diciembre de 2015.

Cámpora con jóvenes pertenecientes a otras organizaciones kirchneristas, pero también con jóvenes identificados con espacios opositores al gobierno.

Más allá de las características específicas del grupo en cuestión, cualquier análisis que considere la militancia estudiantil en Argentina debe tener en cuenta dos factores que son los que nos dan las coordenadas para abordar el tema: por un lado, la obligatoriedad de la educación media -sancionada por ley en el año 2006-, hecho que hace a la escuela un espacio central de socialización juvenil. Y, aunque su función específica refiera a la transmisión de conocimientos y valores en sistemas organizados que contribuyen a la producción y reproducción de una determinada formación social (Bernstein, 1990), como característica fundante, la escuela en Argentina es un espacio de permanente actividad participativa y cooperativa de jóvenes, hecho que la transforma en “un locus privilegiado para la emergencia de lo político” (Larrondo, 2017: 116). En segundo lugar, se debe tener en cuenta la larga tradición de participación y organización estudiantil con que cuenta nuestro país. Por citar dos ejemplos, las décadas del treinta y cuarenta del siglo pasado nos permiten evocar dos experiencias que dan cuenta de esta impronta: en primer lugar, las decenas de estudiantes secundarios que se integraron a la Alianza Libertadora Nacionalista inspirados por la idea de acabar con el sometimiento del país a los intereses británicos (Gutman, 2012); en segundo lugar, ya con el advenimiento del peronismo, la experiencia de jóvenes que acabarían formando la Unión de Estudiantes Secundarios (Manzano, 2009).

Vinculado a estos dos factores es necesario considerar un elemento más que creemos imprime características específicas a la participación de jóvenes en el marco de la escuela: la permanente vocación de todo el arco político -especialmente notoria en partidos de inspiración trotskista- por intentar organizar a este sector. Tal como ha señalado Larrondo (2013), las acciones desplegadas por las ramas de secundarios constituidas al interior de los partidos o movimientos no sólo buscan incidir y marcar los debates en las escuelas, sino que intentan impulsar la conformación de organizaciones de segundo grado con una orientación partidaria (*Federaciones, Coordinadoras*), y aspiran a sumar militantes secundarios al movimiento o partido de pertenencia.

Estos comentarios nos permiten anticipar que las prácticas y los sentidos que fueron dando forma a la militancia de *secundarios*, además de definirse a partir de los vínculos y

ordenamiento dados como parte de la dinámica interna de la organización, también fueron emergiendo en interacción con otras organizaciones –e incluso en abierta competencia con ellas-, si tenemos en cuenta las lógicas de disputa en la escuela para conseguir la adhesión de más miembros. En ese sentido, cabe recordar que en aquel entonces la confluencia entre distintas agrupaciones kirchneristas en un armado común y más amplio –Unidos y Organizados²⁵ - fortaleció las alianzas entre sus ramas juveniles y esto permitió definir una estrategia común para ganar la conducción de los centros de estudiantes en las escuelas de CABA. Estas articulaciones cobrarían forma organizativa en el armado de la *Federación de Estudiantes Secundarios (FES)*, que en ese entonces se planteó como una vía legítima para disputar poder a la *Coordinadora Unificada de Estudiantes Secundarios (CUES)*, en la que las agrupaciones de izquierda tenían más incidencia debido al mayor grado de organización y movilización de sus militantes.

Ahora bien, para tener un cuadro completo de las lógicas y dinamismo que iba adquiriendo el crecimiento de La Cámpora (no sólo en términos de cantidad de militantes sino en función de la notoriedad pública), es necesario considerar una perspectiva que atienda a las formas en que el Estado y las organizaciones se co-producen relacionadamente (Manzano, 2016). Con base en este planteo, la conformación de secundarios cobra un nuevo sentido en relación a las políticas del gobierno nacional que bajo una retórica anclada en el “protagonismo de las nuevas generaciones” colocaron a los jóvenes como destinatarios de leyes y programas específicos, en un contexto en el que los discursos públicos estigmatizaban la ampliación de la participación política juvenil. Este hecho fue evidente en especial a partir de 2008, cuando se dio inicio al primer mandato de Cristina Fernández de Kirchner, y año en el que algunas investigaciones identifican como el momento en el que “comenzó a hacerse visible y tematizarse socialmente la participación política de los jóvenes ya como sujeto plural” (Vázquez et al., 2017: 14). Es por eso que para dimensionar la complejidad que supuso la

²⁵ Unidos y Organizados se conformó en 2012 como un espacio político articulador de distintas fuerzas y partidos como base de apoyo al gobierno de Cristina Fernández de Kirchner. Conformado tras una convocatoria hecha por la presidenta durante un acto realizado en el Estadio Vélez Sarsfield en abril del mismo año, entre los principales partidos y agrupaciones se encontraban: La Cámpora, el Movimiento Evita, La Corriente Nacional de la Militancia, Nuevo Encuentro, KOLINA, MILES, el Partido Comunista-Congreso Extraordinario, Peronismo Militante, la Agrupación Martín Fierro, el Partido Humanista y el Partido Comunista Congreso extraordinario

experiencia militante de los jóvenes del *frente*, debemos tener en cuenta el escenario de transformaciones que a lo largo de doce años (2003-2015) generaron un volumen de políticas que fueron intensificadas hacia este sector.

DISCURSOS Y POLÍTICAS. ARTICULACIONES CONFLICTIVAS EN TORNO A LA POLITIZACIÓN DE JÓVENES

La instauración de un gobierno de corte progresista en Argentina debe leerse dentro de un contexto espacio temporal más amplio que nos lleva a la década del noventa, momento en el que América Latina se había convertido en escenario privilegiado para la aplicación de políticas neoliberales. Emanadas del denominado “Consenso de Washington”, estas políticas se expresaron en medidas tales como la disciplina fiscal, el ajuste estructural, la liberalización financiera, la privatización de áreas del Estado y la desregulación de la economía (Manzano, 2016.). El impacto de estas políticas concitó un aumento exponencial de las desigualdades sociales en la región, transformando al continente en escenario de intensas protestas y movilizaciones que fueron protagonizadas por “nuevos sujetos sociales” (De Sousa Santos, 2001). Los gobiernos que surgieron tras las intensas movilizaciones populares que provocaron la crisis del neoliberalismo se han caracterizado por generar políticas orientadas a revertir profundas situaciones de pobreza y exclusión social, por recuperar áreas del Estado privatizadas y por la conformación de bloques regionales relativamente autónomos de la injerencia de Estados Unidos. Conceptualizados como procesos de “refundación del Estado” (De Sousa Santos, 2010) –los gobiernos instaurados en los países de la región -aunque con características bien distintas- han implicado reconocer en él capacidades de ingeniería social que justificaron devolverle una gran centralidad en la planificación de la economía y en la implementación de políticas de redistribución de la riqueza (Manzano, *Ibíd.*). Como ha señalado de Sousa Santos, para estos gobiernos la refundación del Estado no ha implicado exclusivamente una disputa política, sino también social, cultural, por los símbolos, mentalidades, hábitos y subjetividades, que puede ser entendida como “una lucha por una nueva hegemonía” (De Sousa Santos, *Ibíd.*: 284).

Como parte de estos procesos, las administraciones kirchneristas, pero muy especialmente a partir del primer mandato de Cristina Fernández de Kirchner, fueron prolíficas en la definición de programas, políticas públicas y leyes orientadas a la juventud²⁶, contribuyendo de este modo a la demarcación de la cuestión “jóvenes” como un campo de acciones e intervenciones específicas. Tales iniciativas han incluido instrumentos normativos como la institución por ley del “Día Nacional de la Juventud”; la jerarquización de áreas de gobierno como la Dirección Nacional de Juventud que pasó a ser una subsecretaría; el diseño de programas focalizados como el de “Jóvenes con más y mejor trabajo” o el “FinES” para la finalización de estudios secundarios; las becas universitarias, entre otras. En este punto vale la pena detenernos en las leyes de “voto joven” y la de “centros de estudiantes” que colocaron la cuestión “jóvenes” en el centro de los debates y tuvieron a los secundarios militando activamente para conseguir su sanción.

Recordemos que la Ley 26.774, conocida como “ley del voto joven” o de “voto a los 16”, fue sancionada el 31 de octubre de 2012. El proyecto fue presentado por el Senador oficialista Aníbal Fernández (FPV-Buenos Aires), e incorporó el voto optativo a partir de los 16 años. Por su parte, el proyecto de la ley conocida como “Ley de Centro de Estudiantes”, fue presentado por el diputado Andrés Larroque -secretario general de la organización-, sin embargo, la versión final supuso la combinación de varias iniciativas similares en curso presentadas por representantes de distintas fuerzas políticas. La propuesta de Larroque, firmada por otros siete diputados de La Cámpora y por la diputada Adriana Puiggrós (FPV-Buenos Aires), confluyó en un dictamen único, que obtuvo apoyo unánime en la Comisión de Educación. Sancionada el 3 de julio de 2013, la Ley Nacional 26.877, estableció que las autoridades educativas jurisdiccionales y las instituciones educativas tienen el deber de reconocer a los centros de estudiantes como órganos democráticos de representación estudiantil, pero también deben promover la participación y garantizar las condiciones

²⁶ En un trabajo que ya tiene algunos años, pero retomamos pues fue elaborado en tiempos que coincidieron con esta investigación, Vázquez y Núñez (2013) señalaron que las políticas públicas dirigidas a la juventud fueron cobrando una importancia cada vez mayor durante las administraciones kirchneristas, reconociendo entre sus principales objetivos los de “promover la participación social y ciudadana”. Siguiendo los resultados de un relevamiento de políticas nacionales de juventud, autor y autora observan que el 25 % de las mismas reconocen estos objetivos y duplican en importancia a políticas públicas relacionadas con cuestiones consideradas clásicas en materia de juventud, como las referidas a inclusión social a través de la educación y el empleo.

institucionales para el funcionamiento de éstos. En caso de que ello no se cumpla, la ley establece que los estudiantes tienen derecho a denunciar esta situación ante las autoridades locales o nacionales.

Cada uno a su turno, los proyectos presentados fueron cobrando estado público y ampliaron en múltiples sentidos el debate social en torno a la participación política juvenil, expresándose en diversos medios de comunicación como noticieros, programas de actualidad, notas de opinión en diarios, editoriales, etc. Preguntas como “¿puede un joven de dieciséis años decidir quiénes serán nuestros gobernantes?” o “¿se puede llevar la política a las escuelas a través de los centros de estudiantes?”, fueron dando forma no sólo a una serie de debates en torno al lugar de los jóvenes en nuestra sociedad, sino que también fue ganando terreno la discusión en torno a la legitimidad del ingreso de la política a la escuela.

Hasta aquí, a la par de los instrumentos diseñados por el gobierno nacional, estas leyes también fueron operando una justificación de la centralidad atribuida “los jóvenes” en la narrativa oficial. Como parte de su estrategia comunicacional, la retórica del gobierno puso en circulación un discurso basado en el “protagonismo de las nuevas generaciones” cuyo sujeto político también fue compelido a asumir ciertas “obligaciones” y “mandatos” derivados de las recientes transformaciones que habilitaron un escenario con más oportunidades para la participación (Vázquez, 2011). En este marco, y siendo la expresión más cabal del “regreso de la política a las calles” (Vázquez, 2013), resultan interesantes los términos utilizados desde el gobierno para convocar a la participación juvenil. Así, en septiembre de 2010, Cristina Fernández de Kirchner se refería a las responsabilidades “creadas” en los jóvenes, ofreciendo algunos contrastes entre su propia experiencia militante y la de las nuevas generaciones:

Por eso digo que los envidio mucho, pero esto también les crea mucha responsabilidad. Nosotros tuvimos que abrirnos cómo podíamos, a los codazos, porque no había libertades. Pero cuando uno tiene la oportunidad de poder estudiar, de poder acceder a una universidad pública, nacional y gratuita, cuando uno tiene la posibilidad de expresarse con libertad, tiene también la obligación de comprometerse profundamente con la Patria y con los que menos tienen, a los que todavía hay que llegar. (Discurso pronunciado en el Acto de las Juventudes Peronistas, realizado en el estadio Luna Park el 14 de septiembre de 2010).

Dos años después, en marzo de 2013, en un acto con jóvenes del *Frente de Secundarios*, un dirigente de la conducción, diputado nacional en ese entonces, también se dirigía a este sector poniendo en juego una retórica de la responsabilidad:

Ustedes están en condiciones de superar todos los defectos que tuvimos nosotros. Esa es una responsabilidad nuestra y sobre todo responsabilidad de todos ustedes, de analizar las cagadas que hicimos nosotros, para no volver a cometer los mismos errores (Eduardo “Wado” de Pedro, dirigiéndose a jóvenes de secundarios, marzo de 2013, Registro de Campo).

Más allá de la evidente apelación a “la juventud” como rasgo de la elaboración narrativa kirchnerista (Larrondo, 2013), si hubo un término con el que se interpelaba con bastante asiduidad a los jóvenes éste ha sido el de “transvasamiento generacional”. Así, retomando la ya clásica fórmula proclamada Perón en un mensaje enviado al “Congreso de la Juventud Peronista”²⁷, los discursos oficiales invocaron más de una vez la idea de “transferir” responsabilidades a los jóvenes como un “legado entre generaciones” (Vázquez y Vommaro, 2012). Sin embargo, lo que resulta interesante de este término es que aludía a la necesidad de renovar las prácticas y lógicas de la política vinculadas a aspectos considerados negativos como el “clientelismo”, la “corrupción”, e incluso la “traición” o la “competencia desleal” en los espacios políticos. Así, en un acto realizado en el patio de la Casa Rosada el 11 de marzo de 2010, en ocasión del aniversario del triunfo de Héctor Cámpora, las palabras de Néstor Kirchner nos proporcionan un ejemplo de su uso:

Nosotros sabemos que tenemos un tiempo histórico que cumplir y después acompañar en el marco del trasvasamiento generacional, de la apertura a las nuevas generaciones de la Argentina para que los procesos se vayan transformando (...) también sabemos que es fundamental que esa evolución, ese proceso evolutivo que trae el crecimiento, que trae la

²⁷ El Congreso de la Juventud Peronista fue realizado en Montevideo en 1967 y en aquel mensaje, frente a los conflictos y divisiones que estaba atravesando el movimiento peronista, Perón escribió desde el exilio “es indudable que tales defectos, especialmente imputables a los dirigentes, solo se podrán corregir mediante una verdadera revolución dentro del peronismo, y esa revolución deberá estar en manos de la juventud del movimiento. Por eso, el Comando Superior ha venido propugnando desde hace tiempo la necesidad de un transvasamiento generacional que pueda ofrecernos una mejor unidad y solidaridad, que presuponga para el futuro una unidad de acción de la que carecemos en la actualidad”.

formación de nuevos pensamientos, que trae la formación de nuevas síntesis, que se oxigena con gente que viene realmente joven a aportar toda su capacidad creativa (...).

Otro ejemplo para acercarnos a estas nociones lo aporta Cristina en un acto realizado en la provincia de La Pampa a mediados de 2015:

Nuestro movimiento, y no sólo el Frente para la Victoria, el peronismo, la política del país, necesitan de la formación de nuevos cuadros, nacionales, populares y democráticos, que estén a la altura de la historia. Y yo quiero decirle a este gran gobernador (...), que hoy coopera y ayuda a que esta renovación, a que ese trasvasamiento generacional, a que ese cambio dirigencial, se haga posible y se haga sin egoísmo.

En el contexto analizado, las nociones desplegadas –“responsabilidad”, “obligación”, “compromiso”, “solidaridad”, “renovación”- han tenido funciones didácticas y prescriptivas que apuntaron a construir un “mandato” cuyos sentidos iremos desplegando en los próximos capítulos para iluminar una experiencia de politización juvenil en particular. Didácticas, puesto que intentaban transferir modos, saberes, sentidos y valores que las nuevas camadas de militantes debían hacer suyos y asimilar en la práctica. Prescriptivas porque estas nociones se orientaron a regular un “deber ser” para los jóvenes en general y para los jóvenes de La Ciénega en particular. De ser así, podemos decir que al mismo tiempo que se estructuraron los sentidos de la narrativa oficial, los jóvenes de *secundarios* hicieron propias las expectativas puestas en ellos en torno a constituirse como “emblema” y “locus” para la renovación de la política. Una vez más, en el acto realizado el 14 de septiembre de 2010, un mes y medio antes del fallecimiento de Kirchner²⁸, Cristina –entonces ejerciendo su primer mandato-, se pronunciaba a ese respecto:

Yo convoco a los jóvenes de los movimientos sociales, de las organizaciones sindicales, de las juventudes universitarias, de las juventudes territoriales, a todos, a transformarse en un multitudinario colectivo que recorra el país, que vaya ahí donde se necesita una mano, una ayuda solidaria. Es el mejor testimonio que podemos dar de nuestro compromiso con el

²⁸ Recordemos que si bien el acto fue convocado a partir de la consigna “Néstor le habla a la juventud. La juventud le habla a Néstor”, en aquella oportunidad la oradora central fue Cristina Fernández de Kirchner, dado que el expresidente había sido intervenido quirúrgicamente unos días antes.

prójimo y con la historia, eso fue humildemente lo que intentamos hacer cuando éramos mucho más jóvenes.

En aquel entonces La Cámpora fue la organización que expresó más cabalmente la síntesis de una nueva identidad política, encarnando a ese sujeto colectivo protagonista del proyecto conducido por Cristina, con el que el gobierno había empezado a tener una interpelación mutua y sostenida. Canalizada por marcos institucionales a través de las políticas implementadas desde el Estado, esta interpelación también se expresó como parte de los procesos de politización juveniles y en base a la defensa y alineación de esta organización con la fuerza gobernante.

Por aquellos años muchos dirigentes y militantes solían establecer comparaciones entre el rol del movimiento obrero organizado como columna vertebral del peronismo y la centralidad de la juventud politizada como el sujeto protagonista del kirchnerismo. A la par de estas comparaciones, un dato que no es menor y nos permite acercarnos a los modos cómo fue construido el lugar de los jóvenes en esa interpelación, lo aporta la ruptura en 2011 de la alianza que existía entre el oficialismo y el líder de la Confederación General del Trabajo (CGT). Si bien para muchos dirigentes sindicales la llegada del kirchnerismo “permitió el retorno de la dinámica social peronista” (Abal Medina, 2015: 65) -dada a partir de la evidente recuperación del empleo-, es preciso señalar que en este escenario la “forma sindical” se enfrent  a nuevos desafíos que al menos como punto de partida implicaron repensar “la definición del sindicalismo como factor de presión, factor de poder o herramienta para la transformación social” (Ibíd.: 66). En ese sentido, si bien las mutaciones y dilemas que enfrentaron las organizaciones de trabajadores con la llegada del kirchnerismo plantearon una serie de disyuntivas de cara a la reconfiguración de la alianza histórica entre los sindicatos y el Estado, es a partir del segundo mandato de Cristina que el lugar atribuido a las asociaciones gremiales pierde centralidad al ser desplazadas por el nuevo sujeto político del kirchnerismo: la juventud. Este hecho es advertido por Sian Lazar quien en su trabajo sobre los sindicatos argentinos menciona que en aquel período Cristina traslad  su base de apoyo de la CGT hacia la juventud, señalando incluso que para una extranjera como ella “en 2012 era evidente que La Cámpora había cobrado una presencia política mucho más importante que tres años antes” (Lazar, 2019: 89).

Por aquel entonces, no sólo se hicieron cada vez más frecuentes las alocuciones oficiales – de la presidenta y funcionarios de primera línea del gobierno- llamando a la participación juvenil, sino que en continuidad con las definiciones tomadas anteriormente por Néstor Kirchner, Cristina profundizaría la decisión de que la juventud pase a ocupar lugares centrales en el ejecutivo nacional así como en las listas para elecciones de representantes legislativos en los niveles nacionales, provinciales y municipales (Vázquez et al., 2017). En ese contexto, numerosos testimonios periodísticos y de los propios dirigentes y militantes comenzaron a apuntar a La Cámpora como “la organización de Cristina”. Por su parte, también fue un momento en el que los militantes de esta organización comenzaron a referirse a ella como “la jefa”, remarcando la singularidad de una interlocución sin mediaciones.

En otro orden de consideraciones, para dimensionar el lugar ocupado por La Cámpora en el debate social de aquellos años, es necesario aludir a la aparición de una serie de publicaciones de corte periodístico que tematizaron la emergencia de una juventud politizada. Nos referimos a los libros de Laura di Marco²⁹, José Natanson³⁰ y Sandra Russo³¹ que, casi en simultáneo, se ocuparon de la narración del “caso” de La Cámpora, desde perspectivas bien diferentes, pero atendiendo al protagonismo que había adquirido esta organización por aquellos años.

Si bien los trabajos de Di Marco y Russo comparten el hecho de interrogarse por la posición relativa de la organización dentro del oficialismo a partir de sus vínculos con el gobierno, (especialmente desde 2010), y ambos se responden con la redacción de capítulos dedicados a la trayectoria personal de sus dirigentes, cada uno acude a estrategias retóricas y de contenido bien distintas. El primero de ellos, presenta una prosa que evoca los trabajos de investigación periodística que denunciaban la corrupción de los funcionarios de la década del noventa (toma testimonios de militantes anónimos o ex militantes de la organización, opiniones y anécdotas de políticos opositores e intelectuales críticos a los gobiernos kirchneristas, declaraciones juradas de bienes, ingresos, etc.). El segundo, el de Russo, se

²⁹ Laura Di Marco (2012) “La Cámpora. Historia secreta de los herederos de Néstor y Cristina Kirchner”, Buenos Aires, Editorial Sudamericana.

³⁰ José Natanson (2012) “Por qué los jóvenes están volviendo a la política. De los indignados a La Cámpora”, Buenos Aires, Debate- Random House Mondadori.

³¹ Sandra Russo (2014) “Fuerza Propia. La Cámpora por dentro”, Buenos Aires, Debate-Random House Mondadori.

basa en la exposición de testimonios en primera persona -obtenidos en entrevistas a responsables de la Mesa Nacional de Conducción-, que le permiten reconstruir el proceso que llevó al posicionamiento de la organización como fuerza privilegiada dentro del gobierno. En líneas generales, pareciera que ambos trabajos han procurado suscitar interpretaciones opuestas en el lector: Di Marco lo hace caracterizando a la dirigencia *camporista* como interesada en ocupar cargos en el Estado por ambición personal, inexplicablemente enriquecida y deficitariamente preparada o formada. En contraste, el trabajo de Russo suscita una lectura empática con estos militantes y lo hace resaltando como una cualidad general propia de los jóvenes kirchneristas la noción omnipresente del “interés colectivo” por encima del “interés individual”, presentando historias personales marcadas por la entrega y el compromiso con una causa.

El libro de Natanson instala la pregunta por la emergencia de los nuevos movimientos juveniles en geografías y culturas distintas y distantes: desde los “indignados” españoles que protestan contra el ajuste, los jóvenes rebeldes árabes que enfrentan dictaduras, los estudiantes chilenos que reclaman cambios en el modelo educativo y los jóvenes argentinos que se suman a los círculos militantes del kirchnerismo. A partir de la caracterización de esta “revolución de los jóvenes” como una tendencia global, el autor ofrece un análisis de la juventud kirchnerista, con La Cámpora como actor principal, describiendo “virtudes”, “defectos” y “desafíos”, y ofreciendo un contraste comparativo con la llamada juventud de La Coordinadora³², agrupación inscripta en el radicalismo de los años ochenta que, al igual que La Cámpora, conformó parte de las bases juveniles de apoyo de un proyecto de gobierno, y que terminó incorporándose a la gestión de Raúl Alfonsín (1983-1989), primer presidente elegido por el voto popular luego de la última dictadura militar en Argentina.

Otra de las publicaciones que merece ser destacada es el trabajo de Florencia Saintout “Los jóvenes en la Argentina. Desde una epistemología de la esperanza” (2013). En ella, su autora se propone aportar al debate sobre los jóvenes quienes durante largo tiempo habían sido pensados desde el contexto de “derrota y devastación”, señalando que en ese momento era posible hacerlo “en un contexto de recuperación y de reinvencción del futuro” (Saintout, 2013: 17). Aunque su autora era decana y docente de la Facultad de Periodismo de la Universidad

³² Espacio político que nucleaba a la juventud de la Unión Cívica Radical en los años ochenta.

Nacional de La Plata, esta publicación no se inscribe en un registro periodístico, se trata de una obra que, además de ser de uno de los primeros trabajos donde se alude a La Cámpora, contribuyó a tematizar la novedad de una participación política oficialista por parte de los jóvenes, hecho también destacado por otras investigaciones (Larrondo, 2015; Cura, 2014; Vázquez, 2013). En el capítulo que cierra el libro, Saintout se refiere específicamente a la militancia *camporista* haciendo hincapié en que “La Cámpora está llena de ilusiones de futuro que la compromete con el presente” señalando que esa es una “clave de acumulación” de la organización. Más adelante prosigue diciendo que “para La Cámpora la referencia más importante del militante es la figura de Néstor Kirchner, el Nestornauta, ese que se narra a partir de los intereses colectivos contra los corporativos” (2013: 106). Como podemos advertir, en distinta medida y con diferentes énfasis, estas obras contribuyeron a definir los términos de un debate que continúa hasta el presente, aportando a la tematización de lo que en ese entonces se interpret  como “una vuelta de los jóvenes a la política” (Vázquez y Vommaro, 2012).

Por otra parte, resulta ilustrativo de este clima de ideas el dossier que en mayo de 2012 publicó la edición cono sur del periódico “Le Monde Diplomatique” titulada “La política de los jóvenes”, en el que distintos analistas reflexionaron sobre La Cámpora, aportando al debate en torno a diferentes aspectos de la organización, como ser, sus límites y desafíos, los compromisos de la militancia, la construcción y acumulación de poder. En dicha publicación encontramos textos donde se compara a La Cámpora con la Juventud Peronista o con la juventud de La Coordinadora, otros artículos que analizan la lógica numérica y territorial de construcción, la ocupación de cargos en el Estado, o las posibilidades abiertas a estos jóvenes de cara a aportar propuestas de construcción política “innovadoras”, por enumerar sintéticamente algunos de los temas que inspiraron la edición de aquel volumen de la revista.

Además de los libros y artículos periodísticos que se ocuparon de esta organización en medios gr ficos³³, numerosos programas televisivos también dedicaron buena parte de su

³³ Traemos a colación una nota editorial del periodista Osvaldo Pepe del 12 de marzo de 2012 publicada en el diario Clarín, donde afirmaba que “Aerolíneas está en manos de La Cámpora, la emblemática compa a es la “gran caja” de la agrupación juvenil (...). Son hijos de familiares o militantes montoneros (...). No matan, adoctrinan a jóvenes incautos y los intoxican con una falsa  pica. Esta última frase fue apropiada por los militantes de la agrupación y en un reforzamiento positivo de la estigmatización ejercida por los medios, imprimieron remeras con la leyenda “joven incauto adoctrinado por La Cámpora”.

agenda a “el caso de La Cámpora”, criticando sus vínculos con el gobierno e instalando debates que demonizaban y estigmatizaban negativamente a sus militantes. Una de las primeras caracterizaciones en televisión abierta fue la proferida por un reconocido periodista durante los funerales del expresidente Néstor Kirchner a fines de octubre de 2010 -momento en el que La Cámpora saltó a la visibilidad pública (Pacheco, 2011)- comparando a esta organización con las “juventudes hitlerianas”³⁴. Como parte de la estigmatización en medios, también podemos mencionar los programas televisivos en los que distintos referentes políticos opositores al kirchnerismo³⁵, se presentaban en calidad de invitados y acusaban a La Cámpora de ser una organización que “reparte armas”, que “maneja presupuestos millonarios”, que “no tienen experiencia ni formación”, y que se mueven por “interés y ambición personal”, entre otras caracterizaciones.

Cabe aludir aquí al informe televisivo presentado en el programa “Periodismo para Todos” en agosto de 2012 titulado “La Cámpora en las escuelas”, en el que se dio difusión a la participación de militantes de esta organización en el taller “El héroe colectivo”, que dependía de un área de la Subsecretaría para la Reforma Institucional y Fortalecimiento de la Democracia³⁶. El informe televisado difundió la idea de que La Cámpora hacía “proselitismo” en las escuelas y “adoctrinaba” a jóvenes “inocentes” a través de las actividades llevadas adelante en el marco del taller. Si bien es cierto que tanto la Subsecretaría, como la coordinación estatal que llevaba adelante la iniciativa estaban a cargo de dos referentes de la organización, las actividades realizadas en las escuelas tenían por

³⁴ Nos referimos aquí a los comentarios vertidos por Mariano Grondona quien en su programa televisivo “Hora Clave”, expresó “*Evidentemente lo que mostró el velatorio fue que hay varios miles, varios miles, de jóvenes que se han enrolado en La Cámpora, casi fanatizados por una prédica... y, esto es una situación que se daba en situaciones prerrevolucionarias, por ejemplo, la República de Weimar, en Alemania, una república perfecta en los años '20, pero Hitler estaba montando unos miles de fanáticos, o Mussolini en Italia, no? (...) Hay un peligro, de que por un lado usted tenga ¿no? Un conjunto importante, pero minoritario a escala nacional, tremendamente fanatizados. Unas minorías casi militarizadas*”. Estos comentarios generaron una serie de repudios tanto de periodistas de origen judío como de la DAIA (Delegación de Asociaciones Israelitas de Argentina), que emitió un comunicado rechazando los términos empleados por Grondona “al comparar a las juventudes que acompañaron el sepelio del expresidente con las juventudes hitlerianas (...) y banalizar el Holocausto”.

³⁵ Por citar dos ejemplos, en abril de 2011, en una entrevista para el diario La Nación, la entonces Diputada Nacional Victoria Donda se refirió a los militantes de La Cámpora como “chetos interesados por los cargos que no saben lo que es militar” (Disponible en: <https://www.lanacion.com.ar/1365037-la-campora-abre-una-interna-en-la-juventud-kirchnerista>). Asimismo, en el acto del Día del Trabajador Camionero, el 15 de diciembre de 2011, Hugo Moyano, dirigente de la CGT, aludió a estos militantes como “nenes bien”.

³⁶ Esta subsecretaría estaba en la órbita de la Jefatura de Gabinete de Ministros de la Presidencia de la Nación.

objeto promover la reflexión en torno a valores como la “democracia”, la “participación”, el “compromiso” y la “ciudadanía” y el recurso que utilizaban era un juego de mesa basado en la historieta de Héctor Oesterheld, “El Eternauta³⁷”, en el que participaban alumnos y alumnas de los establecimientos educativos. Conforme se avanzaba en los casilleros, el juego planteaba situaciones en las que los participantes tenían que tomar decisiones que suponían el debate, la reflexión, la evaluación grupal y el consenso. Aunque el juego no tenía connotaciones directas a la actividad político-partidaria, la figura del “Eternauta” evocaba una serie de afiches utilizados frecuentemente por La Cámpora, en los que al traje utilizado por el personaje de Oesterheld dibujado por Francisco Solano López, se le había añadido el rostro de Néstor Kirchner.

Además de propagar la idea de que La Cámpora “ingresaba” a las escuelas y “adoctrinaba” a jóvenes, el informe hizo especial hincapié en la actividad militante tanto de quienes llevaban adelante el taller como de los jóvenes –en este caso alumnos de la institución, pero también miembros de la organización- que solían officiar de interlocutores entre la repartición estatal y los directivos de las instituciones educativas. El relato del conductor subrayaba como algo reprochable que fueran los propios alumnos militantes los que promovían la realización del juego y al mismo tiempo el informe intercalaba fotos de jóvenes con remeras y banderas de La Cámpora, videos de actos donde Cristina le hablaba a la juventud e imágenes de las actividades realizadas en las escuelas por integrantes de la Subsecretaría para el Fortalecimiento de la Democracia. Así, al inicio del programa, el periodista anunciaba:

Esta noche vamos a hablar del adoctrinamiento de La Cámpora en las escuelas, que es ilegal, está prohibido por ley. Los partidos políticos no pueden hacer actividades políticas en las escuelas primarias y en la secundaria. Y sin embargo, hay adoctrinamiento (...). Bajo la excusa del trabajo social como pintar escuelas o dar talleres de apoyo escolar, La

³⁷ “El Eternauta” es una historieta argentina serializada de ciencia ficción creada por el guionista Héctor Germán Oesterheld y el dibujante Francisco Solano López. La trama se centra en una invasión alienígena a la Tierra mediante una tormenta de nieve tóxica que acaba con la mayor parte de la población, y la resistencia de la población de Buenos Aires. Su protagonista es Juan Salvo, el Eternauta, quien en un ejercicio de metaficción narra la historia al propio Oesterheld.

Cámpora está haciendo trabajo político en escuelas primarias y secundarias de todo el país. Y también hace proselitismo con un juego, “El héroe colectivo”.

Más allá de la concepción de los propios sujetos en torno a lo que veremos en el quinto capítulo como “gestión militante”, la difusión de estas imágenes por uno de los canales con mayor audiencia televisiva en horario central, relatadas por un conocido periodista abiertamente opositor al gobierno, fue un elemento que por aquellos días contribuyó a acrecentar la notoriedad pública de la organización -aunque de manera negativa- presentando a los jóvenes en general como un sujeto vulnerable que debía ser resguardado de un posible aleccionamiento político realizado, paradójicamente, por otros jóvenes. Así, la información difundida a través del programa televisivo -que mostraba el “ingreso” de La Cámpora a las escuelas como una “amenaza”- y los debates respecto de la posibilidad de habilitar el “voto a los dieciséis”, se constituyeron en un pretexto para forjar un discurso que oscilaba entre definir a los jóvenes como sujetos “incapaces” o “inmaduros” para votar o participar en política -cuando se trataba de los destinatarios de los talleres, por ejemplo- o presentarlos como sujetos “adoctrinados” que buscaban instalar de manera espuria contenido “proselitista” en las escuelas -cuando se trataba de los jóvenes que realizaban los talleres en los colegios-. En ese marco, tanto desde los medios de comunicación como desde las voces de algunos representantes de fuerzas políticas contrarias al gobierno nacional, se desalentó la sanción de una ley que permitiría a las personas de entre dieciséis y dieciocho años ejercer el derecho al voto. Un dato que no es menor y nos permite dimensionar los debates suscitados a partir de la enorme difusión que adquirió el informe televisivo, lo constituye la decisión del gobierno porteño de habilitar una línea gratuita, un 0-800, convocando a los vecinos y vecinas de la ciudad a denunciar cualquier tipo de actividad sospechada de “política” en estos ámbitos.

A MODO DE CIERRE

A lo largo del capítulo hemos procurado, por un lado, reponer aspectos del campo social más amplio en el que fue emergiendo la cuestión “jóvenes y política” como un asunto público socialmente debatible. Paralelamente, hemos considerado el escenario en que La Cámpora

fue ganando visibilidad como emblema de una juventud politizada a la que al mismo tiempo que se interpelaba y convocaba a la participación, era demonizada por los medios de comunicación. En este contexto, La Cámpora fue la organización que representó más cabalmente al sujeto político del kirchnerismo, pero también expresó las articulaciones conflictivas entre “jóvenes” y “política”. En aquel entonces, el *Frente de Secundarios* fue adquiriendo un lugar cada vez más destacado dentro de la organización y, en ese sentido, podemos mencionar que a mediados de 2012 un grupo de diez jóvenes pertenecientes al frente -quienes habían ganado las elecciones del centro de estudiantes en su escuela- fue recibido en la Casa Rosada por la presidenta. Siendo “los jóvenes más jóvenes de la organización”, estos militantes encarnaron al sujeto político de importantes disputas que se dieron a nivel legislativo –el “voto joven” fue una de ellas-, se constituyeron en el “puente” entre la militancia secundaria y la universitaria dentro de La Cámpora, personificaron el legado “vivo” y “autorizado” para dar continuidad a la memoria de quienes fueron jóvenes en los setenta y, por último, representaron a “los verdaderos jóvenes” o “jóvenes en serio” - como señala la cita introductoria del capítulo- de una organización que era símbolo de la (re)politización juvenil y, al mismo tiempo, objeto de estigmatización.

Considerar el escenario de transformaciones impulsadas por un proyecto de gobierno de corte progresista y recuperar los discursos en torno a “la juventud” a partir de las tensiones que suscitó su vinculación con “la política” son ejercicios que nos permiten dimensionar la coyuntura que dio lugar a la aparición y visibilización del problema del que es objeto esta investigación. En ese sentido hemos procurado dar cuenta del marco relacional de actores, procesos y discursos que lo volvieron “público”, “oficial” y “narrable” (Bourdieu y Wacquant, 1987) en un momento determinado. El capítulo que sigue procurar  reponer los términos y nociones que permearon los debates en el marco del proceso organizativo del *Frente de Secundarios* en las escuelas, considerando que fue uno de los ámbitos en los que se constituyó la militancia de estos jóvenes y en el que produjeron sentidos plurales en torno a la política como parte del proceso de “volverse” militantes.

CAPÍTULO III. LA ORGANIZACIÓN EN LAS ESCUELAS. DINÁMICAS Y SENTIDOS DE LA MILITANCIA DEL FRENTE DE SECUNDARIOS

Aunque muchos colegios están sin centro de estudiantes, tenemos que lograr que todos los colegios de la Argentina a lo largo y a lo ancho del país tienen que tener centro de estudiantes, y tiene que ser un centro de estudiantes de La Cámpora. ¡Tenemos la posibilidad de hacer la historia compañeros!

Joven perteneciente al Frente de Secundarios

23 de marzo de 2013, ExESMA

La cita con la que iniciamos este capítulo introduce una de las metas a las que se consagró la militancia del *Frente de Secundarios*: la organización en las escuelas. A lo largo del capítulo nos proponemos analizar los sentidos producidos en torno a la política, iluminando el modo cómo se fueron articulando los compromisos para la militancia de los jóvenes en estos ámbitos. Para ello, procuramos reponer los términos y discusiones que orientaron su experiencia organizativa, teniendo como trasfondo la sanción de dos leyes impulsadas por diputados kirchneristas en el parlamento nacional entre 2012 y 2013.

INICIOS Y MOTIVACIONES PARA LA MILITANCIA EN LA ESCUELA

Históricamente la educación secundaria argentina se distinguió en América Latina por su temprana expansión. Junto con Chile y Cuba, Argentina es uno de los países que más ha avanzado en la escolarización de sus jóvenes, acercándose a parámetros de países industrializados. La literatura educativa señala que la tendencia hacia la mayor escolarización de los jóvenes estuvo relacionada con la temprana universalización del nivel primario en nuestro país, el aumento de años de estudio obligatorios, la demanda de las familias -asentada en la convicción de una “obligatoriedad social” respecto de este nivel (Tenti Fanfani, 2003)-

, así como los requerimientos de certificados educativos en el mercado de trabajo. A pesar de ello, los logros relativos a la democratización de la enseñanza media en Argentina se han visto permanentemente tensionados por las dificultades que enfrenta la población escolar que proviene de los sectores más desfavorecidos para permanecer en el sistema educativo y finalizar sus estudios. Esta problemática, si bien no es nueva, ha adquirido especial relevancia frente al desafío que impuso la sanción en el año 2006 de la Ley 26.206 de Educación Nacional, al extender la obligatoriedad escolar hasta la culminación de la educación secundaria.

Recordemos que la sanción de la Ley Federal de Educación en 1993³⁸ planteó un cambio en la estructura académica de todo el sistema educativo nacional, a excepción de la jurisdicción de la Ciudad de Buenos Aires que no adecuó sus modalidades a las reformas previstas por la ley y continuó con el sistema anterior. Con la sanción de esta norma, la escuela secundaria fue objeto de una fuerte modificación: sus dos primeros años de estudio pasaron a formar parte de la Educación General Básica (EGB), en tanto que los tres o cuatro últimos constituyeron un nuevo nivel: el Polimodal. El saldo de este proceso llevó a una diversificación de estructuras académicas, curriculares e institucionales, lo cual implicó un desdibujamiento del sistema educativo en general y de la escuela secundaria en particular³⁹. Durante el año 2006, el Ministerio de Educación de la Nación impulsó un debate nacional con el objetivo de elaborar una nueva norma educativa para derogar la Ley Federal de Educación de 1993 y mitigar los efectos de su implementación. Como resultado de este proceso se sancionó la Ley de Educación Nacional, que propuso la homogeneización de todo el sistema educativo nacional y estableció la obligatoriedad de la educación secundaria. Con la sanción de la obligatoriedad del nivel se dio inicio a una nueva etapa al designarlo legalmente como el espacio social e institucional en el cual tienen que estar los jóvenes

³⁸La sanción de la Ley Federal de Educación en 1993 viene a completar el esquema de reformas iniciadas en 1992 con la sanción de la Ley 24.049, que estableció la transferencia a las provincias de los servicios educativos del nivel secundario y terciario, que hasta entonces eran administrados por el Ministerio de Cultura y Educación de la Nación. El proceso significó la incorporación en los sistemas provinciales de un conjunto importante de instituciones con tradiciones e historias diferenciadas que debían integrarse a las que ya existían en las jurisdicciones, impactando de manera decidida en la estructuración del sistema educativo argentino y en la calidad de la enseñanza (Kisilevsky, 1998; Sinisi, 2006).

³⁹La Dirección Nacional de Información y Evaluación de la Calidad Educativa, ha mostrado la multiplicidad de situaciones jurisdiccionales e institucionales que afectaron la organicidad del sistema educativo nacional a raíz de la implementación de la Ley Federal de Educación. Al respecto se puede consultar el informe de la DINIECE “La obligatoriedad de la educación secundaria en Argentina” (2007).

(Novile, 2016). Aunque esta definición no implique que estemos cerca de la universalización, actualmente las tasas de escolarización secundaria en Argentina alcanzan el 85% a nivel nacional⁴⁰, reflejando el lugar que ocupa la escuela en las trayectorias vitales de este rango etario.

Los datos expuestos en relación a la centralidad de la escuela como ámbito de socialización propio de la edad, sumado al peso de la tradición de participación política estudiantil en Argentina, nos permiten colocar en un marco más amplio la definición de la *conducción* instando a que sus militantes más jóvenes se organicen como *La Cámpora-Secundarios*. De acuerdo con algunos relatos, los inicios del *frente* en CABA se vinculan al contexto posterior a la muerte de Néstor Kirchner, cuando La Cámpora empezó a tener una afluencia significativa de adherentes y personas que querían participar en formatos de activismo más *orgánico*. En lo que respecta a *secundarios* este proceso fue canalizado a partir de una distribución por regiones y así lo señalaba un joven, a quién en adelante llamaré Santiago, en situación de entrevista:

Ya cuando crecimos fue tipo 2011, el año en que empezó a crecer. Yo me acuerdo que hicimos un plenario en 2011. En enero, febrero de 2011. Y después ahí se empezó a hacer por comuna, pero era por comuna porque no estaban todas las comunas. Había cuatro comunas cubiertas creo. Cuatro o cinco. Después, cuando se empezó a cubrir más comunas, se dividió por regionales. Y ahora ya están todas las regiones cubiertas. (Entrevista, diciembre de 2012).

La conformación de *secundarios* le otorgó un carácter más específico a la militancia de los jóvenes “subveinte”, a partir de la definición de un espacio –la escuela- exclusivo para esta franja etaria, que implicó ir avanzando en la elaboración de estrategias para consolidar su armado. Así señalaba otra joven, a quien llamaremos Ludmila, este proceso:

Mirá, cuando nosotros entramos a la organización, año 2012, eran muy poquitos los militantes secundarios que estaban militando en la organización, y eran los que habían empezado en sus unidades básicas, en sus barrios. Y nosotros entramos justo en el momento que la idea de la organización es que secundarios se conforme como un ‘frente’. Como es

⁴⁰Fuentes: IIPE-UNESCO/OEI en base a: Argentina-EPH del INDEC.

‘Universidad’ o como es el ‘Frente de villas’. Buen, si, que se pueda conformar como un frente. Hubieron idas y vueltas, idas y vueltas. Al principio nos dijeron “no militen más territorio”, a los que militaban territorio. Nosotros no teníamos (territorio). “Ocupense de los colegios, de ganar los colegios”. Ganar los espacios, en principio. Después no. La idea era tener una, aunque sea pequeña, inserción territorial por la comuna de los colegios. Nosotros... esa era nuestra primera experiencia territorial. Nosotros la tenemos en la Comuna 3 en el 2012, y después nos vuelven a decir “No. A los colegios”. A los colegios, a formarse, a ganar compañeros, a discutir porque de verdad...que... y para nosotros, ese grupito, en realidad un grupo grande que había entrado en la organización estuvo muy bueno porque veníamos de una tradición nosotros muy gremial, muy de centroizquierda, muy de discusión con los troskos. Estábamos re duchos en eso, nos faltaba toda la parte de territorio. Pero cuando nos dijeron abóquense a eso, era la experiencia que nosotros teníamos. Y fue un proceso que hoy yo no lo puedo... no lo podés creer. (Entrevista, noviembre de 2014).

Compartimos la cita en extenso dado que resume varios aspectos que nos interesa poner de relieve. Además de señalar parte de los inicios del *frente*, aparecen aspectos vinculados a la disputa política con otras fuerzas, que inscriben las prácticas de estos jóvenes en el repertorio de tradiciones más amplio del movimiento estudiantil. Por otro lado, la alternancia entre las dos órdenes tomadas por la *conducción* - “ocupense de los colegios” y luego “abóquense a territorio”- pone en evidencia esquemas de construcción *verticalista*⁴¹ propios de la filosofía organizacional del peronismo (Lazar, 2019), pero también refleja los modos de adhesión a las reglas que exhibían los sujetos que, a pesar de ser muy jóvenes, eran aprehendidos *in situ* y en acto. Aunque por momentos el lugar más propicio era la escuela y, por momentos, el barrio, las idas y vueltas a la hora de evaluar la jerarquía de un espacio sobre el otro, así como la activación de saberes y recorridos previos (“veníamos de una tradición muy gremial”) nos llevan a relativizar la idea de un verticalismo rígido en la práctica, mostrándonos la complejidad de los procesos que significaron y dieron vida a la militancia de estos jóvenes. En aquel entonces, con el objeto de disputar la conducción de los centros de estudiantes, donde las agrupaciones de izquierda tenían mayor incidencia debido al grado de organización

⁴¹ Nos parece apropiada la definición que entiende al “verticalismo” tanto como una filosofía organizacional, así como un medio de autoidentificación (Lazar, 2019).

y movilización de sus militantes, *secundarios* comenzó a armar la *FES* en alianza con otras agrupaciones kirchneristas, lo que favoreció en algunos casos la presentación *de listas de unidad*, tal como lo relata Ludmila:

Mirá, en ese momento... la lista en la que yo empecé a participar, fijate que ya era por listas, o sea que ya te das cuenta de que ya estaba bastante politizado y organizado, no es que era una cosa de asambleas... o sea que ya había listas, ya había organizaciones en el colegio, pero las organizaciones históricas del trotskismo. PTS y Partido Obrero. La lista en la que yo entro era una lista que en ese momento los chicos estaban con Libres del Sur. Libres del sur en ese momento estaba con un pie afuera y un pie adentro (del kirchnerismo). Bancaba, pero no tanto. Entonces yo... yo era “Néstor en el corazón”, lo amaba toda mi familia, pero por una cuestión familiar más que nada. (Entrevista, noviembre de 2014)

La cita nos aporta datos sobre el grado de organización en esa escuela en particular —“no era una cosa de asambleas, ya había listas”— donde la presencia de otras vertientes políticas ilumina aspectos de un camino hacia la militancia inscripto en un ambiente que ya estaba politizado. Este aspecto, sumado al peso de la influencia familiar, nos permite vislumbrar la existencia de una multiplicidad de opciones y expectativas que fueron estableciendo las motivaciones para empezar a militar y conformar el *frente*. Siguiendo con el mismo relato, la entrevistada recuerda el momento en que se produce su incorporación a La Cámpora:

Ya en 2012 voy de candidata a presidenta, o sea, en mi quinto año yo fui la presidenta del centro de estudiantes y dio la casualidad de que a principios de año decidimos entrar a La Cámpora. Entonces a mí... fue un año terrible. O sea, hermoso,  no? pero muy, muy movido porque era ser la conducción del centro de estudiantes; éramos una organización, una agrupación en realidad, de sesenta chicos en la escuela; y yo era la más grande. (Entrevista, noviembre de 2014).

Esta cita pone de relieve dos cuestiones: una relativa a las dinámicas de crecimiento de la *organización*, donde una de las modalidades de incorporación al *frente* podía darse con el “pase” de militantes de un espacio a otro, pero también da cuenta de la experiencia vivida y el disfrute por “el hacer” a pesar del cansancio y el desgaste que suponía la propia tarea militante. En el caso de Ludmila el ingreso a la organización se produjo como parte de una definición del colectivo al que pertenecía, no obstante, la incorporación también podía darse

como resultado de una decisión individual. Así nos lo comentó otra joven, Florencia, que asistía a la misma escuela:

Yo estaba militando en el PM⁴², y me fui hace poco. Yo ya venía que no me convencía. Y en mi colegio tenía unas compañeras que estaban en La Cámpora. Yo veía que estaban de acá para allá, que bancaban el proyecto, pero en serio. No paraban. Ellas hace tiempo me decían que vaya a militar con ellas. Y yo “no, ni ahí, ni en pedo”. Y bueno, en un momento ya no me sentí que estaba haciendo algo que realmente sea algo, no sé, que aporte a Cristina y también por la gente. Y ahí fue que me decidí. Me fui del PM y me puse a militar acá con ellos. (Entrevista, Florencia, 08/06/2013

Además del recorrido personal en un ambiente que, como dijimos, ya estaba politizado, esta cita nuevamente nos permite rastrear el aspecto relativo a las emociones que se expresa en el “placer de hacer” (Weber, 1989). La duda de la joven en torno a no saber “qué” pero sí saber “para qué” –“que aporte a Cristina y a la gente”-, nos acerca a la idea de que muchas veces lo que insta a las personas a tramar múltiples relaciones y a realizar una infinidad de actividades es movilizado por la pasión y el disfrute de estar involucrado en un proyecto que trasciende lo individual. Esto último se constata también en las palabras de Ludmila: “fue un año terrible. O sea, hermoso, ¿no?”. Compartimos otro fragmento de la entrevista con ella para completar estas nociones:

Aparte, te juro, eran días que yo entraba a la escuela a las siete, a las ocho de la mañana a estudiar y llegaba a mi casa a las diez de la noche. Porque era quedarse en el colegio hasta las seis, después una reunión, con este, con aquella. No era fácil. Bueno, en eso me llama mi referente, mi responsable, en ese momento Tobi, muy tranquilo “Escúchame, se suspendió la conferencia de prensa”. Yo medio que salté a festejar, y me dice “porque... nos va a recibir Cristina” (...) Ahí casi me desmayo de nuevo. Bueno y me dice “vení porque aparte vos tenés que estar acá dando todo”. Yo estaba re cansada, pero no lo podía creer. Feliz.

Esta última cita nos permite eludir la tendencia a pensar el componente de la “obligación” – dado ciertamente por el rol de la joven dentro del *frente*, la relación con su *referente*, así como la adhesión a las “reglas” de la militancia- como algo que se hace a desgano y sin

⁴²Siglas correspondientes a la agrupación Peronismo Militante.

entusiasmo. Además del cansancio, en aquella oportunidad mi interlocutora hizo alusión al estrés que le ocasionaba tener que atender constantemente el teléfono a distintas personas y, particularmente el día en que Cristina iba a recibirlos, se encontraba afectada por un dolor de cabeza. Sin embargo, todo ello no impedía vivir las distintas tareas implicadas en su militancia diaria con grandes cuotas de entusiasmo y optimismo.

Hasta aquí, entre las motivaciones evocadas para narrar los principios que orientaron el propio involucramiento encontramos elementos de las trayectorias personales –emocionales, subjetivos-, y del campo social más amplio en el que estos jóvenes se fueron incorporando a la militancia. Por un lado, aspectos generacionales tramitados en la familia – la influencia de un familiar adulto- y en el marco de la escuela –haber sido inspirado por otro *compañero*-, pero también las tramas de vínculos y relaciones que fueron construyendo cotidianamente con sus pares y *referentes*. En este cuadro es preciso incorporar las emociones y el placer generados “en” y “por” el propio hacer cotidiano, que iluminan la complejidad de la política “vívida” y -como ha señalado Quirós (2008)- constituyen una fuerza poderosísima en el origen y continuidad de la participación política.

Vinculado a los aspectos de orden subjetivo y personal, deben considerarse los marcos históricos e institucionales de las tradiciones políticas del movimiento estudiantil que proporcionan los repertorios de la acción colectiva (Tilly, 2000) en la escuela. Y en este caso los sujetos han aprendido, negociado y activado saberes y expectativas diversas, en un contexto político y social más amplio que fue el que condicionó y a la vez habilitó los escenarios para la experiencia militante. En ese sentido, a lo que desde la narrativa del gobierno se venía sosteniendo como “el regreso de los jóvenes a la política” (Vázquez, 2013) o “el protagonismo de las nuevas generaciones” (Larrondo, 2013), se sumaron la propuesta de una agenda parlamentaria que los contenía e interpelaba, configurando el clima social en el que *secundarios* comenzó a organizarse y a consolidar su armado en las escuelas.

EL ROL DEL MILITANTE SECUNDARIO: “BAJAR LA POLÍTICA A LAS ESCUELAS”

Como parte de la militancia del *frente*, los jóvenes se fueron involucrando en distintas actividades que codificaban el mundo de la participación en clave estudiantil: solicitudes a

las autoridades educativas, intervención en asambleas en las escuelas, jornadas solidarias en los barrios, e incluso, en el marco de las alianzas con otras agrupaciones estudiantiles, participaron de una medida de fuerza colectiva para oponerse al gobierno porteño que quería implementar reformas en los contenidos curriculares del nivel medio. Sin embargo, en un contexto en el que se fueron problematizando progresivamente las vinculaciones entre “jóvenes” y “política”, la militancia por las leyes de “voto a los dieciséis” y de “centros de estudiantes” dieron marco y contenido a las actividades que llevó adelante el *frente*: charlas en escuelas y *unidades básicas* relacionadas con estos temas, operativos de empadronamiento⁴³ y renovación del DNI –requisito necesario para votar por primera vez bajo la nueva normativa-, volanteadas y pintadas en la calle, jornadas de discusión, plenarios, etc.

Vamos a detenernos en una de las actividades llevada a cabo en marzo de 2013: el “Primer Plenario Nacional del Frente de Estudiantes Secundarios de La Cámpora” al que, además de los militantes de CABA, asistieron representantes estudiantiles de provincias como Entre Ríos, Misiones, Mendoza, así como del conurbano y del interior de la Provincia de Buenos Aires⁴⁴. Realizado en el predio de la Ex-ESMA en vísperas de un nuevo aniversario del 24 de marzo, en aquella oportunidad se repart  un documento en el que se proponían como ejes de debate “el rol del estudiante secundario” y “la importancia del voto a los 16”. Como parte de los lineamientos oficiales, el texto hacía hincapié en “el deber de organizar a los pibes en sus escuelas” y “darles vida a los centros de estudiantes” en tanto “instrumentos para fomentar la participación política”.

A partir de los ejes señalados se les pidió a los jóvenes que debatieran sobre la experiencia llevada adelante en sus colegios. De este modo, reunidos en comisiones de entre doce y quince integrantes, ellos y ellas compartieron distintas miradas donde fueron surgiendo, por un lado, reflexiones sobre cuáles eran las tareas que un militante secundario debía llevar adelante en la escuela, así como sobre las posibilidades o dificultades que abrían estos espacios para la organización política. También se suscitaron intercambios sobre las

⁴³En estos operativos de empadronamiento se relevaba tanto en las escuelas como en los barrios a aquellos jóvenes que aún no habían renovado el DNI.

⁴⁴ Entre militantes del *Frente de Secundarios*, dirigentes y responsables de la *Mesa de Conducción*, aquel plenario contó con la participación de cuatrocientas personas aproximadamente.

estrategias implementadas para generar mayor interés por la política de parte del resto de sus compañeros y compañeras; los obstáculos o resoluciones encontradas de cara al armado del *centro*, así como las iniciativas desplegadas para hacer crecer al *frente* y a la *organización*. Asimismo, fueron surgiendo anécdotas sobre la realización de *jornadas solidarias* en los barrios o para el mantenimiento de las condiciones edilicias de los colegios, la convocatoria a actividades recreativas como festivales o torneos de fútbol. Estos relatos se presentaban como parte de las experiencias ensayadas a fin de suscitar la participación de más estudiantes en las escuelas en un contexto en que, como parte del movimiento estudiantil y articulando con otras agrupaciones, se estaba dando forma al armado de la *FES*. En el marco de estos intercambios, una de las jóvenes hizo hincapié en el buen recibimiento que tuvo por parte de las autoridades directivas de su escuela al comenzar a organizar el *centro*, otra joven destacó la suerte de tener profesores *compañeros*. También fueron emergiendo testimonios sobre la propia incorporación al *frente* a partir de haber sido inspirado por otros y otras jóvenes, así como relatos que señalaban la apatía o desinterés con que se encontraban al intentar convencer a otros estudiantes de que participen políticamente. Las siguientes intervenciones iluminan sobre los términos con que se intercambiaban miradas respecto de la experiencia de organización en estos ámbitos:

Florencia: yo creo que a los pibes no les interesa cambiar su colegio o su barrio. Les interesa que vos hables con el director, si la escuela tiene algún problema, que lo informes, que lo ayudes, si tiene algún problema, si alguna profesora lo trata mal, por su posicionamiento político (...). No les interesa lo que es la política. Si vos no hacés nada por ellos, no les va a interesar en lo más mínimo, y no se van a meter en el centro de estudiantes.

Sebastián: (...) Si vos querés formar el centro de estudiantes, ponele, y vas y hablas con el directivo, somos democráticos y todo bien. Pero vos vas al salón y decís “¿quién quiere centro de estudiantes?”, y vos ves que cuatro levantan la mano y veinte levantan que no. Porque no saben lo que es en realidad el centro de estudiantes.

Ludmila: pero no sé si hay que preguntar quién quiere centro de estudiantes, sino que hay que hacerlo. Hay que hacerlo porque si ya hay un grupo de cinco chicos que tienen la netbook que les dio el gobierno, es como que ahí tenés un punto de partida para empezar a hablar de política y convencer...

Damián: yo creo que nosotros, antes de llegar a eso, lo que tenemos que hacer es, antes de formar el grupo de cinco, antes de pensar en si es democrático, tenemos que pensar un proyecto para los pibes, sea un torneo de fútbol, sea un festival, sea el centro de estudiantes que queremos formar y que va a mejorar la calidad del colegio. Nosotros lo que tenemos que hacer es llevar propuestas.

Juan: es lo que venimos hablando, basarnos en hechos concretos y cuando no podemos llegarles desde el discurso político partidario, llegaremos desde lo social, desde lo colectivo, lo recreativo, desde lo cultural. Hay muchos compañeros, hay muchos estudiantes, mejor dicho, que no son compañeros justamente, porque tienen una mala imagen de la política. Y nosotros, la mejor manera de hacerles ver que la política es una herramienta de cambio es desde otro lugar. No desde la discusión partidaria sino... con jornadas solidarias, llevándolos a los barrios, solucionando hechos concretos. Y eso lo vamos a poder llevar a cabo a través de la organización del centro.

Aunque en el relato muchos jóvenes aludían al momento de “repolitización juvenil” que estaban viviendo y se mostraban optimistas frente a este escenario, las distintas intervenciones nos indican que en la escuela era necesario neutralizar ciertos estigmas y descalificaciones que circulaban cotidianamente en torno a la política. El foco de los discursos en el desinterés, el desconocimiento e incluso la apatía percibidos en otros jóvenes, nos muestran que la militancia en estos ámbitos debía sortear algunas dificultades, sin embargo, también iluminan sobre los sentidos que fueron marcando los modos de “hacer” y “entender” la política. Las diversas propuestas parecían despegarse de “lo político” en función de su carácter confrontativo –“la discusión partidaria”- y encontraban en “lo social” una vía para “empezar a hablar de política y convencer”. En la perspectiva de estos jóvenes, “lo social” podía presentarse como inscripto en propuestas y acciones concretas que apelaran a “lo colectivo”, “lo recreativo” y “lo cultural”, neutralizando la dimensión conflictiva de la política asociada a prácticas e identificaciones partidarias. Por contraste, arreglar una plaza, mejorar las condiciones del colegio, o realizar un festival, fueron vías que –ya sea en la instancia de la propuesta o en la de la acción- permitieron instituir los modos posibles para “hacer política” en la escuela. Por otra parte –y a pesar de la resonancia de las tradiciones del movimiento estudiantil-, en ocasiones la escuela era vista como un espacio de difícil abordaje

y poco movilizante, esto último, considerando, entre otras cosas, las dificultades para sostener su armado en el tiempo. Así lo refería Santiago en situación de entrevista:

Lo que tiene secundarios es que vos no estas de por vida en el secundario. Son cinco años nomás. Y por lo general los cinco que arrancaron eran dos de quinto año y ya se iban al otro año... entonces mantener el número es muy difícil para el grupo. Tenés que hacer que entren más de los que salgan, y eso... (Entrevista, diciembre de 2012).

Más adelante el mismo joven afirmaba:

Un centro de estudiantes es para... se supone que si tenés el centro de estudiantes es porque comés. Tranquilo. Es como una especie de lujo. El centro de estudiantes, todo eso, es como no tengo que ir a laburar. Tengo tiempo al pedo. Voy al centro de estudiantes (...). ¿Aparte viste cómo es?, el centro de estudiantes es una cosa de clase media con sueño revolucionario, pero nada. Nada práctico, nada real, todo utópico. Que claro, estas en el momento y suena mejor lo utópico, pero después en lo real no significa absolutamente nada. Y ese también es un problema que tenemos. (Entrevista, diciembre de 2012).

Aunque desde este plano la escuela no era vista por los sujetos como un objetivo del todo movilizante, en la práctica cotidiana la militancia en estos espacios implicó asumir una serie de tareas que los llevaron a instituir compromisos en múltiples y simultaneas escalas: organizar el *frente*, informar sobre la ley del “voto joven” y la de “centros de estudiantes” y, por supuesto, lograr la adhesión de más estudiantes. Todas estas, eran acciones llevadas adelante como parte de la defensa del gobierno de Cristina y en ese sentido, reafirmaban su conexión con un proyecto político que los trascendía. De este modo, los aspectos relativos a las dificultades para militar en la escuela se fueron instituyendo como parte del “deber” y la “obligación” asociados al “rol del militante secundario”. El documento al que aludimos más arriba nos permite abordar estas cuestiones:

La ley de ampliación del voto a partir de los 16 años, sancionada en el Congreso de la Nación en el año 2012, pone de manifiesto de forma contundente la Nueva Argentina que venimos construyendo bajo el legado de Néstor y la conducción de Cristina, y nuestro rol fundamental como Generación del Bicentenario. Hoy, gracias a este Proyecto Nacional, Popular y Democrático, volvemos los jóvenes a ser convocados a participar y a ser los

protagonistas de la construcción de un país para todos. (...) No será tarea fácil terminar de contagiar a todos aquellos jóvenes que hasta el día de hoy siguen inmersos en la cultura del “no te metas” y el individualismo, pero la incansable militancia en todo el país con nuestra compañera presidenta al frente nos han demostrado que “cuando la juventud se pone en marcha el cambio es inevitable (...). Debemos convocar a todos los pibes del país a votar, a tomar la posta de un país que no quiere volver a retroceder nunca más. Los jóvenes de hoy somos el punto de inflexión y el motor de cambio de nuestra sociedad”.

El párrafo citado ilumina sobre una serie de posicionamientos. Algunos orientados a exaltar el papel de los jóvenes en el presente (“la Nueva Argentina que venimos construyendo”, “Volvemos a ser protagonistas de la historia”) y otros, desde los que se presenta como un “deber” la tarea de “contagiar a más jóvenes” para participar en política, así como también un llamado a “convocar a todos los pibes del país a votar” en las próximas elecciones. En el mismo documento encontramos pasajes que invitan a la reflexión sobre “la importancia del voto a los 16 en la batalla cultural”, junto con prescripciones de carácter operativo como el requerimiento de renovación del DNI o la invitación a realizar campañas de difusión dirigidas a informar sobre el “voto joven”. Si bien el texto destacaba el “rol fundamental” de los jóvenes enfatizando su centralidad de cara a las transformaciones sociales, políticas y culturales que se veían en curso, si repasamos el resto del documento los temas subrayados buscaron apuntalar la militancia en la escuela hacia la persuasión sobre la importancia de votar. Estos lineamientos se vieron reflejados en distintas intervenciones en aquel plenario:

Juan: Tampoco es eso de descuidar las escuelas, a pesar de estar laburando en el territorio, lo digo porque este año que viene están las elecciones, los pibes votamos, de 16 años votamos ahora, y nosotros tenemos que hacer la campaña en las escuelas, tratando de que si el pibe viene y te dice “No. No me interesa la política”, y vos ahí tenés que tratar de justamente estar ahí, dando la discusión política. Entonces, no descuidemos las escuelas, pongámonos las pilas en ese sentido, porque hay que demostrar que el tres por ciento o el ocho, como dijo el compañero, así que pongámonos las pilas en ese sentido porque nosotros tenemos que ir a buscar esos votos.

Pedro: Claro, y como vos también decías, que este año es el primer año que van a votar los chicos de 16 y realmente es importante hacerles saber el derecho que realmente tienen. Por

qué realmente se sancionó esta ley y bancar esto en las escuelas (...). Ellos tienen que saber que este derecho lo tienen porque hubo un gobierno que les dio lugar realmente a los jóvenes, para que participen en política,

Si bien el documento cumplía con la función de tornar visible, público y oficial el lugar atribuido a los jóvenes, las actividades programadas alrededor de estas leyes fueron definiendo cómo “hacer política” y creando un conjunto de disposiciones para la militancia, al ir orientando la realización de esas tareas como parte del “rol del militante secundario” prescripto en función de las expectativas generacionales construidas alrededor de “los jóvenes”. En este marco “bajar la política a las escuelas” fue la expresión que mejor sintetizó la meta a la que se consagró el *frente*, pero también fue la consigna en torno a la cual se fueron instituyendo los compromisos de los sujetos como *militantes*, que creaban las motivaciones y adhesión a las tareas articuladas en torno al “deber” y la “obligación” atribuidos a un “rol” tal como se advierte en este intercambio:

Tobías: Hay una parte del rol de militante, como secundario, que... que tiene que ver con bajar la política a las escuelas, que el que nunca militó y cree que la política es una mala palabra, que entienda que con la política se puede desde hacer cosas para mejorar tu escuela hasta transformar el país.

Juan: Yo creo que lo que tenemos que tener en claro, para seguir avanzando, es que nosotros somos los que tenemos que terminar de politizar a la juventud. Que nosotros somos los que tenemos que terminar de hacer que la política le llegue a cada pibe que está en su escuela.

Gonzalo: pero tenes colegios que, no sé, trescientos alumnos. Los que no están a favor de Cristina no es que están con Macri. No sé... no les va la política.

Agustina: bueno, pero ahí es donde está el punto de inflexión que estuvimos debatiendo los secundarios, o sea, cómo transformar el apolítico a militante.

El carácter performativo y orientado a valores que confiere asumir la tarea como “obligación” - “tenemos que terminar de politizar a la juventud” - se imponía cotidianamente como “deber” frente a la actitud advertida en otros jóvenes que se mostraban apáticos o indiferentes respecto de la política. En el documento citado este lineamiento aparecía bajo la exhortación a “desterrar los viejos prejuicios contra la militancia y la organización política”, puesto que

“la militancia no es otra cosa que la solución en forma colectiva de cada uno de los problemas”. El mismo documento volvía a utilizar la retórica de la “obligación” cuando señalaba que “cada militante secundario debe estar sujeto a la solución de cada uno de los problemas y conflictos que atraviesan las escuelas o los compañeros de ellas”. Tal imperativo se vio reflejado en otras intervenciones nuevamente en términos del “rol” que “debían” cumplir como “militantes secundarios”:

Creo que es fundamental que el rol nuestro es que la política llegue a la juventud. Durante los noventa, muchos se encargaron de ensuciar la política, asociándola con la corrupción, con el clientelismo político. Creo que nuestro deber es limpiar la imagen de la política ¿cómo limpiamos la imagen de la política? Demostrándole a los pibes que discusión política es también arreglar las calles del barrio. Hacer política es preocuparse porque el legislador venga a ocupar la banca. Hacer política es preocuparse por querer mejorar las esquinas del barrio. (Juan, marzo de 2013).

Hasta aquí, las distintas propuestas para “escolarizar la política” (Larrondo, 2017) y hacer que ingrese a la escuela ponían en juego una serie de dicotomías - “limpio/sucio”, “bueno/malo”- que tendían a moralizarla. Desplegar acciones basadas en la “buena política” –es decir, la política como herramienta de transformación- implicaba operar un distanciamiento moral de la “mala política”: “la corrupción”, “el clientelismo” y, como aparecía en algunos relatos, la experiencia de “los noventa”. Siguiendo este esquema interpretativo, la oposición entre aquello que la “degradaba” y aquello que permitía “limpiar su imagen”, ampliaba los sentidos de la política, estableciendo en la práctica no sólo aquello que “podían”, sino también lo que “debían” hacer en la escuela: limpiar la imagen de la política y enfatizar su carácter de herramienta para transformar la realidad. Nuevamente asomaba la orientación en torno al “deber” como se advierte en la siguiente intervención de un joven, referente de secundarios, en reunión con sus compañeros:

Mirá, yo creo que la realidad es que la mayoría de los pibes no están participando porque siguen con ese viejo concepto de que la política es sucia. ¿Nosotros qué tenemos que hacer? limpiar la imagen de la política y demostrarles que la política es una herramienta de cambio para transformar la propia realidad de los pibes. Les puedo asegurar que cuando el pibe

vea que a través de la política se transformó su colegio y su barrio, vamos a poder sumar a muchísimos pibes más. (Tobías, marzo de 2013)

En otras intervenciones la propuesta de evidenciar que “a través de la política se puede transformar la propia realidad” aparecía bajo el término de “concientizar”:

Lo único que tenemos que lograr es concientizar ¿Concientizar que quiere decir? ¿Que todos militen por Cristina? No. No es eso. Es que cuando se ejerza el voto, cuando participen políticamente, cuando se organicen, cuando tomen conciencia de lo que están viviendo, que por lo menos entiendan que el proceso político lo empezó un gobierno, lo empezaron Néstor y Cristina. (...) Entonces, quizás nosotros no necesitamos que todos los jóvenes de la Argentina sean compañeros nuestros y militen con nosotros por más de que estaría buenísimo. Sino que entiendan que la política es la herramienta de transformación de la realidad. Esas cosas son las que tenemos que llegar a lograr como secundarios. (Tobías, marzo de 2013)

Aunque Tobías aclara que “concientizar” no sería que “militen con nosotros”, los sentidos implicados se orientaron a subrayar que “tomar conciencia” sería comprender que las transformaciones desplegadas requieren de la toma de decisiones ideológicamente orientadas. Presentar los logros del gobierno como resultado del potencial transformador de la política permitía nuevamente operar un distanciamiento respecto de los sentidos más contenciosos de la dinámica electoral y partidaria, aunque también era necesario exhibirlos como acciones que llevaban a cabo sujetos concretos en virtud de la voluntad y decisión deliberadas, y así lo explicaba este joven:

¡Me parece que, obviamente, los argumentos los tenemos (las políticas del gobierno) pero a lo que quería llegar es que no se dan solos, que no le caen del cielo a los pibes, sino que va a necesitar del compromiso de la militancia de todos los días, de todos nosotros, durante todo el año, y en octubre mucho más, todo el tiempo, hinchándoles las pelotas a los pibes y contándoles lo que hizo este gobierno y lo que no hizo todos los otros gobiernos, y lo que fue la dictadura y el neoliberalismo, para que entiendan todo lo que está en juego en estas elecciones! ¡Con eso, yo creo que las elecciones nacionales, al menos en los secundarios, las tenemos ganadas! (Referente de secundarios, marzo de 2013)

Las últimas intervenciones nos muestran un aspecto de la militancia vinculado a una razón más “instrumental” como la de producir adhesión y membresía hacia un proyecto político, que se vuelve más nítido en escenarios de contienda electoral como el que estaban atravesando en aquel momento. Sin embargo, aún en estos contextos, con la mira puesta en “ganar las elecciones”, la arenga que busca incentivar “¡el compromiso de la militancia de todos los días! ¡De todos nosotros!” pone de relieve nuevamente la importancia de las emociones y sentimientos como la pasión para la acción política cotidiana, mostrándonos la centralidad del aspecto colectivo de la organización como fuerza vital para dar continuidad a la militancia.

A MODO DE CIERRE

En este capítulo hemos intentado mostrar cómo alrededor de una agenda que los excedía y al mismo tiempo los interpelaba –las leyes de “voto joven” y de “centros de estudiantes”- se fueron definiendo las tareas y objetivos a los que se consagró el *Frente de Secundarios*, sintetizados en la consigna de “bajar la política a las escuelas”. Para alcanzar este objetivo fue necesario operar una distinción entre “lo político” y “lo social” que nos reenvía al contraste entre “lo político” -como una dimensión de antagonismo constitutiva de las sociedades humanas- y “la política” -como el conjunto de prácticas e instituciones que crean un orden para organizar la coexistencia- (Mouffe, 1999). Hemos visto que la “despolitización” requerida para “bajar la política a las escuelas” procuraba, por un lado, la eliminación de posibles fuentes de antagonismo y, por otro, su reemplazo por proyectos participativos que apelaban a la función más tradicional de los centros de estudiantes (resolver problemas del ámbito escolar, realizar tareas solidarias, recreativas y culturales) como una vía legítima para habilitar su ingreso.

A pesar de las dificultades y lo poco movilizante que podía ser por momentos la escuela, en la práctica cotidiana la organización en estos ámbitos implicó asumir una serie de tareas que llevaron a los jóvenes a instituir compromisos en múltiples y simultáneas escalas: organizar el *frente*, militar el *voto joven* y dar vida a los centros de estudiantes, sumar adhesiones y por supuesto, defender el *proyecto* representado por Cristina. Además de lidiar con la apatía y desinterés en unos casos, el estigma y la descalificación en otros, embarcarse en múltiples

tareas para “limpiar la imagen de la política” y “transformar al apolítico en militante”, el inminente escenario electoral, así como la oportunidad de utilizar la herramienta del *voto joven*, los colocó en el lugar de ser quienes consigan la victoria del gobierno en las elecciones de “medio término”. Como puede apreciarse, los esfuerzos, energías y recursos empleados en la militancia cotidiana no pueden agotar la explicación de las motivaciones de la acción en el tipo de racionalidad “instrumental” o “interesada”. Y aquí el disfrute y el placer generados por la convicción de formar parte de algo mayor, de un proyecto transformador de las condiciones de vida de las mayorías, nos dan la clave para entender cómo se inicia el involucramiento y cómo, a pesar de los numerosos obstáculos y dificultades, se continúa militando. Esta pertenencia, para muchos y muchas, era algo que daba sentido a sus vidas y, por ende, constituía en gran medida la “razón de ser” de su militancia. Las distintas iniciativas, proyectos y tareas en las que se involucraban se hacían por la certeza y satisfacción de ser parte de algo que los trascendía, y esto era así incluso en un ámbito no del todo movilizador como la escuela. Este aspecto colectivo de la pertenencia queda resumido en el fragmento que transcribimos a continuación, dándonos una idea de la fuerte conexión establecida entre la militancia en la escuela articulada a partir del “deber” y la defensa del *proyecto* representado por el gobierno de Cristina:

Bueno, yo creo que, en todos los colegios, en la sala de profesores, la charla tiene que ser, “che, ¿te fijaste en el alumno de cuarto cómo le pone con lo del centro de estudiantes? ¡Cómo le mete para delante! ¡cómo lucha por los intereses de sus compañeros! ¡lucha por los objetivos de la escuela! Digo, participar de los problemas con los alumnos, desde... arreglar una ventana, desde arreglar un banco, y desde arreglar los problemas del barrio, tenemos que organizarnos mejor y mostrarles a los pibes de que la política es una herramienta de transformación y de cambio, eso tiene que ser nuestra meta (...). ¡Hoy la política es una buena palabra y hoy en día compañeros tenemos un Estado que te respalda, que te banca y tenemos una presidenta que va a llevar adelante el modelo y nosotros tenemos que garantizar la continuidad de ese modelo, y la organización en las escuelas va a hacer que más compañeros se sumen a la defensa del proyecto! (Micaela, militante del frente, discurso de bienvenida al Plenario Nacional de Secundarios, marzo de 2013).

La coherencia con que la joven ordena los motivos que orientarían la militancia en la escuela, proponiendo una secuencia discursiva donde cada premisa es contenida por la siguiente, nos permite vislumbrar en conjunto los elementos que fuimos analizando. Por un lado, el modo -la vía legítima- cómo la política podía ingresar a estos ámbitos operando un pasaje entre “lo político” y “lo social” (arreglar una ventana, arreglar un banco); continúa resaltando la “obligación” en términos de “tenemos que (...) mostrarles a los pibes que la política es una herramienta de transformación” para “lavar la imagen de la política” y convertir al “apolítico en militante”. Y ya sobre el final, aquello que postulamos como una fuerte conexión entre la militancia en la escuela y la defensa de un proyecto transformador: “¡la organización en las escuelas va a hacer que más compañeros se sumen a la defensa del proyecto!”. Todo lo dicho hasta aquí nos permite postular que, en el marco de la experiencia organizativa de estos jóvenes, se fue articulando una “ética política de la organicidad”. La misma implicó formas de subjetivación que fueron modelando los modos de “ser” y de “convertirse” en militante y que, sintetizados en la consigna de “bajar la política a las escuelas”, además de crear sujetos políticos particulares, fueron instituyendo los compromisos para la acción colectiva orientados a la defensa de un proyecto del que ellos y ellas formaban parte.

Como respuesta a otra de las líneas *bajadas* por la *conducción*, a principios de 2013 el *Frente de Secundarios* comenzó a militar en distintas villas porteñas. Esta iniciativa constituye la otra cara del proceso de organización del *frente* en CABA, de modo que, en continuidad con estas reflexiones, en el siguiente capítulo nos proponemos recuperar las “tecnologías del yo” (Foucault, 1990) implicadas en otro de los espacios donde se fue constituyendo la militancia de estos jóvenes –el barrio- donde se reforzaron los sentidos de esta “ética política de la organicidad” que instituyó los compromisos para la militancia.

CAPÍTULO IV. EL BARRIO COMO ÁMBITO DE SOCIALIZACIÓN MILITANTE

Yo quiero que ustedes, jóvenes universitarios y secundarios también, como lo hacíamos nosotros, vayan a los barrios junto a los más humildes, porque allí se aprende lo que sufre el pueblo, las cosas que necesitan, ahí uno adquiere la sensibilidad que nunca más pierde. Porque es en la juventud, porque es en la edad en que aprendés a incorporarte a la vida, donde se te quedan fijados los conceptos y las ideas.

Cristina Fernández de Kirchner, 9 de julio de 2012

Aniversario de la Declaración de la Independencia,

Ciudad de San Miguel de Tucumán

Las palabras que citamos nos permiten poner el foco en las vinculaciones entre las narrativas del gobierno kirchnerista y los sentidos que orientaron la experiencia organizativa de los militantes de *secundarios* en los barrios. Por aquellos años, era frecuente que dirigentes del partido de gobierno -incluso la presidenta- exhortaran a las “nuevas generaciones” a que se “involucren en política” y para los jóvenes del *frente* “ir al barrio” se convirtió en un lineamiento que modeló su experiencia militante en determinadas direcciones. En el marco de estas consideraciones, el presente capítulo recupera las prácticas, iniciativas y los términos que orientaron la militancia territorial de este grupo de jóvenes en una villa⁴⁵ porteña. Ubicada en el sur de la ciudad, se trata del asentamiento más grande de CABA, y cuenta con alrededor de cincuenta mil habitantes de origen argentino, paraguayo y peruano.

⁴⁵ Tradicionalmente denominadas “villas miseria” o “villas de emergencia”, las villas son sitios de residencia que nuclean a la población más empobrecida de las ciudades argentinas. Aun cuando existen algunas características específicas que las diferencian de los barrios pobres, o los llamados “barrios obreros”, como el hecho de asentarse sobre tierras usurpadas y conformar una traza urbana irregular; sus precarias viviendas construidas de chapa, madera, materiales de desecho, o incluso de ladrillo, pero inconclusa; con conexiones clandestinas de electricidad y agua, la ausencia de pavimento y veredas. Con frecuencia, la categoría villa es usada para designar los espacios de residencia más desplazados de la ciudad, las fuentes de la inseguridad, la venta de drogas, la prostitución y otras prácticas entendidas como “desviadas”.

LA INSERCIÓN DE *LOS SECUN* EN TRES VILLAS PORTEÑAS. VIDA COTIDIANA, TRADICIÓN Y AFECTIVIDAD

En nuestro país la militancia en barrios populares o villas, se vincula con las transformaciones operadas en la Iglesia Católica a partir del Segundo Concilio Vaticano (1962-1965) y la Conferencia Episcopal de Obispos en Latinoamérica (1968) que dieron lugar a una amplia corriente social integrada por distintos sectores los cuales a partir de una “concepción humanista del hombre” buscaron incentivar la participación de personas laicas y promover la justicia social. La interpretación de estas orientaciones generó la identificación de algunos sectores religiosos con “lo popular” y en el marco de tales reorientaciones se empezaron a desarrollar prácticas de inserción en barrios obreros, villas miseria o comunidades rurales bajo el lema de “opción por los pobres”. Teniendo en cuenta estos antecedentes, dos son las tradiciones asociativas que articularon la idea de “ir a los barrios” y el trabajo comunitario centrado en la “ayuda” frente a la “necesidad” como una forma de militancia: las Comunidades Eclesiales de Base (CEB) y la Juventud de Estudiantes Católicos (JEC). En el caso de la JEC, a medida que la renovación conciliar avanzaba, se empezaron a organizar campamentos en zonas desfavorecidas y empobrecidas de nuestro país. Estos eran viajes de iniciación y de cierre y en términos generales marcaban el avance hacia un mayor compromiso y el fin de la etapa como estudiante secundario (Donatello, 2010). Por su parte, las CEB, aunque no tenían una relación orgánica con la iglesia se instalaron en los barrios y buscaron una evangelización más eficaz entre las clases populares (Manzano, 2004).

Aunque el discurso que citamos no posee la marca conciliar, en él es posible hallar rastros del humanismo de aquellas organizaciones: “es en la juventud que aprendes a incorporarte a la vida, donde se te quedan fijados los conceptos y las ideas” afirmaba Cristina, inaugurando toda una pedagogía de la iniciación con resonancias históricas para los y las jóvenes que comenzaron a militar en estos lugares con características particulares, como son las villas o barrios populares. En este marco de definiciones, los barrios seleccionados para la militancia territorial fueron tres: la Villa 21-24 de Barracas; la Villa 15 -conocida como Ciudad Oculta-de Lugano, y la Villa 31 de Retiro. La elección obedeció, por un lado, al hecho de que La Cándora ya tenía una organización previa en estos barrios y, por otro, a la situación particular de los mismos donde se estaban dando procesos organizativos entre sus habitantes. Otra

razón, que pone de relieve la dinámica organizativa y de crecimiento de La Cámpora, obedecía al hecho de que por aquel entonces se estaba conformando el *Frente de Villas* de La C mpora⁴⁶, y la inserción de la rama juvenil de la organización podría contribuir a dinamizar estos procesos. De modo que entre fines del 2012 y principios de 2013, paralelamente al proceso de organización en las escuelas, los *secundarios* comenzaron a militar en *territorio*. La diferencia entre este proceso y el que se estaba dando en las escuelas, es que éste último era un ámbito cotidiano para los jóvenes, por contraste “ir al barrio” implicó comenzar a habitar un espacio que no era el habitual para ellos y ellas.

La villa en la que se insert  el grupo con el que nos vinculamos tiene una larga tradición de presencia religiosa a través de la parroquia católica –centro gravitacional de numerosas actividades⁴⁷–, sus capillas y varias iglesias evangélicas. En ese sentido, vale decir que la *referente* de los jóvenes en el barrio, a quien en adelante llamaremos Susi, contaba con una historia personal de formación religiosa que ella misma solía evocar como parte de los intereses que motivaron su incorporación a la militancia. A mediados de 2012 el barrio atravesó un proceso de elección de autoridades vecinales y Susi fue elegida presidenta de la Junta Vecinal. Hurtado de Mendoza (2014) ha dado cuenta de este proceso en un trabajo que documenta el marco de discusiones y tensiones generadas en el barrio a partir de las elecciones llevadas a cabo en “comicios regulares” de acuerdo con la Ley N 148⁴⁸, sancionada por la Legislatura de la CABA en 1998.

En el marco del trabajo de campo realizado a lo largo de 2013, hemos seguido de cerca las distintas actividades e iniciativas desplegadas por este grupo de jóvenes en el barrio, a partir de su vinculación con Susi, militante de la *organización* y responsable política en la villa. De treinta y siete años en aquel momento, Susi se constituyó en la interlocutora más cercana para

⁴⁶ Para dimensionar datos del contexto, es necesario decir que en octubre de 2012 el kirchnerismo ganó la elección de la Comisión Coordinadora Participativa de la Villa 21-24, siendo electa como presidenta, la referente villera de La Cámpora, con quien los jóvenes del frente mantenían un contacto cotidiano y fluido, del que tomamos registro y transcribimos algunos de sus diálogos en este trabajo.

⁴⁷ Como dato significativo, podemos recordar que en los años en que llevamos adelante esta investigación, el barrio fue sede de una misa realizada el 5 de mayo de 2014 en honor al ex presidente de Venezuela, Hugo Chávez, al cumplirse un año de su fallecimiento, a la que acudió Cristina Fernández de Kirchner.

⁴⁸ Dicha ley fue sancionada con el objeto de dar atención prioritaria a la problemática social y habitacional en las villas y núcleos habitacionales transitorios. Para ello regula la creación de una Comisión Participativa encargada del proceso de urbanización integrada por miembros del ejecutivo porteño, la legislatura y un representante del barrio elegido por los vecinos.

el grupo y fue quién orientó su entrada y permanencia en el barrio, coordinando las tareas que se desarrollaban localmente en tanto *referente* de los jóvenes, inscriptas como parte de su militancia en *territorio*.

La sede de las reuniones en el barrio era una *unidad básica* que funcionaba en el mismo terreno donde se encontraba emplazada la vivienda familiar de Susi. Allí se planificaban y realizaban las actividades que codificaban el mundo de la militancia territorial para estos jóvenes. En primer lugar, en la *básica* el grupo se dedicaba a dar clases de *apoyo escolar* a niños y niñas del barrio. También allí se realizaban actividades orientadas al esparcimiento y recreación, como ser, el festejo del día del niño, el de reyes, la organización de un campeonato de fútbol, etc. Por otra parte, la *UB* era la sede de reuniones para la planificación de eventos como las *jornadas solidarias* en las que los militantes se dedicaban a pintar los frentes de las casas del barrio, reparar el piso de una cancha de fútbol o acondicionar un espacio público de gran circulación; también era el punto de encuentro para la organización de *operativos*, a través de los cuales se acercaban programas y beneficios estatales a la comunidad (éstos podían ser de vacunación, de inscripción en algún plan social, para tramitación o renovación del documento de identidad, atención en puestos de salud ambulatorios, etc.).

Como parte de la vida cotidiana en este espacio, las conversaciones registradas podían incluir la apelación a “hablar con Desarrollo⁴⁹”, “traer al RENAPER⁵⁰”, “trabajar con el padrón de ANSES⁵¹”, o pedir que “Planificación⁵²” *baje* determinado recurso para llevar adelante un *operativo*. Estas referencias hacían alusión a alguna repartición del Estado y, en ese sentido, el despliegue de las distintas iniciativas era concebido como una forma a través de la cual se debía “hacer llegar” al Estado a la comunidad. Como puede apreciarse, la concreción de estas tareas requería disponer de aceitados mecanismos con la estructura de gestión del gobierno que se daban a partir de la existencia de redes de vínculos con otros militantes que ocupaban cargos en distintos niveles de la gestión pública.

⁴⁹ Ministerio de Desarrollo Social de la Nación.

⁵⁰ Registro Nacional de las Personas.

⁵¹ Administración Nacional de la Seguridad Social.

⁵² Ministerio de Planificación Federal, Inversión Pública y Servicios de la Nación.

En este punto conviene aclarar que del conjunto de actividades que el grupo de jóvenes realizaba en el barrio, el *apoyo escolar* fue la principal, quedando el resto de las iniciativas supeditadas a la realización de éste. En nuestras visitas pudimos observar que el *apoyo* nunca se suspendía y toda vez que una actividad se le superponía, el grupo contemplaba reforzar las convocatorias para garantizar la suficiente cantidad de militantes y repartir las tareas entre distintos grupos. Por otro lado, alrededor del *apoyo* se fue planificando la incorporación de nuevos militantes a la organización. En ese contexto, la estrategia delineada consistía en convocar a los jóvenes en las escuelas e incorporarlos a esta actividad como un primer acercamiento a “la realidad del barrio”. Hubo un momento, a mediados de 2013, que el grupo consideró la posibilidad de desdoblarlo en dos turnos, uno a la mañana y otro a la tarde, dada la cantidad de jóvenes que se iban sumando. En relación a sus funciones, vale decir que el *apoyo* era concebido como un acompañamiento a la escolarización de los niños y niñas del barrio, quienes eran recibidos todos los sábados en el espacio de la *UB*. Allí se sentaban alrededor de dos mesas de plástico, otros en el piso y había algunos que no llegaban a entrar al lugar y se quedaban jugando en la vereda. Esta situación hacía que cada tanto la *referente* indicara a los jóvenes que se ocupen de hacer entrar a los que eran más inquietos y no obedecían las órdenes que implicaban una rutina y concentración. Las veces que presencié esta tarea me fue posible observar que eran dos las jóvenes que ordenaban, contenían y supervisaban al grupo de niños. Sin embargo, el entrar y salir constante de personas, así como la familiaridad que tenían niños y niñas tanto con los jóvenes como con Susi, hacía que en muchas ocasiones la actividad se detenga o se requiera colaboración de otra persona para avanzar en la consigna pautada (dibujar, hacer operaciones matemáticas, copiar un texto, etc.).

Los sábados era el día fijo de militancia en el barrio e iniciaba con el encuentro del grupo en una plaza cercana alrededor de las 9 horas de la mañana, para luego dirigirse todos juntos a la *básica*. Algunos jóvenes llegaban solos, otros y otras en grupos de a dos o tres, pero la espera podía prolongarse más de lo previsto, dado que había quienes solían retrasarse, alegando no haber dormido o no haber podido despertarse a horario. Cuando llegaban a la *básica*, mantenían una reunión con su *referente* y antes de que concluya, empezaban a llegar los niños y niñas del barrio para participar de la actividad pautada. En el marco de las reuniones, los jóvenes discutían y decidían junto a Susi cuestiones atinentes a la resolución

de distintos temas que iban desde definir cuáles serían las actividades a realizar, en qué zonas del barrio se llevarían a cabo, el número de militantes que se destinaría para las mismas, a quién se solicitarían los recursos para su ejecución, de qué modos se convocaría, qué días se desarrollarían, etc. Paralelamente a las definiciones más operativas sobre la planificación de las actividades, en estas reuniones también se ponían en común reflexiones en torno a la propia experiencia militante, lo que se estaba haciendo “bien” y aquello que no, lo que había que mejorar, reforzar o modificar, siendo Susi la que promovía entre ellos y ellas un ejercicio de evaluación común en torno al funcionamiento del *frente* o al proceso de inserción de *secundarios en territorio*.

La coordinación que llevaba adelante se distinguía por ordenar, aconsejar y conducir las expectativas del grupo en torno a cada tarea. En general, los jóvenes la consultaban por cada cuestión a resolver y en las interacciones que mantenían era posible advertir que moderaba los desacuerdos orientando la búsqueda de puntos en común para arribar a consensos sobre distintos temas. El tono que utilizaba generalmente era imperativo y ante la incorporación de nuevos jóvenes tomaba distancia aparentando endurecer sus formas y estilo. Cuando se trataba de niños y niñas o de jóvenes residentes del barrio, se mostraba más contemplativa y los trataba utilizando su nombre de pila en diminutivo. A pesar de que a veces parecía que los retaba o los trataba con dureza, en momentos de distensión, se daban expresiones cariñosas y de confianza entre Susi y los jóvenes, y muchos de ellos y ellas entablaron o fortalecieron lazos de amistad, noviazgo y “familiaridad” que nos muestran que el mundo de la militancia era animado en gran medida por vínculos que excedían la meta estrictamente organizativa. Y aquí creemos necesario volver a enfatizar la relevancia de los afectos y las emociones que circulan en estos ámbitos a la hora de comprender cómo se van tramando los vínculos y relaciones que dan vida a la militancia, puesto que estos aspectos muchas veces son el fundamento vital que sostiene la actividad política cotidiana.

LA FORMACIÓN POLÍTICA. ARTICULACIÓN DE COMPROMISOS PARA HACERSE MILITANTE

Dentro de los conceptos que fueron dando especificidad a la militancia de estos jóvenes, el de *formación* ha codificado su experiencia en varios sentidos. Por un lado, la *formación* suele hacer referencia a la apropiación de categorías sociales y descripciones totalizadoras -algunas

con cierto grado de abstracción o teoricidad- orientadas a interpretar, analizar y comprender *la realidad* o algún dato de la coyuntura política. En ese sentido, al momento de realizarse esta investigación, La Cámpora contaba con una *Secretaría de Formación* que organizaba instancias para la instrucción de los militantes. Si bien cada *UB* podía planificar actividades de formación o discusión política de acuerdo a los intereses de sus miembros o siguiendo temas de la agenda coyuntural, también existían iniciativas que eran diseñadas desde la *Mesa de Conducción* destinadas a cubrir la formación de la mayor cantidad de militantes. Un ejemplo de ello fue la experiencia del “Ciclo Nacional de Formación” llevado a cabo a mediados de 2012 en el que una vez por semana, a lo largo de tres meses, se dictaron capacitaciones en distintas temáticas⁵³ (Economía, Comunicación, Política Internacional, Historia del Peronismo, etc.), que luego debían ser replicadas en las *Unidades Básicas*. Las jornadas se desarrollaron en el Hotel Bauen que queda a pocas cuadras del Congreso Nacional y para esa oportunidad se elaboraron e imprimieron cuadernillos con los contenidos a abordar que se repartieron entre los y las asistentes. Este tipo de iniciativas constituían instancias donde se podía unificar no sólo una mirada sobre la realidad nacional sino las categorías para describirla e interpretarla. Así, términos tales como *grupos económicos, monopolio, batalla cultural, modelo económico, corporaciones, hegemonía, proyecto político*, eran transmitidos y apropiados para describir la coyuntura política de aquel momento y promover en los militantes la defensa del gobierno nacional. Por aquel entonces, una de las argumentaciones escuchadas muy frecuentemente y que ilustra los sentidos de la formación era “tenemos que formarnos para dar la discusión política y defender el modelo”.

Aunque los jóvenes de *secundarios* participaban de distintas iniciativas de *formación* en el sentido aludido, en el marco de los procesos analizados, uno de los lineamientos que cobró centralidad y animó su inserción en *territorio* fue la noción de que en estos lugares iban a adquirir la *formación* necesaria para transformarse en “militantes integrales”, como les señaló en una oportunidad un *referente* de la *conducción*. En ese sentido, los argumentos de los jóvenes no diferían del discurso público de la presidenta y en ocasiones haciendo una

⁵³En estos encuentros participaron como expositores dirigentes y funcionarios, así como figuras del ámbito intelectual reconocidas como “oficialistas”.

referencia explícita a sus palabras aludían al “pedido de la jefa⁵⁴ que nos dijo que teníamos que ir a militar y formarnos en los lugares más sensibles de la sociedad”. Así lo relata una joven militante a la hora de explicar las razones que los y las llevaron a empezar a militar en *territorio*:

Fue cuando Cristina, en cadena nacional, que salió a decir que tenemos que ir a los barrios, que teníamos que ir al barrio, a ver a los más humildes, ver dónde está el pueblo realmente, a conocer y ver la realidad de la gente. Y es ahí donde está la gente que más sufrió las políticas de los noventa, es la gente que realmente dejó de creer en la política (...) porque uno cuando va, realmente ve a toda la gente que ya no cree. Uno va ahí porque realmente lo siente por parte de su ideología, que siente... yo realmente siento cuando voy ahí, siento qué es el pueblo, porque es donde están las necesidades. (Florencia, entrevista, abril de 2013).

La cita nos permite introducir la idea de que la *formación* podía darse a partir de los conocimientos adquiridos por la estadía en *territorio*, derivados de la experiencia de sensibilización frente a una *realidad* determinada. En ese sentido, “ir al barrio” y conocer “las necesidades de los más humildes”, se plantearon como la forma para “sentir” –en el sentido de “vivenciar”, “experimentar”- “qué es el pueblo”. Estas nociones eran promovidas desde la *conducción* de la organización en estos términos:

Tenemos que estar más unidos que nunca, militando en nuestros colegios, conociendo las necesidades de nuestros compañeros y sin perder la humildad. Pero si ustedes quieren formarse vayan a un barrio, y ahí es donde realmente van a aprender lo que es la vida. Es ahí donde nos formamos nosotros (...) tenemos que hacer una reflexión, ¿qué es la política para este proyecto?, ¿qué es la política para el peronismo?, ¿qué es la política para Néstor, para Cristina? Política es territorio. Política es caminar los barrios. (Andrés “Cuervo” Larroque Secretario General de La Cámpora, Plenario de Secundarios, 23 de marzo de 2013).

Como puede apreciarse, el alcance dado a la noción de *formación* señala uno los caminos en la subjetivación política de estos jóvenes: para convertirse en un *militante* “auténtico”,

⁵⁴ El apelativo “la jefa” era utilizado comúnmente por los jóvenes para referirse a Cristina Fernández de Kirchner, exhibiendo una suerte de actitud de disciplina ante la figura de la exmandataria, pero también cierto orgullo por participar de un tipo particular de “sujeción” hacia el proyecto que ella representaba, que no experimentaban militantes de otros espacios. Aunque hoy en día su uso se ha extendido a otras organizaciones kirchneristas, en aquel entonces describía más un tipo de relación sin mediaciones entre La Cámpora y Cristina.

“integral”, “verdadero”, se instaba a los sujetos a tener una experiencia directa en *territorio*, lugar donde era posible generar los conocimientos necesarios para transformar *la realidad*. Sin embargo, la relevancia de la *formación* en el barrio estaba dada, sobre todo, porque a través de ella se fue estableciendo un tipo de orientación particular que, apoyada en determinados valores, promovía la institución de una ética política para la acción. Como podemos advertir, este tipo de orientación era inducido tanto “desde arriba” a partir de discursos más o menos oficiales que apelaban a una reserva de prácticas y valores inscriptos en una tradición específica, aunque también se iba forjando “desde abajo” a través de las tareas, actividades e iniciativas que los sujetos realizaban en el barrio. Así, en conversación con sus compañeros y compañeras, un joven aludía a esa *bajada* de la *conducción*:

Lo que está bueno es que los compañeros que se estén sumando, que vayan comprendiendo también la realidad del territorio donde militamos, pero en todos sus aspectos. (...) Y lo digo no solamente porque lo haya dicho el Cuervo, lo digo porque se imagina que en las villas desfila gente... a lo pavote.... Todo el tiempo, de todos los colores. Y uno todo el tiempo se cruza con pibes y con no tan pibes que se asombran por el estado de una cloaca, se asombran por una vivienda, se asombran por cómo están acá. Entonces también que los pibes comprendan ese tipo de situaciones, esto es lo que los va a formar políticamente. (Tobías, en reunión grupal con Susi, abril, 2013).

Hasta aquí podemos decir que la estadía en *territorio* era concebida como una vía para llevar adelante la *formación*, sin embargo, en tanto experiencia iniciática con resonancias históricas específicas entrañaba sentidos asociados a la “entrega” y el “compromiso” con el otro. Estas nociones aparecían en la planificación cotidiana respaldando una multiplicidad de cursos de acción: desde el *apoyo*, un *operativo* o “lo que se necesite”, como se aprecia en el comentario que transcribimos:

Yo creo que desde el principio la idea fue, bueno, estar. Estar acá para todo lo que se necesite. Nosotros, nada, ir todos los días mejorando el apoyo escolar (...) Que los pibes que venimos trayendo también se sumen a algo ordenado, y después, nada, estar a la absoluta disposición de lo que se necesite acá. Y hacerlo con la militancia que está más cerca de las necesidades de nuestro pueblo, como dijo Cristina. Tener militancia para una idea, otra idea. Y en eso, estamos a disposición. (Tobías, en reunión grupal con Susi, abril, 2013).

Como puerta de entrada a la militancia, la experiencia en el barrio promovía un tipo particular de acercamiento a “las necesidades de nuestro pueblo” a través de la realización de tareas concretas: el *apoyo escolar*, pero también pintar los frentes de las casas, colocar redes a los arcos de una cancha o participar de un *operativo* para la renovación del documento de identidad. Y si bien la *formación* involucraba la incorporación de aspectos teóricos o con cierto grado de abstracción, centralmente era concebida a partir del tipo de experiencias promovidas por la estadía en *territorio*, que era inscripta sobre todo como prácticas y acciones a partir de las cuales los sujetos se “volvían” *militantes*. A la par de las expresiones vertidas en los diálogos y discursos citados, hemos tenido acceso a un documento con una serie de formulaciones que prescribían “cómo” debía formarse este tipo particular de sujeto político:

Como militantes secundarios debemos formaros bajo una conciencia social basada en la solidaridad, yendo a los barrios más humildes para llevar a cabo distintas actividades tendientes a regenerar esos lazos de integración y compromiso, entendiendo que sólo la organización popular nos hará definitivamente libres. (Documento circulado en el Plenario de Secundarios, marzo de 2013).

Estas formulaciones oficializaban un “deber ser” que, anclándose en determinados valores e ideas, apuntaron a modelar posiciones éticas en cada sujeto, que nos confirman un aspecto central derivado de esta experiencia en el plano de la subjetivación. Como nos recordara Sian Lazar en un escrito de 2013, para Aristóteles los sujetos políticos –los ciudadanos- eran eminentemente morales, estaban constituidos de acuerdo a preocupaciones éticas y virtudes particulares. Partiendo de estas nociones, Lazar ha sostenido que la “subjetividad política” no debería asumirse como “algo dado”, sino que debe ser entendida como una disposición a ser “creada”, estando íntimamente ligada a aspectos morales. Desde esta perspectiva, los valores y sentidos asociados a la *formación* en el barrio, inscriptos como prácticas y acciones concretas, se nos revelan como formas a través de las cuales estos jóvenes se transformaron a sí mismos en sujetos políticos particulares, esto es, con una ética expresamente orientada hacia la transformación social. Así, en la intersección entre los mandatos oficiales y los sentidos que los jóvenes desplegaron en estos sitios se fueron estableciendo los compromisos

para la militancia que, bajo las nociones de “ayuda” y “solidaridad”, fueron construyendo a estos sujetos como *militantes*.

El modo en que se exhortaba a los jóvenes a que vayan a formarse a los barrios porque “ahí es donde realmente van a aprender lo que es la vida”, ilumina sobre un aspecto del proceso de subjetivación en el que se combinaron el “ser hecho” con el “hacerse uno mismo”. Las palabras de Andrés Larroque, e incluso las de Cristina, trabajaron para “crear” a ese *militante* a partir de nociones y valores que fueron apropiados por los jóvenes en un proceso continuo -individual y colectivo- de cultivo de una ética particular: un sujeto con determinados posicionamientos, capaz de comprender una realidad diferente a la propia y de imaginar otros mundos posibles. Bajo la premisa de “estar en contacto directo con la realidad de los barrios” la *formación* fue concebida como la vía que terminaría de politizar a estos jóvenes a través de procesos de sujeción a determinados valores y presupuestos ético morales que fueron operados bajo una “pedagogía de la iniciación”: que vayan “comprendiendo” “conociendo” “aprendiendo” presupone un punto cero del que se parte para forjar estas experiencias como inaugurales. Sostenida sobre un conjunto de preceptos ético-morales (la ayuda, solidaridad, la experiencia de cercanía con “los más humildes”), esta pedagogía -en tanto orientaciones y propuestas generales- ha aspirado a regular el modo de “hacerse” *militante*, y pone en evidencia el trabajo hecho sobre “sí mismo” que puede ser entendido como una “tecnología del yo” inserta en modos particulares de sujeción (Manzano, 2007, 87). Estos modos de sujeción son las maneras como los sujetos fueron estableciendo la disposición a las tareas en el barrio en tanto “deberes” y “obligaciones” que hacen y definen a un *militante*.

MILITAR POR UN PROYECTO. SOBRE LA POLÍTICA “VIVIDA”

A la par de la *formación*, otro aspecto constitutivo de la militancia en el barrio y alrededor del cual se fue articulando el involucramiento de los y las jóvenes, se vincula con el funcionamiento de la vida política en sus esquemas más institucionales: la participación en la dinámica electoral, así como en la estructura del Estado –aspecto éste último que veremos en el capítulo siguiente-. Como podemos deducir, en períodos de contienda electoral –como el del año 2013- las acciones orientadas a sumar adherentes constituyen una meta en sí mismas, y en el caso de estos jóvenes han demandado un “saber hacer” específico, ampliando

el campo de los sentidos en torno a la política e instituyendo nuevos “modos de sujeción” para con el *proyecto*, tal como se advierte en el siguiente intercambio entre Ludmila y Susi:

Ludmila: Yo no sé cómo se lo pueden tomar, pero nosotros no venimos a conocer y ver qué onda y después cortar. Es tarea nuestra ver si esto lo tienen tan internalizado en hacerlo, porque si no, ni vengan. Y otra cosa, tratemos además nosotros de decirles a los pibes, para nosotros es una herramienta para sumar compañeros venir acá los sábados. Que se pongan las pilas, digo, porque si no, no podemos cumplir nuestro objetivo que es sumar compañeros para el 'proyecto' y para algo mucho más grande que...

Susi: claro, claro, si no los engancho en la actividad cotidiana de estar en el barrio, mucho menos en otras actividades, porque además no lo pueden capitalizar dentro de La Cámpora Secundarios. Y que es muy difícil porque los pibes no llegan a tener una comprensión y una conciencia de lo que es estar inmerso en una realidad. (abril de 2013, UB del barrio).

Si bien la interacción condensa aspectos de carácter moral -que los militantes “comprendan”, que “tengan conciencia”-, lo que se desprende de los dichos entre la joven y su *referente* es un aspecto concerniente a las “matemáticas”- expresado en el objetivo de “sumar compañeros para el proyecto y para algo mucho más grande”. Sin embargo, tal como podemos advertir, la preocupación por hacer crecer en números a la *organización* no estaba escindida del aspecto moral que instituía los compromisos de la militancia. Así, “capitalizar” la adhesión de nuevos jóvenes no se limitaba a sumar más *compañeros* a las actividades en el barrio, sino que su incorporación debía contemplar la internalización de aspectos de la *realidad* vinculados a la creación de un sujeto ético particular. En ese sentido, siguiendo con los intercambios suscitados en reunión con Susi, los jóvenes aclaraban:

Tobías: estamos a disposición de lo que se decida, de lo que haya que hacer. Nosotros porque creemos que hay pibes que pueden venir no sé... dos, tres veces en la semana y después nosotros los podemos convertir, y podemos dar un salto cualitativo, para que los pibes asuman un compromiso mayor.

Martín: sí. Igual para mí, lo vamos a aclarar para todos los compañeros, que venimos a hacer un laburo político, es un trabajo social, pero está enmarcado en un proyecto político...

Ludmila: no nos olvidemos del proyecto político con el que vamos. De que no vamos a hacer caridad, y que muchos grupos que es el día de hoy que van a hacer caridad, y que van pibes y que hacen su buena acción de la semana, por eso pueden ir a dormir tranquilos a su casa. Nosotros no somos eso. Nosotros vamos a conocer al pueblo porque somos un proyecto nacional y popular y me parece que por ahí tendría que ir más la discusión.

La idea de la “conversión” para dar el “salto cualitativo” confirma lo que venimos sosteniendo en el sentido de que expresa una preocupación por orientar la formación de los nuevos *militantes* en determinados sentidos. Aquí el contraste entre la cantidad - “sumar compañeros”- y la calidad - “que asuman un compromiso mayor”-, podría llevarnos a presuponer la muchas veces planteada oposición entre “la pragmática” y “la moral”, sin embargo, como se ha señalado en varios trabajos desde una teoría de la acción etnográficamente informada “intereses” y “valores” “tienden a superponerse y aun a confundirse porque los términos en que concebimos nuestros intereses son desde un primer momento, términos morales” (Balbi, 2007, 85).

Como parte de las valoraciones asociadas a las prácticas, aparece nuevamente la distinción entre “lo político” y “lo social”. No obstante, el alcance dado al contraste entre lo que es un “laburo político” y lo que es un “trabajo social” sugiere que, en el barrio, a diferencia de la escuela, para estos jóvenes fue legítimo y hasta necesario reivindicar la dimensión antagónica de “lo político”. No sólo porque realizar acciones “hacia/por/con” el otro podría contribuir en un sentido más “interesado” a “sumar votos” hacia una fuerza política determinada, sino por el carácter eminentemente colectivo de la organización política. El “somos un proyecto nacional y popular” de Ludmila, debe ser comprendido más allá de la membresía a la *organización*, se vincula con el modo en que la experiencia militante estaba atravesada por la construcción de un “nosotros” con una ética específica, una ética para la que el valor de la “organización” venía dado por el hecho de producir el aspecto colectivo de la militancia. Y aunque el involucramiento podía ser narrado como deseo o convicción personal, en la práctica era experimentado como el formar parte de un colectivo que trascendía al sujeto individual. Siguiendo a Lazar, podemos decir que gran parte del trabajo de la militancia ha consistido en construir ese aspecto colectivo de las subjetividades políticas, y en ese sentido, la voluntad de “hacer” y de “estar a disposición” que expresaban los jóvenes estaban ligadas

a la firme convicción de que “el impulso del cambio proviene de la organización colectiva” (Lazar, 2019, 84). Así lo expresaba un joven, *responsable* de secundarios:

Lo que se busca hacer con esta incorporación de secundarios en el territorio no es darle entidad al secundario en el territorio, sino de alguna manera fortalecer el laburo de la organización, que sirva también a lo del territorio, y de paso también, como corolario, que se cae de maduro, que les sume a ustedes, que lo puedan capitalizar en la campaña. (Tobías, abril de 2013, UB del barrio)

Con ese “ustedes” Tobías interpelaba a Susi y, por extensión, a la militancia *territorial* propiamente dicha, distinguiéndola de la de *secundarios*. El ejemplo nos permite detenernos en el carácter cognitivo de los valores que respaldan las prácticas: y aquí la incorporación de *secundarios* al *territorio* pensada y promovida a través de la *formación* de un sujeto ético particular, se daba paralelamente al objetivo de fortalecer a la *organización* en su conjunto (La Cámpora) y, por ende, a un *proyecto* que debía ser revalidado electoralmente. Este aspecto puede ser iluminado por la siguiente intervención de Susi en aquella reunión:

Hay cosas con las que estamos obligados como el apoyo escolar. Las jornadas las tienen en todos lados,  por qué? Por necesidad de visualizar el lugar. Nosotros no tenemos esa necesidad (...). No es nuestro caso. Acá en la villa, toda la villa conoce a La Cámpora. Para nosotros ese no es el problema. No necesitamos hacer actividades para que nos vean, porque ya venimos haciendo ese trabajo hace rato. S  necesitamos laburar el “puerta a puerta”. (...) Entonces cuanto más nos vean caminar el barrio, saben que estamos.

El repaso reflexivo que hace Susi sobre las tareas nos muestra la especificidad de la militancia en el barrio, donde la dinámica local y la disputa con otras fuerzas imprimían un sello particular a la propuesta de actividades. El llamado a “laburar el puerta a puerta” nos revela, por un lado, un “saber hacer” específico en un escenario donde “caminar el barrio” constituía parte de los repertorios de acción orientados a sumar adherentes al *proyecto*. Sin embargo, también nos ilumina sobre la importancia de los sentidos dados a la “proximidad”, al “estar cerca” del otro, que se vinculaban a la formación  tica buscada en los jóvenes. La siguiente interacción sintetiza algunos de los sentidos puestos en juego en los procesos descritos: la inserción en el barrio, la formación política de secundarios vía la experiencia directa, el

crecimiento numérico a través de la incorporación de nuevos jóvenes, y “ser la cara de Cristina” en esos territorios particulares.

Tobías: Yo lo que digo, lo que nosotros discutimos con los referentes es si cuando terminamos de organizar en todos lados, es como agarrar y bajar la bandera de Cristina ahí. Y con el mensaje de Cristina de que nosotros nos tenemos que formar y tenemos que ir a militar y formarnos en los lugares más sensibles de la sociedad, en los lugares donde están los sectores más vulnerables, digo, que los secundarios se formen ahí y que tengan esa conciencia social y esa sensibilidad, y que lo marque para toda la vida. Es como el mensaje que a nosotros nos bajaron. Y nos dijeron, bueno, 'hagan un aporte como secundarios que también les permita a ustedes después sumar más compañeros. Algo que lo puedan hacer así, de muchos, muchos pibes'.

Martín: lo esencial que viene con esto es que hay una formación que nosotros estamos buscando y estamos teniendo en los barrios.

En un escenario complejo para el oficialismo nacional luego de una década en el gobierno, conseguir los votos necesarios para garantizar la victoria electoral se transformó en una meta que fue marcando el pulso de las actividades desplegadas en el barrio. En ese sentido, la campaña para facilitar el trámite de renovación del documento de identidad a personas de dieciséis años fue otra de las tareas que asumió el *frente* en las tres villas de CABA en las que estaban militando los jóvenes. El motivo de esta iniciativa obedecía al requerimiento de estar empadronados para poder votar. En ese marco, Susi les asigna la siguiente tarea:

Nosotros vamos a jugar una elección y fuerte, es más fuerte que las que venimos jugando en todo este tiempo. Nosotros tenemos una responsabilidad, que es nuestro trabajo, hacerles el DNI a todos los secundarios⁵⁵ y empadronarlos. Esa es nuestra línea. Seguir trabajando para que todos puedan votar (...). Si vamos a lograr que tanta cantidad de pibes voten... creo que vamos a ganar nosotros la ciudad.

Más adelante continúa de este modo:

⁵⁵ Se refiere a “secundarios” porque se trataría de jóvenes que están en edad escolar, no porque sean militantes del Frente de Secundarios. La campaña apuntó concretamente a jóvenes de las escuelas donde militaba el frente, y a jóvenes de las villas.

Estamos apuntando a que los secundarios ganen la elección en ciudad. No sé cómo pero que la tenemos que ganar o ganar. Con el apoyo tienen una responsabilidad muy grande ustedes. No sé cómo la están tomando, pero tenemos un límite, que es hasta fin de mes (para empadronar jóvenes). Cuanto más secundarios voten vamos a cambiar la historia, que no sé si lo vamos a lograr, pero tenemos que ganar. No la pudimos ganar en novecientos años, la vamos a ganar ahora (risas). Y ustedes van a hacer que ganemos la ciudad, con el voto joven, con la militancia, tenemos que redoblar esfuerzos y ganar la ciudad.

En esta cita resulta interesante la *bajada* de las tareas, puesto que en las palabras de Susi es posible advertir el modo en que se fueron creando ese conjunto de expectativas y mandatos sobre los jóvenes destinados a forjar a ese sujeto ético particular en un contexto de contienda electoral. A partir de este ejemplo podemos decir que “ganar la ciudad” y “cambiar la historia” nos revelan el aspecto yuxtapuesto entre la pragmática y la moral (Balbi, 2007; Frederic, 2004). Aquí, la superposición entre estos dos aspectos nos remite nuevamente al carácter cognitivo de los valores que respaldan la acción política: “ganar la ciudad” –un meta que podría considerarse “con arreglo a fines” era presentada por Susi como la vía para “cambiar la historia” objetivo que podría pensarse “con arreglo a valores”, mostrándonos la complejidad de la política “vívida” y las distintas escalas que fueron articulando los compromisos militantes de estos jóvenes.

A MODO DE CIERRE

A lo largo del capítulo hemos recuperado distintas iniciativas, debates y formulaciones que orientaron la experiencia organizativa de un grupo de jóvenes del *Frente de Secundarios* de La Cámpora en una villa porteña. El análisis que presentamos nos permitió ir dimensionando cómo a partir de una “pedagogía de la iniciación” la estadi  en *territorio* instituyó los sentidos y valores requeridos por una  tica política particular para convertirse en *militante* poniendo en juego la *formación* como aspecto central para operar procesos de subjetivación inscriptos en prácticas y acciones concretas a partir de la identificación emocional con determinados sectores sociales. En aquel contexto, “ir al barrio” implicó llevar adelante un conjunto de tareas que fueron articulando el aspecto ético de la subjetivación y que, operados a través de “modos de sujeción”, fueron estableciendo las formas de adhesión con el “deber” y

orientando los caminos para la creación de un sujeto político particular. Ahora bien, paralelamente a la *formación* como *militantes*, se fue tramando el aspecto colectivo de la politización: la pertenencia. Y esto nos lleva a comprender la militancia como algo que supera la membresía a una *organización*. Para muchos y muchas, las tareas desplegadas por ser parte de un *proyecto* eran un “modo de vida” e incluso una “identidad” que trascendía la posición del sujeto. El “somos un proyecto nacional y popular” de Ludmila incitando a “dar la discusión política” a partir de esa reafirmación del “nosotros”, nos señala la importancia de la construcción de ese aspecto en la subjetivación política. Entonces la militancia es, ante todo, “una ética del activismo que trata de un vínculo afectivo ya sea con una orientación política particular o con una organización o grupo de personas” (Lazar, 2019: 114). En nuestro caso, el vínculo era tanto con esa orientación que, sustentada en toda una filosofía de la acción, orientaba las prácticas en *territorio*, pero también con la *organización* y el *proyecto* del que ellos y ellas formaban parte. En el siguiente capítulo abordaremos los sentidos producidos en torno a la noción de Estado a partir del análisis de tres situaciones que nos permitieron explorar las modalidades que asumió la relación de estos jóvenes con la “estatalidad” y que creemos también operaron una orientación específica en los procesos de subjetivación militante.

CAPÍTULO V. “SER EL ESTADO EN EL BARRIO” Y “SER MILITANTE EN EL ESTADO”.

Esto ya lo decía Fidel hace ya varias décadas, en algunos discursos en la ONU, el flaco decía muy claramente que la única posibilidad de cambio, estructural, concreto, de fondo, en una sociedad, se da desde el Estado. No se da desde tomando un colegio, tirándole piedras a la Casa de Tucumán. Se dan desde el Estado (...). Porque la realidad es que todos los cambios que vos quieres hacer, al trosko se lo podés decir, todos los cambios que vos quieres hacer, los vas a hacer desde el Estado, no los vas a hacer tomando el colegio. No sé. Seamos eso. Si no sos gobierno, no sos nada.

*Joven militante del Frente de Secundarios de la Cámpora
Plenario de la Militancia, diciembre de 2012*

La cita con la que iniciamos el capítulo nos permite introducir un aspecto de la reconfiguración de los escenarios políticos en nuestro país a comienzos del segundo milenio: la idea del Estado como un “lugar a ser ocupado” para llevar adelante medidas inscriptas en lo que diferentes actores leían en clave de transformación social a través de la incorporación de militantes a las gestiones de gobierno (Marifil, 2015; Vázquez y Vommaro, 2012). En efecto, el ciclo de transformaciones iniciado en 2003 a partir de la llegada de Néstor Kirchner a la presidencia abrió la posibilidad para que integrantes de organizaciones políticas y movimientos sociales se incorporen a la gestión del Estado. Considerando las modalidades de confrontación y resistencia desplegadas por movimientos y organizaciones en los años noventa (Seoane et al., 2001; Schuster y Pereyra 2001), los fenómenos de adhesión al gobierno e incorporación a la administración estatal representaron nuevos posicionamientos que activaron fracturas al interior de las organizaciones y abrieron paso a una serie de debates en el campo académico. En algunas investigaciones, las formas de integración al Estado han sido descriptas como la causa de la pérdida de “autonomía” e “independencia política” y

explicadas en función de un intercambio definido como “instrumentalista” o de “cooptación” (Svampa y Pereyra, 2004). Estos trabajos colocaron el énfasis en la “domesticación” o “subordinación” de estos grupos, que se volverían funcionales al control social del gobierno y de acuerdo con estas lecturas, obtendrían beneficios materiales del Estado a cambio de su desmovilización y apoyo.

Desde una perspectiva que parte por redefinir los límites entre el Estado y sus márgenes (Das y Poole, 2000), la antropología política ha reparado en la complejidad de las formas que asume la relación existente entre los distintos actores y el Estado, evidenciando de este modo los límites de los enfoques “instrumentalistas” y de “cooptación”. En el ámbito local, estos procesos han sido documentados por diferentes investigaciones (Cura, 2014; Marifil, 2015; Perelmiter, 2010, entre otros trabajos que pueden citarse) mostrando cómo la recomposición de los escenarios políticos permitió nuevos modos de “entender” y de “producir” la política e iluminando aspectos centrales de las vinculaciones que se tejen entre el gobierno y las organizaciones.

En continuidad con estas elaboraciones, el capítulo que sigue abordará los sentidos producidos en torno a la noción de Estado por parte de un grupo de jóvenes del *Frente de Secundarios* de La Cámpora, analizando aspectos que significaron su experiencia organizativa desplegada en diferentes ámbitos de interacción cotidiana. Nuestro punto de partida han sido dos consignas que circulaban con frecuencia entre los jóvenes: “ser militante en el Estado” y “ser el Estado en el barrio” que creemos han sintetizado determinadas miradas en torno al Estado a partir de su experiencia militante. En los apartados que siguen, en primer lugar, vamos a recuperar los sentidos y valoraciones dados a la propia tarea concebida como una “gestión militante”. En segundo lugar, nos ocuparemos de mostrar cómo muchas de las iniciativas desplegadas en *territorio* ampliaron para estos jóvenes el campo de interpretaciones en torno al Estado. Y, por último, nos proponemos reflexionar sobre una experiencia de gestión llevada adelante por militantes del *frente*, a partir de su incorporación al “Programa de Formación y Organización de Centros de Estudiantes”.

MILITAR EL ESTADO. SOBRE LA ESTATALIDAD Y LA POLÍTICA INSTITUCIONALIZADA

Habiendo concluido hacía muy poco sus estudios secundarios, algunos jóvenes del *frente* comenzaron a trabajar en distintas áreas de la administración pública nacional. En el marco de un proceso que ha sido descrito como “la militancia *para o por* el Estado” (Vázquez y Vommaro, 2013), estos sujetos se incorporaron en programas, direcciones y distintas áreas de la gestión estatal como “activadores de las políticas públicas haciendo cosas tales como *bajar* planes o programas sociales a los barrios o comunidades” (Ibíd.: 21). Siendo jurídicamente mayores de edad, iniciaban de este modo sus primeras experiencias laborales y en el transcurso de esta investigación hemos relevado diversas situaciones: algunos de ellos se incorporaron al Programa de Finalización de Estudios Secundarios (Ministerio de Educación), otros y otras al Programa Conectar Igualdad (ANSES/ Ministerio de Educación), a la Subsecretaría Nacional de Juventud (Ministerio de Desarrollo Social) y, por último, al Programa de Formación de Centros de Estudiantes (Ministerio de Educación). En este contexto, las consignas de “gestión militante”, “militar el Estado” o “ser militante en el Estado” comenzaron a circular entre los militantes kirchneristas en general, haciendo referencia al grado de responsabilidad y compromiso asumidos en el desempeño de la tarea asumida. A partir de nuestros registros y conversaciones con algunos jóvenes observamos que para muchos la “gestión militante” implicaba hacer tareas luego del horario de laboral, tener que trasladarse imprevistamente hacia una provincia, participar de actividades los fines de semana, pagar viáticos con dinero propio, por ejemplo. Ahora bien, el sentido de responsabilidad hacia las tareas que exhibían estos jóvenes no resultaba tanto del intercambio material que supone una relación laboral, sino de un tipo de adhesión particular basada en la idea de “ser” ellos mismos el Estado. Para recuperar los sentidos que significaron esta experiencia, transcribimos las expresiones de Ludmila dadas en situación de entrevista, quien nos contó que empezó a militar en el centro de estudiantes de su escuela en el año 2010 y se sumó al *Frente de Secundarios* de la Cámpora en 2012. En marzo de 2013, esta joven finalizó sus estudios secundarios al rendir la última materia que le había quedado “previa”, y en julio se incorporó al Ministerio de Educación. Un año después, en julio de 2014 comenzó a trabajar en un área del Ministerio de Desarrollo Social, a partir de sus vínculos con una funcionaria de rango medio, pareja de un diputado nacional también de la *organización*. Así relataba ella su ingreso a “Desarrollo” en una entrevista realizada a fines de 2014:

Y bueno, hay una compañera acá, que militaba conmigo en la villa, que le está tocando acá tener un trabajo de gestión, o sea, es la Jefa de Gabinete del Secretario. Me conocía un montón de hace tiempo, ¿viste?... de secundarios, de cuando estaba en secundarios y fuimos a la villa, y bueno, me dijo que venga acá, estaba con el armado de la oficina. Recién entrábamos como secretaria. Y bueno, acá estoy. También. Aprendiendo.

Aunque la pertenencia a la *organización* era una cuestión de peso para empezar a trabajar en el Estado -y en el mundo de la militancia estas incorporaciones eran consideradas una suerte de promoción en la carrera política-, las palabras de la joven dejan entrever cuestiones como la “cercanía” y “afinidad” con quien en ese entonces era su jefa. Este tipo de afectividad que envuelve las relaciones personales, dadas en este caso por una trayectoria de militancia compartida, nos muestra la importancia de los vínculos interpersonales a la hora de comenzar a realizar tareas que implicaban nuevos aprendizajes y la socialización en un universo con lógicas y dinámicas propias. En este marco, nuestra interlocutora continuaba su relato:

Yo había empezado a trabajar en la villa, en el territorio. Trabajando con FINES⁵⁶ y con alfabetización, en la villa. Lo cual para mí era fantástico porque estaba en mi propio territorio que yo militaba, que yo conocía, haciendo un laburo doble. Militando y trabajando. Entonces, cumplía el rol de militante, de compañero, pero aparte ser la cara del Estado para un montón de gente. Y después me tocó pasar a la oficina, haciendo un laburo que se trataba de convenios con asociaciones civiles para abrir un FINES. (...) Pero a mí me pasaba aparte, yo estaba llevando el FINES del Club Huracán. Yo soy hincha de Huracán. Entonces era triple porque era laburo, era militancia, y aparte era mi club que yo quería que los pibes estudien ahí... pero bueno, es así. (Entrevista a Ludmila, noviembre de 2014).

Este paralelismo entre “laburo”, “militancia” y “club” parecía enfatizar la fortaleza de la adhesión a las tareas que suponía el trabajo en el Estado. En ese sentido, la delimitación difusa entre Estado y *territorio*, devela nuevamente el carácter afectivo de las disposiciones cultivadas para la militancia, donde las acciones no presentan una división tan tajante entre lo que se realiza “con arreglo a fines” y lo que se realiza “con arreglo a valores”. Como podemos advertir a partir del relato de Ludmila, al igual que en *territorio*, emociones y

⁵⁶ La entrevistada se refiere al Programa de Finalización de Estudios Secundarios, que funcionaba en la Dirección de Educación de Adultos, del Ministerio de Educación de la Nación.

disfrute investían los sentidos de las tareas realizadas siendo parte del Estado. Literalmente “la villa”, “el barrio”, “la oficina”, aparecen como lugares que se correlacionan con el rol de “militante”, “compañero” y “ser la cara del Estado”, iluminando los modos en que la “gestión militante” movilizaba aspectos de saberes aprehendidos en *territorio*, justamente ese espacio donde se promovía un tipo particular de socialización política basada en la “sensibilización”. Así lo señalaba ella:

Acá nosotros trabajamos con ayudas institucionales para la gente en situación de vulnerabilidad. Incendios de casas, inundaciones, situaciones de violencia familiar, enfermedades. Y de verdad, a nosotros nos llegan cartas que la gente mandó en marzo ponele. Hoy estamos a diciembre. Y lees la carta que vos sos la primera persona que le podés resolver lo que lees. ¡Es una locura! Vos no sabés qué es de esa persona. Y cuando a mí me toca militar en una villa, veo las dos caras. Sé lo que es una persona que pide ayuda en marzo, cómo puede llegar a estar hoy. Y bueno, sobre eso hay que avanzar. Hay que avanzar.

Hasta aquí, podemos decir que el trabajo en el Estado era investido con marcadores relativos a la práctica en *territorio* que, en palabras de la joven se expresaba en los saberes que le aportó el haber militado en una villa para conocer las *realidades* de *la gente*. Estos sentidos se conjugaban con otros, basados en las apreciaciones sobre el desempeño de otros agentes –también empleados estatales- a quienes se atribuía cierta pasividad o falta de compromiso con las tareas. Desde su perspectiva, este desinterés era explicado por varios motivos: estar trabajando hacía más tiempo o haber ingresado al sector público por otras vías -ajenas a la militancia- que no implicaban la formación política que habrían adquirido ella y sus *compañeros* como parte de la experiencia en *territorio*, como lo ilustra la siguiente cita:

Cuando hablamos con los compañeros, cuando uno critica a la burocracia, la burocracia, la burocracia... Y no tenés sólo gente de setenta años que se está por jubilar. Tenés un montón de pibes y pibas laburando en el Estado que quizás no les tocó entrar por militancia. Quizás les tocó entrar por el padre, porque laburaba la madre o por un tío, pero no dejan de ser pibes, y que tranquilamente podrían tener ese compromiso, y que todavía no están quemados, y no lo tienen.

De los dichos de la joven se desprende que la falta de compromiso y responsabilidad

apreciada en otros agentes, explicaban la existencia de *la burocracia* –entendida como la causante de la lentitud e ineficiencia del Estado-. Desde su perspectiva “la burocracia” se contraponía a la “gestión militante” para la que la “adhesión” a las tareas se presuponía asumida de antemano ya que formaría parte de una ética política incorporada en el marco de la *formación en territorio*. Así lo señalaba ella poniendo en valor la predisposición para realizar cualquier tipo de tarea:

Hagas el laburo que hagas yo siempre digo, a mí por ejemplo nunca me tocó hacer de cadeta, pero si mañana por ahí un compañero viene y me pide hay que hacer de cadeta yo lo hago porque hay que tomarlo con la misma responsabilidad, porque nosotros a veces no nos damos cuenta que cuando hablamos de la burocracia, la burocracia es del primero al último, porque un papel que no llegó es un caso que no avanzó.

Hasta aquí, la consigna de “gestión militante” nos señala nuevos sentidos en torno a “lo estatal” contruidos en oposición a otras representaciones que circulaban en estos espacios, así como en relación a la percepción y calificación del desempeño de otros agentes. Así, la impugnación sobre un modo de funcionamiento del Estado, sostenida sobre la base del contraste entre el desempeño propio y el de otros trabajadores, producía nuevas representaciones en torno a la “estatalidad” que fueron articulando la forma de realizar las tareas en ámbitos de gestión pública en base a los valores de “compromiso” y “responsabilidad” ya cultivados en el *territorio*, donde estos jóvenes se formaban como *militantes*.

En tanto “lugares de sociabilidad política” (Perelmiter, 2010), los espacios laborales permitían desplegar la relación de pertenencia que los sujetos mantenían con otros ámbitos – como el barrio-, y era esta “doble identidad” la que orientaba los sentidos de la “gestión militante”. Es así que los valores asociados al “compromiso” y la “responsabilidad” que investían la tarea en el Estado, parecían derivarse de las conexiones y superposición entre “trabajo” y “militancia”, que pueden advertirse cuando Ludmila se refiere al hecho de estar en el barrio “militando y trabajando”, o cuando nos habla de un “laburo doble” y hasta “triple” al vincular su trabajo con aspectos de la emotividad y el disfrute asociados a su club de fútbol.

Identificándose con una idea de Estado anclada en su poder “transformador”, “benefactor” y “racional” -opuesta a una idea de Estado estigmatizado en su carácter de “poder jerárquico”, “corrupto”, “clientelar”, o “ineficiente”-, muchos de estos jóvenes justificaron su ingreso a distintas reparticiones estatales dotando a sus prácticas de un sentido de “misión generacional”, opuesta a otros modos de entender el trabajo en el Estado. En este caso, la clave juvenil que manifestaban los sujetos reforzaba la idea de “renovación” y “vitalidad”, frente a una “planta permanente” que era percibida como “pasiva”, “desmotivada” y desprovista de “vocación”. Nuevamente el testimonio de la Ludmila ilumina sobre estos contrastes ampliando nuestra comprensión de la “gestión militante”:

Es lo que te digo, cuando uno se cruza con una persona de setenta años que ya está tratando de jubilarse, no podés decir nada (...) Pero un pibe de treinta, que está laburando porque entró por el tío, no está perdido. No tiene por qué solamente querer cumplir un horario (...). Bueno, los compañeros, los que somos militantes tenemos que estar de sol a sol. No digo no descansar, porque tampoco queremos generar eso, lo que queremos generar es: laburar bien. Si es en nuestro horario de trabajo, mucho mejor. Si te tenés que quedar un poquito, bueno, también.

Hasta aquí, nos es posible afirmar que los sentidos de “compromiso” y “responsabilidad” que exhibían los sujetos no emanaba tanto de la relación contractual con estos ámbitos, sino de una concepción en torno a “ser” el Estado. En ese sentido, los términos para describir la propia tarea como “gestión militante” nos muestran que aquellos sentidos anclados en su poder “transformador”, “benefactor” y “racional” articularon aspectos performativos que en la práctica orientaron su desempeño y a la vez permitieron construir una defensa encarnada del gobierno, puesto que ellos y ellas “eran” el Estado. Quedarse después de hora, acudir en días no laborables o atender cuestiones de otra repartición solo por tener conocimientos de un barrio en particular, se explican por la firme convicción que manifestaban los sujetos de encarnar y ser parte de un proyecto que entendían los trascendía y era capaz de transformarle la vida a las personas. Como veremos en el siguiente apartado, creemos posible postular un “continuum” entre las consignas expresadas en términos de “ser militante en el Estado” y “ser el Estado en el barrio”. Para dar cuenta de esta afirmación vamos a recurrir nuevamente fragmentos de los relatos que animaron la tarea militante de estos jóvenes en el barrio.

En el capítulo anterior reconstruimos las actividades que fueron constituyendo la militancia de los y las jóvenes en *territorio*: desde estar a cargo del *apoyo escolar*, organizar un *operativo* para la inscripción en un programa estatal o planificar el arreglo de una cancha de fútbol, las distintas iniciativas eran entendidas como “ser el Estado en el barrio” y las mismas implicaban una dinámica de planificación, coordinación y ejecución que debía ser pautada con anterioridad. En ocasiones asistía algún funcionario o responsable en la gestión, que era tratado como “compañero” o “compañera”. La presencia de esta persona podía obedecer a la necesidad de reforzar el trabajo de *los pibes* en el barrio o conocer la dinámica del mismo para eventualmente asistirlos en distintos requerimientos, como ser, brindar una charla del uso de las computadoras del Programa Conectar Igualdad⁵⁷, observar y acompañar el *apoyo escolar*, relevar determinada situación para hacer un pedido a un ministerio, orientar en la realización de un relevamiento de datos en el barrio, etc.

En este marco de significaciones “ser el Estado en el barrio” presuponía ser un representante del gobierno nacional a partir de la organización y puesta en marcha de distintas acciones emanadas de la implementación de políticas públicas, es decir, de la “bajada” de programas, planes, beneficios, diseñados por el gobierno. Como parte de estas iniciativas los jóvenes se ocupaban de organizar *operativos* que consistían en dar difusión a los planes y programas estatales, inscribir a sus posibles beneficiarios o informar los pasos y procedimientos a seguir para llevar adelante una solicitud. Para el desarrollo de las actividades, era necesario concentrarse en torno a una serie de cuestiones de orden práctico: no sólo contar con el número de personas que iban a participar del operativo, sino haber dado difusión a la actividad entre los vecinos y vecinas del barrio, haber establecido las vinculaciones con militantes de otros *frentes*, responsables de distintos niveles de la administración pública, y sin dudas, tener un conocimiento previo sobre las eventuales formas de desarrollar las mismas. Por otra parte, junto con estas iniciativas, cobraban forma otras que, no siendo parte

⁵⁷ El Programa Conectar Igualdad fue creado en el año 2010 con el objeto de reducir la brecha digital entre los sectores de más bajos recursos y aquellos con acceso a estas tecnologías. El programa consistía en la entrega de computadoras portátiles a estudiantes de escuelas secundarias y para el año 2012 se había superado la entrega de 3.000.000 de computadoras a estudiantes de todo el país.

de las líneas de acción de un programa o política en particular, también podían comprenderse bajo la concepción de “ser el Estado en el barrio”. Es así como bajo esta consigna podían agruparse también las actividades relacionadas con el *apoyo escolar* o cualquier tarea de mejoramiento de una zona del barrio como una cancha de fútbol de uso comunitario.

En una oportunidad me fue posible presenciar la organización de un *operativo* para la implementación de una línea recientemente inaugurada bajo un Programa del Ministerio de Desarrollo Social destinado a mujeres⁵⁸. Aquel día, la *referente* conversaba con los jóvenes sobre la necesidad de llevar adelante una tarea de este tipo para contar con datos de las personas que podrían inscribirse en el programa. En ese marco, les señalaba:

Estamos viendo de hacer una tarea más de militancia acá adentro del barrio. Pero ¿por qué? Acá nos vienen muchos programas como este, que, de la noche a la mañana, cuando la jefa manda algo hay que salir a laburarlo. Hoy nos encontramos con que trabajamos junto con la gente, pero necesitamos un padrón de los que cobran la asignación, porque, no sé si están enterados, pero igual, solamente pueden entrar al programa las mujeres, obvio, que cobren asignación universal, pero tienen que ser no con un niño, tienen que ser tres o más (Reunión grupal, marzo de 2013).

El pedido para llevar adelante la tarea se orientaba a identificar a posibles beneficiarias para ser inscriptas en este programa, colocando el acento en la acción militante: “estamos viendo de hacer una tarea más de militancia acá adentro del barrio⁵⁹”. Dos acotaciones son ilustrativas para reparar en los sentidos de “ser el Estado en el barrio”. Por un lado, para realizar el relevamiento Susi convocaba a todo el grupo de jóvenes, independientemente de que ellos o ellas se encontraran trabajando en algún área del Estado. De hecho, la mayoría de estos jóvenes aún estaba cursando sus estudios secundarios y no tenían ningún tipo de relación laboral con el Estado u otro ámbito que implicara una remuneración. Pero, por otro lado, la tarea encomendada requería poner en juego determinados saberes y técnicas del “hacer estatal”: identificar beneficiarios, relevar y consignar datos, sistematizarlos, generar

⁵⁸ El “Ellas Hacen” fue creado a fines del 2012, en el marco del Programa Ingreso Social con Trabajo del Ministerio de Desarrollo Social, como una alternativa al empleo formal, y estaba dirigido a mujeres que recibieran la Asignación Universal por Hijo, y tuvieran más de tres hijos.

⁵⁹ En la transcripción textual, puede perderse el sentido de sus palabras. En contexto de enunciación el adverbio “más” no se usa para introducir una enumeración, sino que modifica al sustantivo “tarea” para conferirle la cualidad de militante

diagnósticos, brindar información para llevar adelante la inscripción, e inclusive, realizar la inscripción. El imperativo de Susi instando a “salir a laburar” una política pública extendía el accionar del Estado a prácticas e iniciativas inscriptas localmente. Como parte de las fronteras difusas entre “trabajo” y “militancia” las acciones desplegadas por este grupo de jóvenes en el marco de su experiencia militante en *territorio* al mismo tiempo que materializaban al Estado ampliaban el efecto de su legibilidad (Truillot, 2001). Así, insistiendo sobre la organización de las tareas en el barrio, la *referente* aclaraba:

Nos mandan a los barrios y como justo nos toca en Capital y en Capital tenemos las villas, la idea era laburarlo con el padrón de ANSES, porque el padrón de ANSES nos dice cuanta gente acá adentro cobra la asignación universal. Pero es una porquería porque la gente cuando pone la dirección te pone: Villa 21-24, no pone la dirección, te ponen un teléfono que no anda nunca. Mal el teléfono, toman mal los datos en el ANSES, cuando levantan el tema operativo, no ponen manzana, casa. ¡Dos teléfonos al menos! Son cerraditos. Así. ¿Nosotros qué hicimos? En el relevamiento anterior, cuando estuvo la vez pasada el operativo, salimos con nuestro padrón, con el que usamos en las elecciones y cruzamos por DNI. Demanda tiempo, demanda trabajo, pero no puede fallar. (Reunión con Susi, marzo de 2013).

En estas apreciaciones podemos advertir los modos en que se entrecruzaban distintos niveles de la administración estatal con las prácticas de militancia en *territorio*. En este caso, el relevamiento de datos requeridos por el programa para inscribir a posibles beneficiarias se sostenía a partir de una actividad militante. Para llevarla adelante era necesario nuevamente poner en juego determinados compromisos, lenguajes y disposiciones para la acción, creados en el marco de la militancia en el barrio y cuya determinación no derivaba de una obligación laboral, pero que no obstante ello, llevaba a que la tarea se asuma como parte del “deber ser” militante. Otra de las actividades que creemos pueden inscribirse bajo la lógica de “ser el Estado en el barrio” era el *apoyo escolar*. En relación con su organización, Susi comentaba al grupo:

¿Lo que nos tiene preocupado aquí es el apoyo escolar? ¿Por qué? Porque vemos que así de la manera que lo estábamos llevando no se puede. Los chicos están dispersos, vienen acá a jugar, y los papás cuando los mandan al apoyo escolar, ellos los dejan con el compromiso

de que vienen acá a aprender. Y como ya dejamos claro a todos los papás que aquí nadie viene acá a hacer la tarea. Solamente puntual cuando un pibe no entienda nosotros le vamos a dar una mano. Nosotros vamos a reforzar con eso. Empecemos con los talleres de lectura, o de matemáticas: el recitado de la tabla de multiplicar. Se sientan acá. Entonces sentás a todos en el piso. Se cierra la puerta, entonces nadie se dispersa. Se empieza a leer, se empieza a hacer las tablas. Entonces nadie se dispersa. Van a ver como en dos sábados van a mejorar. (Reunión con Susi, mayo del 2013).

Sus palabras en relación a una de las actividades principales que sostenían los jóvenes en el barrio nos muestran, por un lado, una preocupación por instituir un “orden” en un espacio “extraescolar”, el *apoyo*, y en función de ello, la imitación de modelos de escolarización a los que probablemente tanto Susi como los y las jóvenes habían sido expuestos en sus experiencias de socialización en la escuela: la repetición de las tablas, la lectura obligatoria, la quietud, el prestar atención de manera focalizada hacia una consigna. De este modo, el *apoyo* no sólo asumía una función tradicionalmente atribuida a la escuela –promover procesos de enseñanza y aprendizaje- sino que se materializaba en la utilización de un lenguaje y dispositivos creados por el Estado para tal fin.

A partir de estos ejemplos podemos decir que “ser el Estado en el barrio” ha significado agenciarlo en prácticas e iniciativas concretas a partir de las cuales los sujetos gestionaban los recursos, sostenían esquemas de clasificación y administraban moralidades en el territorio (D’Amico, 2015). Esto puede verse en el caso del *apoyo* -que toma el modelo pedagógico de la escuela- o los empadronamientos que, si bien requieren de saberes y tecnologías específicos para su implementación, solían combinarse con estrategias o métodos utilizados por fuera de la órbita estatal. A partir de lo expuesto, creemos posible afirmar que el despliegue de saberes y lenguajes que codificaban parte de la militancia en territorio extendía las fronteras prácticas y cognitivas del Estado ampliando los límites del radio de acción de la “legibilidad estatal” (Truillot, 2001). En ese sentido, como parte de sus prácticas cotidianas en el barrio, los sujetos creaban y materializaban al Estado, pero también lo legitimaban al encarnar ellos mismos al proyecto político e ideológico que lo conducía por aquel entonces. En ese sentido, a través de la “gestión militante” y de ser “el Estado en el barrio” los sujetos participaban de la redefinición de sus fronteras prácticas, simbólicas y morales.

UNA EXPERIENCIA DE GESTIÓN MILITANTE DE JÓVENES

Para finalizar este capítulo vamos recuperar una experiencia que, por un lado, ilumina sobre los sentidos de la “gestión militante”, y por otro, expresa el impulso dado a la participación de jóvenes en el ámbito de la política institucionalizada durante los gobiernos kirchneristas. Nos referimos aquí a la incorporación de un grupo de jóvenes militantes a un programa creado bajo la órbita del Ministerio de Educación de la Nación. El valor de esta experiencia radica en que nos encontramos con jóvenes integrando áreas de gestión del Estado, pero también participando en la formulación e implementación de políticas para la juventud.

El Programa de Organización de Centros de Estudiantes fue creado a mediados de 2013 bajo la Dirección de Políticas Socioeducativas del Ministerio de Educación de la Nación y como coordinador operativo⁶⁰ fue designado quien fuera responsable del *Frente de Estudiantes Secundarios* de La Cámpora de CABA. La oficina del programa comenzó a funcionar en el mismo edificio donde yo me encontraba trabajando por aquel entonces. Esta circunstancia – imprevista para mí dado que ocurrió luego de que comenzara esta investigación- además de permitirme ser testigo de situaciones que se presentaban cotidianamente en el ámbito laboral, dio lugar al hecho de que estos jóvenes -a quienes ya conocía- me pidieran colaboración en la redacción de los fundamentos del programa. En ese contexto, particip  y fui testigo de las instancias de definición de sus líneas de acción, pero además pude ir revisando algunas de las hipótesis que venía formulando en torno a la militancia de jóvenes.

El equipo del Programa de Formación y Organización de Centros de Estudiantes estaba conformado por tres varones militantes del *frente*, quienes habían finalizado la escuela media hacía muy poco. Su incorporación en el ministerio no se daba sin tensiones, por un lado, por ser muy jóvenes, pero por otro, porque ellos hacían visible de manera ostensible su pertenencia a la *organización*. Habitualmente se los podía ver circulando por el edificio vistiendo remeras de La Cámpora. Asimismo, la pequeña oficina que les habían asignado se asemejaba más a una *unidad básica* que a un espacio de la administración pública. En ese sentido, además de jóvenes de la *organización* entrando y saliendo del edificio, compartiendo

⁶⁰ Esto implica que no fue nombrado a través de una resolución administrativa.

el ascensor o interactuando en la entrada de la sede ministerial, en su lugar de trabajo podían verse cajas desordenadas en el piso, papeles desparramados, pilones de volantes, planillas en blanco, banderas olvidadas en el suelo, afiches y fotografías con motivos pertenecientes a la iconografía peronista y kirchnerista empapelando las paredes.

En aquel entonces, mediados de 2013- este equipo se encontraba armando una propuesta para definir las líneas de acción del programa y para la redacción del mismo apelaron a los vínculos con otros *militantes* que se hallaban trabajando en el ministerio y les podían “dar una mano”. En ese marco fui convocada por quien fuera director del área donde me desempeñaba -también miembro de la *organización*- para colaborar con los jóvenes y esta situación me permitió participar de diferentes discusiones y relevar las expectativas que orientaron la formulación de este instrumento de política pública. Si bien mi participación se dio por el hecho de compartir un espacio de militancia, el pedido de auxilio en la redacción del programa nacía del entendimiento por parte de estos jóvenes de que mi formación académica podía hacer un aporte más teórico y técnico a su formulación y escritura.

En principio fue ideado como un instrumento que tendría por función promover la organización estudiantil a partir de la creación de centros de estudiantes en escuelas de gestión pública y privada. Su institución fue impulsada a instancias de la sanción de la Ley Nacional N.º 26.877 de Creación y Fomento de los Centros de Estudiantes, que establece el derecho de organizarse, participar y asociarse en la constitución de sus órganos de representación. En sus considerandos, el texto aludía a la necesidad de profundizar lo establecido en el artículo 126 de la Ley Nacional de Educación (N.º 26.206), vinculado al derecho de los jóvenes a participar e influir en la vida de las instituciones educativas. En esa dirección –y en sintonía con la denominada “ley del voto joven”- esta iniciativa institucionalizada en un instrumento de política pública⁶¹, se orientaba a fomentar la participación política y a promover la conformación de espacios de organización, expresión y representación de jóvenes, para un desarrollo temprano del ejercicio de la ciudadanía. En

⁶¹ Conforme a lo señalado en el Artículo 10º de la Ley de Centros de Estudiantes que establece que “El Ministerio de Educación y las autoridades educativas de cada jurisdicción diseñarán las campañas de difusión y promoción alentando la creación y funcionamiento de los centros de estudiantes”

este marco, a fines del 2013 se puso en marcha el Programa Nacional de Organización Estudiantil y Centros de Estudiantes, bajo la órbita del Ministerio de Educación de la Nación.

Sin bien la ley promovía la creación y organización de los centros con el objetivo de fomentar la participación estudiantil, la interpretación dada a la misma a través de las líneas de acción definidas para el programa se basó en las vinculaciones y redes de relaciones políticas previas a su diseño e implementación. En ese sentido, para delinear las acciones y actividades, los jóvenes a cargo del programa se ocuparon de relevar en qué provincias y distritos La Cámpora ya contaba con *militantes secundarios* y una estructura organizativa -aunque sea incipiente- del *frente*, cuáles eran los centros de estudiantes ya consolidados, dónde se requerían refuerzos para apuntalar experiencias organizativas en las escuelas, etc. Hasta aquí, podemos decir que el programa fue ideado como un instrumento para fomentar la participación estudiantil, pero la formulación de sus líneas de acción fue pensada a partir de la activación de redes y vínculos ya existentes en el marco de la militancia. La creación del programa permitió no sólo revitalizar esos vínculos, sino que, al promoverlos, esta política tuvo un papel clave en la expansión de la *organización* y en la federalización del *Frente de Secundarios*. Ejemplo de ello pueden ser las iniciativas donde se enviaban recursos a *compañeros* de otras provincias para realizar *jornadas solidarias*, festivales culturales, etc.

Dada la dinámica que adquirió la implementación del programa basada en una red de relaciones previas, los lazos activados a nivel nacional dieron, por un lado, un fuerte impulso a la rama estudiantil de la *organización*, generando procesos de vinculación entre sus *militantes* que iban más allá del distrito de pertenencia, y por otro, nuevamente habilitó la disputa de los sentidos y las lógicas en torno a la “estatalidad”. En el marco de estas consideraciones, interesa destacar que por primera vez los jóvenes contaron con el apoyo de un instrumento de política pública específico, que preveía el financiamiento de distintas actividades orientadas al armado y fortalecimiento de los centros de estudiantes en las escuelas. Entre ellas, podemos enumerar: crear un padrón oficial de centros de estudiantes a partir de la realización de un relevamiento a nivel nacional, llevar adelante la capacitación de “promotores de centros de estudiantes” para que se constituyan en referentes de la comunidad educativa de cara a la organización del centro en las escuelas, brindar charlas informativas y talleres tanto para la difusión de los recursos y herramientas destinadas a los jóvenes en el

marco de las políticas públicas, así como proporcionar información sobre la organización del centro a partir de lo que establecía la ley. Asimismo, una de las líneas proponía instaurar el mes de septiembre como “mes de la juventud” con la realización de actividades culturales, artísticas y conmemorativas en torno a los sucesos conocidos como “la noche de los lápices”.

Aunque en sus fundamentos el programa declaraba orientarse a “fomentar la participación política y la conformación de espacios de organización, creación y expresión de los jóvenes, para un desarrollo temprano del ejercicio de la ciudadanía”, era la experiencia militante previa desarrollada en los colegios y en *territorio* la que sustentaba las bases de las actividades propuestas. En ese sentido, las distintas iniciativas formuladas como “charlas informativas para organizar el centro”, “festivales culturales destinados a jóvenes”, “jornadas para pintar tu escuela”, etc. se plasmaban en la letra del programa a partir de los requerimientos o necesidades de los jóvenes del *frente* en los ámbitos en los que ellos y ellas ya se encontraban militando.

Con base en todo lo expuesto, podemos decir que esta experiencia de “gestión militante” se nutrió de saberes, repertorios de acción y vínculos generados previamente -ya sea en la escuela o en el barrio- mostrándonos que el límite entre las instancias de “formulación” y las instancias de “implementación” de las políticas puede ser difuso y permeable, (Isacovich, 2013). Fue desde un “savoir faire militante” (Marifil, 2015), que los sujetos tuvieron que activar circuitos administrativos y entrar en relación con otros agentes estatales, *compañeros* de otros distritos, responsables de diferentes programas y reparticiones estatales –como La Subsecretaría de Juventud o el Programa Conectar Igualdad-, convirtiéndose desde ahí en “constructores de lo estatal” (Isacovich, Ibid.).

Como mencionamos en la primera parte del capítulo, la base teórica de estas afirmaciones se halla en la perspectiva analítica planteada por Das y Poole quienes, revalorizando la práctica de la etnografía como recurso potente para conceptualizar al Estado desde sus “márgenes”, nos invitaron a repensar “los límites entre el centro y la periferia, lo público y lo privado, lo legal y lo ilegal” (2008: 20). A diferencia otros trabajos que recuperan trayectorias donde se enfatiza todo lo hecho “más allá” y “a pesar de” los gobiernos a partir de múltiples vínculos e interacciones, en nuestro caso toda la trama de relaciones gestada y sostenida a través de redes de distinta naturaleza, lejos de ser concebida en contraposición al accionar y poder del

Estado, fue asumida como parte constitutiva del “hacer estatal” y de los escenarios habilitados por un proyecto político mayor, del que ellos y ellas eran parte constitutiva y, como parte de los lineamientos y mandatos que articularon los compromisos militantes, responsables de su continuidad.

A MODO DE CIERRE

El “horizonte de posibilidades” (Sigaud, 2004), resultante de una conjugación de condiciones sociales promovidas por diversas transformaciones expresadas en políticas, lenguajes y disposiciones para la acción, habilitó un escenario donde la militancia en el barrio podía entenderse como una ampliación de los límites y funciones de la estatalidad y el trabajo en el Estado podía concebirse como una extensión de la militancia en el barrio. En este contexto interpretativo “ser el Estado en el barrio” y “ser militante en el Estado” expresaron el “continuum” entre *militancia* y *gestión* que produjo los sentidos en torno al Estado. En tal dirección, los procesos descriptos pusieron de manifiesto los modos situados y relacionales de producción de la política para estos jóvenes, revelando la importancia que han tenido las redes de vínculos, así como los saberes y conocimientos que desbordaban la esfera de “lo estatal” en sus esquemas más institucionales. Pintar una escuela, arreglar una plaza, sostener el *apoyo escolar*, tramitar un documento de identidad, inscribir a mujeres en un plan social, definir las líneas de acción de un programa, eran acciones expresadas en una retórica de “logros colectivos”, es decir, concebidos como productos y resultados susceptibles de ser apropiados socialmente. Estos logros y conquistas fueron significados como aspectos legitimadores de una idea de “Estado presente” que creaba y acercaba “derechos”, pero también fueron el motor para empujar y multiplicar las iniciativas que animaron y dieron vida a la militancia de estos jóvenes.

CAPÍTULO VI. “ABRAN PASO, LLEGÓ LA JOTA PE”⁶². PASADO, PRESENTE Y GENEALOGÍAS PARA LA MILITANCIA

Recuerdo siempre una discusión que se dio a fines de los sesenta donde se discutía por qué se llamaban `Juventud Peronista´ y cuál de los dos términos era el más fuerte, si el de `juventud´ o el de `peronista´. Esa discusión tenía a algunos compañeros que decían que el término más fuerte era el de juventud, que ellos eran una organización generacional y que la fuerza estaba en la juventud porque eran jóvenes. El noventa por ciento de los compañeros que fundaron las agrupaciones eran jóvenes. Y esa discusión entró en contradicción con otro grupo que decía que el término más fuerte era el de peronistas porque en la palabra peronistas estaba la fuerza de la ideología, estaba el recuerdo del pueblo de lo que fue Perón

*Integrante de la Mesa Nacional de Conducción,
23 de marzo 2013, Casa de la militancia de Hijos (ExEsma)
Plenario Nacional del Frente de Estudiantes Secundarios de La Cámpora.*

Las palabras con las que iniciamos el capítulo final nos permiten restituir dos términos que fueron centrales en la definición del tema de esta investigación –“juventud” y “peronismo”- y en algún sentido, volver a las primeras motivaciones que nos llevaron a imaginarla como proyecto posible. Tres años antes de aquel plenario, el video titulado “peronismo puro/kirchnerismo al palo”⁶³ daba apertura al acto realizado en septiembre de 2010 convocado bajo el lema “Néstor le habla a la juventud. La juventud le habla a Néstor”, al que asistieron militantes de distintas organizaciones juveniles. En aquella oportunidad, además de La Cámpora, se hicieron presentes jóvenes del Movimiento Evita, la agrupación Kolina,

⁶² Se trata de una estrofa de un cántico que entonaban los jóvenes por aquel entonces. Si bien no era exclusivo del Frente de Secundarios, nos sirve para introducir elementos para el análisis en relación con la resignificación del pasado y las elaboraciones identitarias.

⁶³ Disponible en <https://vimeo.com/15077315>

la Martín Fierro, la JP Descamisados, el Movimiento Bicentenario, el Movimiento de Unidad Popular, Peronismo Militante y la Juventud Sindical. Como recurso simbólico, el título de la pieza audiovisual enfatizaba una relación de “continuidad” entre el peronismo y el kirchnerismo, y tomando aquel evento como un todo -incluidas sus consignas, liturgia militante, signos y evocaciones - podemos decir que allí ya aparecían los elementos de una nueva identidad que asomaba con fuerza en los albores del bicentenario de Argentina: “el kirchnerismo” -como una actualización del peronismo - y “la juventud” -como el actor clave de un proceso político que se percibía en marcha-. Para cerrar este trabajo nos proponemos brindar un análisis sobre las dimensiones simbólicas e identitarias que han intervenido en los procesos de organización estudiados en el marco de la experiencia militante del *Frente de Secundarios*. Nuestro punto de partida han sido los significados producidos en torno dos eventos conmemorativos -el 24 de marzo y el 16 de septiembre- así como las reivindicaciones en torno al “peronismo” y a la “Juventud Peronista”, que emergieron como parte de la retórica de construcción de un “nosotros” para este grupo de jóvenes.

TRAYECTORIAS HETEROGÉNEAS EN LA CONSTITUCIÓN DE UN *NOSOTROS*

Aunque la familia no ha sido el único factor, ni el más determinante en todos los casos a la hora de participar en política (Núñez, 2008), algunos comentarios vertidos en entrevistas nos ofrecen una entrada para explorar los modos de inicio en la militancia apelando a una narrativa que ubicaba la posición personal como inscripta en los intereses o la historia familiares. Así, una joven señalaba:

Yo vengo de una familia re-gorila que me manda a un colegio bien gorila (risas). Pero mi abuelo era peronista y dicen que en la casa siempre había discusiones sobre si Perón era bueno o si Perón era malo. Más cuando estaba mi abuelo. Mi mamá en su juventud le interesaba la política, pero después cuando ya se casó con mi viejo que es de una familia gorila ya no. Lo que sí, ella una vez me contó que una vuelta vio una camioneta de donde bajaban unos tipos, no sé... que para ella eran Montoneros, ella era chica, que se yo, diez años, que sintió como una admiración. Pero eso... mi vieja nunca militó y la realidad es que a mí me mandan a un colegio privado re anti K. (Conversación con Florencia en UB del barrio, junio de 2013).

Por su parte, otra joven nos contaba:

Mi familia es una familia de tradición de izquierda, del PC, del socialismo. O sea que Pino era... Pino era la esperanza... Para los viejos que resistieron en los noventa... digamos, Pino era la esperanza, 'bueno, vamos a votarlo'. Yo no lo quería. Yo no lo quería. Es más, me acuerdo de que mi mamá había sido la única que había votado a Heller en esas elecciones. En esas elecciones estaba Heller por el FPV⁶⁴ y todos los demás a Pino. Entonces yo con la única que estaba era con mi mamá, yo a los demás les decía que no, que no, que no podía ser. (Entrevista a Ludmila, noviembre de 2014).

Los sentidos expresados en estos relatos dejan entrever aspectos de la propia biografía que iluminan lo que parece ser un involucramiento progresivo en el cual se pusieron en juego situaciones personales, decisiones familiares como asistir a “un colegio bien gorila” y la reivindicación de determinados símbolos y alineamientos (Montoneros, Perón, tradición de izquierda, PC, etc.). Otro relato que nos aporta claves para decodificar el involucramiento político de estos jóvenes a partir de su identificación con el peronismo nos lo da un joven nacido en el seno de una familia peronista y para quien los sentidos en torno a la política y la militancia estuvieron presentes a lo largo de su vida. Hijo de un dirigente que fue Secretario General de la Juventud Peronista, hablándoles a sus compañeros a la vez que se enmarcaba dentro del peronismo brindaba una interpretación sobre sus “fines”:

Para nosotros, los peronistas, el fin nunca puede ser la revolución. El fin nunca puede ser el Estado Socialista o el Estado Peronista. El fin es la felicidad del pueblo. El bienestar del pueblo. Romper las desigualdades. Ese es el fin. Y el socialismo, la revolución, el peronismo son los medios que tienen los pueblos y que te da la historia. Y ahí está el accionar de la derecha. ¿Que cómo hace? Divide. Cerca. Y aniquila. Ese es el accionar de la derecha y así actúa (Santiago, en reunión con otros jóvenes, diciembre de 2012).

Estas observaciones pueden ser complementadas con los sentidos dados al “ser peronista” a partir de referencias concretas sobre ser “herederos de Perón y Evita”:

⁶⁴ Las siglas aluden al Frente Para la Victoria, coalición política que presentó la candidatura presidencial de Néstor Kirchner en el año 2003.

Puede que suene un poco fanática, ¿no? Pero mismo Evita lo decía aludiendo al fanatismo. Pero yo sigo considerando que La Cámpora... o sea, tenemos que tener muy en claro que es un lugar de construcción de identidad, y que si decimos que somos los herederos de Perón y de Evita tiene que estar demostrado con hechos. En el colegio y en el barrio. En todos lados. Todos los días. (Camila en reunión con otros jóvenes, diciembre de 2012).

Estos relatos sintetizan orígenes familiares y expectativas personales que nos permiten acercarnos a la posición subjetiva respecto del propio involucramiento, pero también exponen puntos de referencia simbólicos alrededor de los cuales los sujetos fueron elaborando un “nosotros”. Tanto el “somos peronistas” como la consigna “llegó la *Jota Pe*”, nos invitan a pensar en el concepto de “comunidad” (Anderson, 1983) para comprender los modos en que los sujetos construyen ese “nosotros”, a partir de mecanismos que los llevan a imaginarlo como “limitado” y a compartir un sentimiento de pertenencia para el cual “crean”, “evocan”, “inventan” un conjunto de símbolos, rituales y objetos culturales que le confieren identidad.

Si bien los lugares de militancia descritos a lo largo de los capítulos habilitaron procesos y modos de relación que construyeron el aspecto colectivo de la subjetividad política, creemos que la reivindicación de determinadas “memorias” ha sido el mecanismo por excelencia para la elaboración de un “nosotros compartido”. Siguiendo con la premisa de ir desplegando los “lugares” que fueron constituyendo la militancia de estos jóvenes, debemos jerarquizar la importancia de las *marchas*, actos partidarios y eventos conmemorativos a los que asistían cotidianamente, no solo porque demandaban gran parte de su tiempo y energías, sino por la centralidad de estos eventos en los procesos de politización analizados. En los apartados que siguen nos proponemos reflexionar en torno a las dimensiones simbólicas y rituales que intervinieron en la producción de un “nosotros” a partir de dos eventos conmemorativos que nos permiten precisar con más detalle estos procesos.

“EL 24 DE MARZO”. LA PRODUCCIÓN DE GENEALOGÍAS Y EMBLEMAS DE IDENTIDAD

Uno de los eventos conmemorativos relevado en el marco de esta investigación, estuvo dado por el conjunto de actividades realizadas con ocasión de un nuevo aniversario del “24 de marzo” –fecha que rememora el inicio de la última dictadura militar en nuestro país-. Estas

actividades, incluían una compleja trama de acciones e interacciones que precedían y trascendían a ese día, e iban desde la organización de actos de homenaje en las *unidades básicas* y lugares públicos, la difusión de *flyers* con la efeméride en redes sociales, convocatorias a través de grupos a “la marcha del 24”, la producción colectiva de murales alusivos a la fecha, así como la realización de reuniones organizativas para definir la logística de la *marcha* y del acto de cierre, entre otras actividades que demandaba la participación en este tipo de espacios.

En el plano oficial, las “ceremonias conmemorativas” (Braun, 1994) en torno al “24 de marzo” se inauguraron con la institución por ley del “Día Nacional de la Memoria”⁶⁵, estableciéndose como feriado nacional y siendo hasta el año 2015 ocasión para la organización de festivales, actos, muestras de arte, recitales, concursos, etc. Como parte de las iniciativas de gobierno, las conmemoraciones oficiales nos permiten advertir la intencionalidad del Estado en la producción de una “narrativa maestra de la Nación” (Segato, 1999) que define límites, inclusiones y exclusiones para la configuración de un “nosotros”. La participación de distintas organizaciones políticas en este tipo de eventos pone de relieve no sólo la existencia de vinculaciones, interpelaciones y límites difusos entre las organizaciones y el Estado, sino que nos muestra la dimensión política, plural y controvertida de la producción de la “memoria”. El conjunto de “textos” producidos a partir del entramado dado entre las actividades llevadas adelante por las organizaciones y el Estado, además de traer al presente los sucesos trágicos de la dictadura -para recordar, repudiar y decir “nunca más”- puede ser leído como un nuevo hecho político en sí mismo puesto que visibiliza las disputas en el campo ideológico de la que participan diversos actores. Lejos de tratarse de gestos aislados, las iniciativas desplegadas en este tipo de eventos “integran una suerte de trama intertextual e interritual con otros rituales públicos, con otras ceremonias políticas y del Estado” (Jaume, 1998: 68).

Desde esta perspectiva conceptual, vamos a referirnos a los sentidos desplegados por distintos actores en la jornada del 23 de marzo de 2013, día que tuvo lugar el plenario nacional de *secundarios* de La Cámpora. Dicha jornada se llevó adelante en la “Casa de la Militancia”

⁶⁵ La ley que instituyó el 24 de marzo como Día Nacional de la Memoria por la Verdad y la Justicia fue sancionada el 1 de agosto de 2002, en conmemoración de quienes resultaron víctimas del proceso iniciado en esa fecha del año 1976.

-sede de la agrupación HIJOS- que funciona en el predio donde se encontraba emplazada la Escuela de Mecánica de la Armada (Ex ESMA), uno de los mayores centros clandestinos de detención, tortura y exterminio de personas de la última dictadura militar en Argentina. Esta jornada, a la que asistieron jóvenes *secundarios* de La Cámpora de todo el país, fue inscripta en el marco de la agenda de actividades realizadas en torno al 24 de marzo de ese año, cuyo evento central lo constituiría “la marcha del 24”, de la que iba a participar el *frente* junto a toda la *organización*, en un cronograma y recorrido bien estipulado que arrancaría con una concentración al mediodía en las intersecciones entre la Avenida de Mayo y la Avenida 9 de Julio, para marchar luego a la Plaza de Mayo, donde habría un cierre de la jornada con oradores.

El acto de apertura del plenario estuvo a cargo de tres integrantes de la *Mesa Nacional de Conducción*, una joven del *Frente de Secundarios* de la provincia de Mendoza y un entrenador deportivo, simpatizante de la *organización*, quien hacía muy poco había obtenido galardones internacionales llevando a la Selección Nacional de Hockey Femenino a ser campeona mundial. Los discursos pronunciados en aquella ocasión por los dirigentes -entre ellos, una diputada nacional de alrededor de treinta años, un diputado y un funcionario de casi cuarenta-, hicieron referencia a las cualidades de la juventud como “motor de cambio”, a la necesidad de formarse para el “trasvasamiento generacional”, y en tono de humorada aludieron a la “usurpación” que hacían ellos de la categoría “joven”, puesto que estos dirigentes tenían en ese entonces entre treinta y cuarenta años. Si bien eran vistos como “compañeros con responsabilidades de conducción”, al tratarse de figuras que ocupaban cargos legislativos en el parlamento y de gestión en el poder ejecutivo nacional, su volumen político estaba dado también por representar a las “primeras líneas” de la fuerza política gobernante.

El sitio se encontraba acondicionado con banderas de La Cámpora que estaban colgadas en las paredes y al pie del escenario. La mayoría de los jóvenes vestía remeras que los identificaban como “secundarios”, mientras que otros y otras -unos pocos- tenían puestas pecheras que indicaban su rol como parte de “logística” y “organización” del evento. De tanto en tanto, de acuerdo con el tópico, el tono, o las diversas evocaciones en los discursos, la militancia de *secundarios* se encendía y entonaba cánticos como “No lo pudo López Rega.

No lo pudo Isabel. No pudieron los milicos. Acá está la Jota Pe”. Otras de las entonaciones repetidas ese día se dirigían a saludar al orador u oradora, como por ejemplo “Atención, atención. Atención, atención, Wado te saludan los soldados de Perón”, dando la bienvenida a un responsable de la *Mesa de Conducción*, en una clara referencia e identificación con la organización Montoneros⁶⁶. Para el cierre del acto se cantó la marcha peronista completa, a la que se le agregó una estrofa final, que actualizaba sus sentidos incluyendo eventos del pasado reciente. Así, con renovada capacidad para galvanizar las emociones de todos aquellos que se encontraban presentes se pudo escuchar aun con más énfasis que el que se utilizó en las primeras estrofas: “Resistimo’⁶⁷ en los noventa, volvimo’ en el 2003, junto a Néstor y Cristina, la gloriosa Jota Pe”. De este modo, con los dedos en “v”, un grupo significativo dispuesto en el centro del espacio, haciendo “pogo⁶⁸” y contagiando a los que estaban más cerca a sumarse, finalizaba la apertura del plenario nacional. Como signo de clausura de este acto, los *referentes* bajaron del escenario y se mezclaron con otros *responsables* o *dirigentes* (todos ellos varones) que no habían participado en calidad de oradores, pero se habían mantenido al costado o cerca del escenario.

La función de este conjunto de rituales y discursos parece haberse orientado a instituir una suerte de “continuidad” con quienes fueron jóvenes en el pasado. Si bien se trataba de manifestaciones de carácter performativo, las reivindicaciones en torno a la generación de jóvenes de los setenta operaron en la construcción de un “emblema de identidad” -esto es, “puntos de referencia simbólicos” que funcionan como “recursos para reconocerse” (Balbi, 2007: 221)- a partir del establecimiento de una “filiación”: somos quienes “resistimos” y “volvimos”, somos “la gloriosa Jota Pe”. A su vez, los espacios claramente delimitados – dirigentes, por un lado, jóvenes por otro- contribuían a reforzar la legitimidad de estas reivindicaciones. En ese sentido, la presencia de *referentes* de la *conducción* tuvo como propósito “cohesionar el marco de significados y las propuestas políticas e ideológicas” (Manzano, 2007: 79) para ser transferidos a los más jóvenes. Sin embargo, ha sido el discurso

⁶⁶ Si bien existe amplia bibliografía al respecto, citamos aquí el trabajo de Richard Gillespie (1982) “Soldados de Perón. Historia crítica sobre los Montoneros”, que ya en el título alude a la apelación a esta categoría castrense para identificar a los miembros de la organización Montoneros.

⁶⁷ En la pronunciación hay una aspiración de la consonante “s”, que de ese modo no se escucha.

⁶⁸ Se trata de una forma de interacción y expresión de origen juvenil, que comúnmente se realiza en los recitales de rock. La misma consiste en hacer movimientos frenéticos en los momentos en los cuales la música es más intensa, haciendo gestos con el cuerpo o empujando a los que se tienen cerca para integrarlos al acto performativo de una forma enérgica pero amistosa.

de uno de ellos –en aquel entonces diputado nacional e hijo de desaparecidos- el que terminó de conferir unidad a los sentidos desplegados en aquel evento. El que sigue es un pasaje del mismo:

Buenos días... compañeros y compañeras. Recién pensaba, ¿no? Que... que bueno que es estar en esta casa que es la sede de HIJOS en la ESMA. Que es una sede... HIJOS nunca tuvo sede, nunca tuvo un lugar donde discutir, juntarse. Me tocó militar en HIJOS allá por el 97, fines del 96, cuando la policía te perseguía, cuando la SIDE era quizás un juego, ¿no? Para ellos era encontrar a los hijos de los subversivos en esa época que el Estado era quizás el principal mentor de la persecución de todos los grupos políticos juveniles. Y la verdad que hoy ver como el Estado recuperó la ESMA, ver como ustedes, una generación que se incorpora a la política con esta primavera, ver cómo podemos generar quizás nosotros ya este encuentro con otra generación me conmueve mucho (...) como muchos saben esa organización política que nació quizás a fines de los 60 y a principios de los 70, tiene que ver mucho con esa juventud (la de los '90). Esa generación que peleó por la vuelta del General Perón, esa generación que le dijo no a la proscripción del peronismo, esa generación que se la jugó, esa generación que tenía valores, esa generación que también tenía una coyuntura similar a la nuestra en los 90 pero por ahí mucho más, no sé mucho más trágica.

En este fragmento de la exposición, “lugar”, “sujeto de la enunciación” y “discurso”, parecen constituir una unidad indisoluble de sentidos que operaron en la misma dirección, ofreciéndonos varios elementos para el análisis de la dimensión identitaria. Además de la densidad simbólica contenida en un espacio como el que representa la ex ESMA⁶⁹, la elección de este lugar para el “encuentro” entre varias generaciones, nos muestra los intentos por constituir lo que Pierre Norá definió como “*lieu de mémoire*” (Norá, 1989) que, a partir de la elaboración de una “genealogía” buscó enlazar a las generaciones de los setenta, los

⁶⁹ El predio en el que en la actualidad funcionan diferentes sedes de organismos de Derechos Humanos, pertenecía a la Escuela de Mecánica de la Armada (ESMA) y fue expropiado por el Gobierno Nacional a poco de asumir en mayo de 2003. En aquel entonces, el destino de tal expropiación fue objeto de numerosos debates que se orientaron a buscar el mayor grado de consenso y legitimidad para definir sus usos sociales, aunque también fue la oportunidad para disputar sentidos en torno a las funciones de la memoria (Vezzetti, 2006).

noventa y la del presente. Al constituirse en escenario para la exposición de un discurso pronunciado por una víctima del terrorismo de Estado, este espacio reforzaba recíprocamente el carácter de lugar socialmente significativo y la potencialidad de “lo dicho” para investir de sentidos específicos a la interpretación del pasado. Al tratarse de un “hijo de desaparecidos”, quien “enunciaba” también “denunciaba” en su carácter de “autoridad moral” (Tozzi, 2009). Como un vocero del pasado, la presencia de este dirigente realzaba la legitimidad de la “verdad social” de este modo instituida. A su vez, resulta interesante la estrategia discursiva puesta a ofrecer un contraste entre su propia incorporación a la política y la de los jóvenes que colmaban el auditorio. Sus palabras marcaban una distancia con el escenario de los años noventa, así como la afinidad entre la generación de los setenta y la del presente. En efecto, al promover una interpretación de aquel contexto -entendido como de “repolitización” de los jóvenes- en términos de una “primavera”, el sujeto de la enunciación proponía una equivalencia entre el escenario presente y el de los setenta, estableciendo una intermediación cronológica que enfatizaba la “línea histórica” y semántica, en el sentido de dejar sellada la relación con los “ancestros”.

Como vehículo de la dimensión simbólica que interviene en los procesos de significación colectiva, el formato elegido -un discurso dado desde un escenario en altura a una masa de jóvenes que se encontraba dispuesta en un espacio amplio en un nivel más abajo- funcionaba como un dispositivo a través del cual las “generaciones mayores” transferían a las “nuevas generaciones” un código para la lectura del pasado como parte de un proceso de socialización de sentidos e institución de un “nosotros”. La apelación a “la generación que luchó por la vuelta del General Perón, que se la jugó, que tenía valores”, al mismo tiempo que establecía una “genealogía” introducía “un principio de unificación” (Balbi, 2007) resaltando los sentidos de “entrega” y “heroísmo”, así como el carácter de “gesta” de las acciones evocadas, en tanto modelo de referencia que los jóvenes de *secundarios* debían imitar. El sentido dado a estas apelaciones era reforzado por los cánticos con los que al unísono y con relativa frecuencia el grupo de jóvenes interrumpía al orador, mostrando de manera exultante la adhesión a los valores puestos en circulación.

Estas reflexiones nos permiten constatar, por un lado, la existencia de un trabajo colectivo en la construcción de la memoria, del que participaron tantos los jóvenes de *secundarios*, los dirigentes de la organización, pero también el gobierno en sus intentos por hegemonizar la

producción de sentidos en torno al pasado. La operación fundamental de estas interlocuciones, a través de la cual un referente de mayor edad socializaba un conjunto de nociones y sentidos acerca del pasado ha sido la de otorgar profundidad histórica a un escenario que también era presentado como “de lucha” y, de este modo, a partir de la “continuidad” operada, confería legitimidad a las acciones del presente. Así, las fórmulas para significar “la política al servicio de una causa” tomando como modelo a los jóvenes del pasado, una vez establecidas las “filiaciones”, funcionaron como valores para instituir los compromisos y orientar la acción en el presente. Asimismo, sirvieron para actualizar los términos de una confrontación a partir de la constitución de un “nosotros” en escenarios políticamente polarizados. De este modo, recuperar la memoria de los jóvenes de los setenta fue una estrategia válida para presentar la agenda de acciones y lineamientos *bajados* por la *conducción* como tributaria de los proyectos políticos de la juventud de los setenta. En aquel contexto, todo el aparato simbólico y ritualístico fue puesto a disposición de apuntalar las iniciativas parlamentarias que llevaron adelante diputados de la fuerza política de gobierno. En ese sentido, la exposición del dirigente, además de dar cuenta del “linaje” y el “nosotros”, activó el aspecto moral de acción política:

Ustedes, que tienen entre doce, trece y dieciocho años. Ustedes también tienen que valorar algo que a mi humilde entender es muy importante. Ustedes tienen que tener la conciencia de lo que significa este lugar. Tienen que tener la conciencia de lo que costó que hoy estemos discutiendo en un plenario de secundarios en la ESMA. Es muy fuerte si se ponen a pensarlo. Es muy fuerte si se ponen a pensar, después de la maravillosa marcha que van a vivir mañana, es muy bueno que se pongan a reflexionar, todo lo que nos costó, al resto de las generaciones que seguimos peleando, que hoy se pueda hacer un plenario en la ESMA. Mis padres murieron, en el '77 y en el '78 por esto. Porque hoy ustedes puedan estar acá en la ESMA.

En base a lo expuesto podemos afirmar que la apelación a símbolos e imágenes del pasado, además de haber sido una vía para sostener “la magia de la unidad” (Jaume, 1998), ofrecía la oportunidad para legitimar las acciones del presente no sólo al presentarlas como la consecuencia del pasado –“mis padres murieron para que hoy ustedes puedan estar acá”- sino

como la posibilidad de transferir a las nuevas generaciones lo que dejaron pendiente las del pasado y, aunque con otras “armas”, llevar adelante “la revolución”. En este marco de sentidos, el dirigente finalizó:

Hoy ya no es la pelea con armas. Hoy para hacer la revolución hay que laburar. Hay que trabajar, hay que militar, ustedes se tienen que formar (...). Somos felices peleando. Somos felices madurando. Somos felices resolviendo los problemas de la gente. Y es importante esto. Lo quiero remarcar porque creo que de lo que ustedes puedan internalizar, depende el futuro de nuestra organización, ¿no? Eso como reflexión (...) Pero hay algo muy jodido que comenzó la semana pasada y es una campaña de demonización encargada por Héctor Magneto (silbidos). (...) Entonces, ante esto, nosotros le tenemos que responder con más militancia. Le tenemos que responder llenando las urnas de votos, que son nuestras únicas armas. Nuestras armas son los votos ¡Y ahora, con el voto a los dieciséis, ustedes se tienen que encargar de llenar las urnas compañeros! Háganse cargo, háganse responsables, hay que ir secundario por secundario, avanzar y convencer a los más de ocho millones de jóvenes, que son el ocho por ciento. ¡Ustedes van a ser responsables de meter un ocho por ciento más de votos compañeros! ¡Háganse cargo, discutan y disputen la conducción como corresponde!

Si hay algo que resulta interesante de esta cita es que la “continuidad” resuelta entre los jóvenes del pasado y los del presente -haciendo un paralelismo entre las “armas” y los “votos”-, es activada para instituir una responsabilidad atribuida “desde arriba” para “convencer a los más de ocho millones de jóvenes”. Así, al cerrar la intervención, no quedan dudas respecto del significado de su mensaje para la acción:

Tenemos los valores de los compañeros de los sesenta, tenemos la convicción, tenemos la militancia. Vayamos a buscar votos y reventemos las urnas para seguir dándole una oportunidad a nuestra conductora, la presidenta Cristina Fernández de Kirchner, para que pueda decidir el futuro de este proyecto nacional y popular. Muchas gracias.

Estas consideraciones nos permiten afirmar que la “politicidad” puesta en juego en la construcción de las memorias “se encuentra menos en las claves de interpretación del pasado, que en su articulación con las relaciones de poder y las luchas políticas que se libran en el momento de la enunciación” (Calveiro; 2012: 21). Si bien, como “hijo de desaparecidos” su sola presencia podía operar como un “significante en exhibición” (Savigliano, 1994), el discurso de este referente, militante de la organización, diputado e hijo de desaparecidos, no solo se orientó a sellar la relación filial “tenemos los valores de los compañeros de los setenta”, sino que dejó instalado el marco de la contienda política electoral de aquel entonces. Así, la estrategia discursiva orientada a unificar una interpretación del pasado, proporcionando “emblemas de identidad” y estableciendo una “genealogía” para una “comunidad de referencia” (Frederic, 2004), crearon un efecto de verdad destinado a legitimar las batallas políticas del presente.

“LA NOCHE DE LOS LÁPICES”. LA CONSTRUCCIÓN DE UNA ALTERIDAD HISTÓRICA

Si como vimos en el apartado anterior, las referencias al pasado se orientaron a actualizar los términos de las luchas políticas del presente, las apropiaciones hechas sobre el “16 de septiembre” –“Día Nacional de la Juventud”- tendieron a reforzar estas operaciones. En este punto recuperamos el concepto de “memorias en disputa” (Calveiro; 2012) que, además de dar cuenta de la existencia de interpretaciones plurales y conflictivas acerca del pasado, permite poner el foco en el valor de sus significados políticos para la acción presente. A partir de la idea introducida por este concepto vamos reflexionar en torno a la dimensión política de las interpretaciones y reelaboraciones de aquel hecho trágico ocurrido en nuestro país en la madrugada del 16 de septiembre de 1976.

Si bien se trata de una serie de acontecimientos ampliamente conocidos, “la noche de los lápices” se inscribe como parte de una conmemoración de carácter oficial recién en octubre de 2014, a partir de la sanción de la Ley 27.002 que establece el “Día Nacional de la Juventud”, instituyendo en su artículo primero la “conmemoración de la denominada Noche de los Lápices”. Hasta ese entonces las recordaciones en torno a estos sucesos estaban sujetas a la decisión de los establecimientos escolares de las provincias que sí habían establecido la

conmemoración de esa fecha⁷⁰, así como de iniciativas de organizaciones de derechos humanos y agrupaciones juveniles por fuera del ámbito educativo institucional.

Recordemos que el 31 de octubre de 2012 se sancionó en la Cámara de Diputados la ley conocida como del “voto joven” que habilitó a las personas de entre dieciséis y dieciocho años, no contempladas en el viejo Código Civil, a participar de los procesos electorarios. Un mes antes de la sanción de esta ley, había tenido lugar en la Ciudad de Buenos Aires un acto de gran masividad para conmemorar y homenajear a los jóvenes desaparecidos de “la noche de los lápices”. Del mismo participaron los secundarios de La Cámpora, referentes políticos, personas víctimas de la dictadura, funcionarios/as, legisladores y militantes de distintas organizaciones kirchneristas. Como parte de la organización del acto se montó un escenario frente a la sede de la Jefatura de Gobierno porteña y distintos representantes de las ramas estudiantiles de las organizaciones kirchneristas que formaban parte del espacio Unidos y Organizados fueron los protagonistas. All , los discursos de los oradores se dirigieron a enfatizar el carácter de “entrega” y “compromiso” de los estudiantes desaparecidos, reforzando nuevamente las continuidades entre las luchas del pasado y las del presente y, en muchos casos, inscribiendo las iniciativas políticas del gobierno nacional como “herederas” de los ideales de aquellos jóvenes presentados como “mártires de lucha”.

En el marco de este evento, resulta pertinente destacar un hecho en particular. En una suerte de empresa de “contrahistoria” las fórmulas discursivas de jóvenes y demás participantes de aquel acto se encaminaron a resignificar los motivos por los que los estudiantes de La Plata fueron secuestrados y asesinados. Recordemos que la versión más difundida, afianzada por una película estrenada a mediados de los años ochenta⁷¹, relata que el secuestro y desaparición de estos jóvenes se dio como consecuencia de sus reclamos exigiendo la gratuidad del boleto estudiantil secundario. Las imágenes mostraban a un grupo de jóvenes en pleno proceso de organización en su colegio para reclamar por ese derecho. Esta versión enfatizaba más bien los rasgos de ingenuidad de los estudiantes de La Plata y tendía a

⁷⁰ Un ejemplo de ello es la Provincia de Buenos Aires que, a instancias de una propuesta de la Comisión Provincial por la Memoria, estableció la fecha como el “Día de los Derechos del Estudiante Secundario” (Ley N.  10671) en agosto de 1988.

⁷¹ “La noche de los lápices” es una película argentina dirigida por Héctor Olivera y estrenada el 4 de septiembre de 1986.

focalizar en la crueldad del aparato dictatorial que se metió con “jóvenes inocentes”. Aunque el nudo de la historia difundida por la película persiste con fuerza en la actualidad, en ocasión del evento realizado en 2012 nos fue posible relevar otros hilos argumentativos que disputaron los sentidos sobre los objetivos de lucha y movilización de aquellos jóvenes. Así, en el marco de aquel encuentro, al ser consultado por lo que le parecía relevante de aquellos acontecimientos, un joven del *frente* nos señalaba:

Lo que se conoce de la noche de los lápices, que es lo que te dicen en la escuela y demás, es que ellos peleaban por el boleto estudiantil y por eso los desaparecieron. En realidad, eso no es así. Es un mito. Los chicos de la Noche de los Lápices no peleaban por un boleto estudiantil y nada más. En realidad, ellos militaban por una patria justa, libre y soberana como la que estamos construyendo nosotros. (Conversación con Martín en acto conmemorativo, 16/09/2012)

En tanto otra joven, en este caso ubicada en el escenario montado para el acto, se dirigía a los asistentes enfatizando:

Como estudiantes secundarios y jóvenes, es una responsabilidad muy importante la que tenemos, es un compromiso con la UES de los setenta, hoy estamos en tiempos más fáciles para hacer política, pero con los mismos desafíos. Estamos para exigir justicia y militar todos los días para que la juventud nunca más pueda ser reprimida como en los setenta. (Discurso de Sofía en acto conmemorativo, 16/09/2012).

Otro joven, también desde el escenario, evocándolos como “nuestros compañeros”, acotó lo siguiente:

Porque nuestros compañeros lucharon por un mundo mejor. Por una patria más justa. Y nosotros tenemos que tomar su ejemplo para honrar su memoria, pero también porque estamos en un momento, una sociedad como la que ellos querían. Que se lo debemos a Néstor y Cristina. Por suerte hoy los jóvenes estamos todos juntos levantando las mismas banderas

de aquella época y nuevas banderas y entendemos que organizándonos todos tenemos más fuerza para pelear.

Como podemos advertir, los relatos citados tendieron a extender los límites de una “continuidad imaginada” al inscribir la militancia de los estudiantes de “la noche de los lápices” como parte de una lucha política más amplia que persiste en el presente. Al evocar la consigna de “una patria justa, libre y soberana” se buscó (re)politizar la acción de aquellos jóvenes que entendían había sido desinvertida de su dimensión conflictiva al ser presentados como estudiantes que reclamaban solamente por el boleto estudiantil. A través de estos giros discursivos, los jóvenes desaparecidos eran presentados como “modelos ejemplares” de militancia puesto que “su lucha”, por la que entregaron “sus vidas”, no estuvo puesta a disposición de un interés sectorial -el de los estudiantes- sino en función de los de “la Patria”.

Un año después, en el acto conmemorativo de 2013, esta vez realizado en la Ciudad de La Plata, dos intervenciones reiteraron estos sentidos:

Hay que terminar con el mito de una Noche de los Lápices despolitizada. Hoy celebramos todo lo ganado, que se vota en un país a los dieciséis, donde todos tienen trabajo, donde hay Asignación Universal por Hijo, donde la escuela se termina, donde podemos enamorarnos de quien queremos porque hay Ley de Matrimonio Igualitario. Este 16 de septiembre no es una fecha folklórica. Es una fecha para seguir peleando por todo lo que falta. (Discurso de la Decana de la Facultad de Periodismo de la Universidad Nacional de la Plata).

La otra intervención se produce en el cierre del acto:

Se puede conmemorar este año con más verdad y justicia porque el año pasado fueron condenados los represores del caso Camps (...) Que se haya permitido el voto de los jóvenes de 16 años que permite elevar la voz de los jóvenes, la contracara de lo vivido hace 37 años (...) Nosotros éramos militantes políticos, todos éramos de la UES, una agrupación peronista que adhería a Montoneros y que en el '76 particularmente nos oponíamos a la dictadura (...) No éramos inocentes, pedíamos que se vayan los militares, y siempre mantengo eso, ya

que es parte de la historia y la memoria, que no hay que olvidar ni borrar". (Discurso de Emilce Moler, sobrevivientes de "la Noche de los Lápices").

A partir de estos relatos, no sólo se observan los intentos por restablecer -como en el ejemplo anterior- la continuidad de los vínculos que reafirman un pasado común, sino la vigencia de los compromisos que movilizaron a aquellos jóvenes ligándolos con los de los jóvenes del presente. A través de estas operaciones, los estudiantes de "la noche de los lápices" eran convertidos en ejemplos a seguir y demarcadores simbólicos que organizaban una alteridad histórica: un "nosotros" y un "ellos" que continuaba hasta el presente. Así, en una crónica extraída de la página web⁷² de La Cámpora, puede advertirse tanto la indiferenciación entre "compañeros actuales" y "compañeros pasados," así como la intertextualidad y yuxtaposición puestas en juego en estas operaciones de actualización de las que participaban tanto las organizaciones como el Estado para producir una unidad de concepción en torno al pasado.

Los compañeros de La Cámpora La Plata realizaron el 16 de septiembre una movilización, en conmemoración del 38 aniversario de La Noche de los Lápices, tragedia ocurrida en la ciudad de La Plata, donde compañeros que reclamaban por el boleto estudiantil fueron detenidos, torturados y desaparecidos. Asimismo, se homenaje  al Día Nacional de la Juventud. Los compañeros y compañeras se concentraron en Plaza Italia, para desde ahí trasladarse en movilización hasta Plaza San Martín dónde se realizará el homenaje a los compañeros desaparecidos en La Noche de Los Lápices y dónde también, la Subsecretaría de Juventud del Ministerio de Desarrollo Social de la Nación organizar  un festival con motivo de celebrarse el Día Nacional de la Juventud.

Aunque la otra parte del antagonismo no es nombrada, en la indiferenciación entre "compañeros actuales" y "compañeros del pasado", se repuso una alteridad que tuvo eficacia política en el presente de los jóvenes. Para ello, los sujetos se vieron compelidos a abreviar en una reserva de ejemplos, de símbolos y de precedentes dramáticos, que pusieron al pasado

⁷² Disponible en: <http://www.lacampora.org/2014/09/18/a-38-anos-los-lapices-siguen-escribiendo/>

en movimiento y lo impulsaron a competir con otras interpretaciones posibles. Como ha señalado Quattrochi (1995) los mitos deben ser siempre narrados. Cuando se nombra a “los compañeros desaparecidos”, cuando se insiste en que “luchaban por una patria justa, libre y soberana” o se evocan las circunstancias trágicas de su muerte, se recrean los vínculos entre el pasado y el presente, entre “la gloriosa Jota Pe” y La Cámpora. Así, estableciendo una continuidad que permitió afirmar los lazos con el pasado y legitimar un “linaje”, no sólo se construyeron los puentes que unieron a distintas generaciones, sino que se actualizó la vigencia de los sentidos de las luchas políticas pasadas en el contexto presente.

A partir de los ejemplos proporcionados, podemos sugerir que, en tanto sujetos autorizados en el campo ideológico de disputa por los sentidos, los jóvenes de *secundarios* participaron activamente de las operaciones selectivas que han tenido por función principal “restituir en la vida política corriente la presencia del glorioso recuerdo de sus orígenes” (Augé, 1995, 116). Sin embargo, este pasado, y la reivindicación de determinados sentidos en torno al mismo, se insertaron con eficacia simbólica en las disputas políticas de ese entonces. Así lo demuestra el hecho de que un mes y medio después de los actos conmemorativos de septiembre de 2012 fue sancionada la ley de “voto joven”. Sólo teniendo en cuenta el valor de estas interpretaciones para la contienda política del presente, pueden tornarse comprensibles las palabras de una diputada nacional perteneciente al partido gobernante, quien al sancionarse la norma señaló que “dar el voto a los jóvenes significa reivindicar las banderas de los desaparecidos y saber que serán los jóvenes que se preparan para seguir llevando las banderas hasta la victoria siempre”.

Si bien la reivindicación de la militancia juvenil de los años setenta ha sido uno de los campos semánticos desde donde el gobierno definió las políticas del pasado y la memoria, la manera en que estos jóvenes se apropiaron de los símbolos puestos en circulación fue la resultante de los modos en que fueron definiendo sus acciones, vínculos e interacciones en el marco de su experiencia militante. Además de un “nosotros”, los usos y resignificaciones del pasado proveyeron fundamentos y orientaciones a los cursos de la acción. Un ejemplo de ello lo constituye la militancia por el “voto a los dieciséis” que pudo inscribirse como “continuidad” de una agenda pendiente, la de los jóvenes de los setenta, o como parte de una conquista más amplia, la de las “nuevas generaciones” que trasciende a toda época. Estas interpretaciones

nos llevan a considerar la “dimensión política de la memoria” (Calveiro, 2012) mostrándonos la importancia de los significados del pasado en relación con las disputas políticas de ese entonces. Desde esta perspectiva, los sentidos enfatizados en las conmemoraciones del “24 de marzo” y “la noche de los lápices”, se ubicaron como parte de las disputas del campo político ideológico y, al menos potencialmente, habilitaron un espacio simbólico para la construcción de un antagonismo cuanto menos conceptual. Ambos eventos fueron el material de base para “reclasificar” el significado de pasados políticamente conflictivos, pero cuyas interpretaciones han estado sujetas a los avatares del presente. En estas operaciones, no sólo se puso en juego la posibilidad de reivindicar “una versión” de la historia sino también la de ser vehículo para la expresión de determinados intereses y disputas.

A MODO DE CIERRE

Aunque la Antropología ha conceptualizado los rituales públicos atendiendo mayormente a sus funciones en los procesos de reproducción social o como dispositivos para convalidar los sistemas de jerarquías de los grupos, parece lógico situar dentro de este tipo prácticas y recursos discursivos aspectos relativos a la dimensión del poder. Como ha postulado Elizabeth Jelin, al producir efectos materiales, simbólicos y políticos, es probable que las operaciones tendientes a reinterpretar el pasado y las memorias cobren un papel no desdeñable en la definición de las luchas por el poder. En ese sentido, más que un producto dependiente de determinados intereses, la memoria es “simultáneamente parte activa en la construcción y expresión de los mismos” (Jelin, 2012: 47).

Como podemos advertir, las formas discursivas y performáticas a través de las que se establecieron los “principios de continuidad” entre quienes eran militantes en el pasado y quienes en ese momento se estaban formando como sujetos políticos, nos muestran que, por la vía de la militancia, los jóvenes de *secundarios* se apropiaron de determinados símbolos que reafirmaron una pertenencia identitaria y un sentido de “unidad”. Integrándose como *militantes* a un proyecto político que aspiró a hegemonizar las formas de construcción de “la Nación”, estos jóvenes -a través de sus prácticas y discursos- fueron parte activa en la producción de determinadas narrativas del pasado y la memoria. Aunque por este medio participaron de los procesos de construcción de hegemonía –ya que sus reivindicaciones en

torno al pasado se inscribieron dentro del marco narrativo común desplegado desde el Estado en años de gobierno kirchnerista- ello no supuso que el sentido de “unidad” y el “nosotros” producido hayan sido recreados en términos nacionales. Su vinculación con estas formas discursivas ha tenido más que ver con la construcción de sujetos políticos que a partir de la apropiación de determinadas claves provistas “desde arriba” operaron en la politización de sus prácticas “desde abajo”.

La politicidad de los actos de (re)interpretación del pasado se pone en evidencia en dos dimensiones, primero al “crear” sujetos políticos –construyendo identidades que permitan expresar un clivaje histórico- y, en segundo lugar, participando activamente de las disputas e intereses en el campo de las luchas por el poder en el presente. Además de evocar y actualizar un pasado y legitimar un “linaje”, los “emblemas de identidad” recreados han servido para asegurar un programa para la acción y encauzarlo dentro de marcos morales. Es de este modo que las dimensiones simbólicas y rituales contribuyeron a dinamizar los procesos organizativos de estos jóvenes, apuntalando posiciones en la contienda política, como en el caso de militar el “voto joven” y la necesidad de atraer votantes que permitan ganar una elección. En este punto, coincidimos con Anne Mische (1998) quien a partir de analizar las estrategias de movilización de las agrupaciones estudiantiles en el Brasil de los años noventa, sostuvo que las identidades nacidas al calor de la actividad militante suelen ponerse al servicio de la organización y la orientación de acciones presentes y futuras. Es en esta clave que podemos comprender los aspectos más dinámicos de la elaboración de un “nosotros” que, entendido como dimensión identitaria, funcionan como vehículo de proyectos que dan definición a los grupos, aunque también imprimen dirección a la acción.

CONCLUSIONES

En un esfuerzo intelectual por comprender lo que en la introducción hemos formulado como las vinculaciones entre “jóvenes” y “política”, esta tesis ha intentado aportar conocimientos sobre los procesos de politización juveniles, emprendiendo un camino de reflexión sobre los modos en que distintas iniciativas, interacciones y pautas organizacionales han intervenido en la formación de un grupo de jóvenes de La Campora como *militantes*, en un contexto en que distintas iniciativas orientaron su ordenamiento como *frente*, que coincidio con la apelacion narrativa del gobierno nacional a la participacion juvenil y un escenario politico controversial.

Los dos primeros capıtulos han intentado aportar elementos para poner en perspectiva la construccion historica y social del problema del que es objeto esta tesis y procurado dilucidar aspectos del campo relacional complejo en el que fue inscripta la presencia de esta organizacion que, en aquel entonces, se constituyo en emblema de las articulaciones conflictivas entre “jovenes” y “politica”. En este marco hemos intentado demostrar que parte de esta articulacion compleja estuvo dada por las reiteradas apelaciones a “la juventud” que hacıa el kirchnerismo como rasgo de su elaboracion narrativa identitaria, pero tambien por la centralidad atribuida a los jovenes como objeto de numerosas politicas, leyes y programas. En aquel entonces el *Frente de Secundarios* no solo encarno al “sujeto joven” de esa organizacion, sino que le puso el cuerpo a importantes disputas que se dieron a nivel legislativo, se constituyo en el “puente” entre la militancia secundaria y la universitaria y tuvo por mision dar continuidad a la memoria de quienes fueron jovenes en los setenta. Siendo los “verdaderos jovenes” de una organizacion que aparecıa como sımbolo de la repolitizacion juvenil, el seguimiento de las iniciativas y pautas organizacionales que fueron dando forma a la militancia del *frente* nos permitio indagar los modos en que un grupo de jovenes se convirtieron en *militantes*, a partir de asumir ciertas “obligaciones” y “mandatos” desde los que se los exhortaba a la participacion y a traves de los cuales instituyeron sus compromisos para la militancia.

Los capıtulos restantes abordan esta experiencia atendiendo a los distintos “lugares” donde se entretejieron los vınculos y tramas relacionales que fueron configurando la militancia de

estos jóvenes y el recorrido propuesto tuvo por objeto iluminar el conjunto de prácticas e iniciativas desplegadas por ellos y ellas en estos “lugares” que describen las distintas “tecnologías del yo” implicadas en los procesos de “cultivo de sí” (Foucault, 1990) para establecer estos compromisos. Orientados a la creación de un sujeto ético particular, los sentidos, nociones y acciones puestos en juego en el marco de esta experiencia nos han permitido evocar los caminos de construcción personal que hacen a la subjetivación política y que van creando las disposiciones para la acción. Sin embargo, llegados al final de este trabajo, creemos importante remarcar que la militancia en tanto proceso de politización es, ante todo, -y se va forjando como- un recorrido compartido, una experiencia transitada “junto a otros”. Esta afirmación nos lleva a colocar el aspecto colectivo de la subjetivación política en el centro de los procesos bajo análisis, puesto que, para estos jóvenes, la *formación* militante fue inscripta sobre todo como el ser parte de un “nosotros” que abarcaba y trascendía el aspecto individual que suele llevar a las personas a embarcarse en diferentes propósitos, tareas y misiones. La decisión de presentar a la escuela y al barrio como los ámbitos característicos para la militancia del *frente*, a partir de los cuales pudimos recuperar las prácticas, discursos y nociones que fueron emergiendo en estos “lugares”, tuvo por objeto poner de relieve el carácter situado de los procesos de politización, pero también este aspecto tramado y relacional que implica en la experiencia cotidiana la militancia como una actividad eminentemente colectiva.

En este marco, al mismo tiempo que los sujetos se fueron convirtiendo en *militantes* elaboraron modos de “hacer” y “entender” la política que combinaron la apelación a prácticas y valores con resonancias históricas significativas con formas situadas y relacionales de producción de la política. Asimismo, convertirse en *militante* no era un acto o “pasaje” que ocurría de una vez y para siempre, sino que se fue dando como parte del despliegue de un conjunto de iniciativas y tareas que iban poniendo en juego distintas temporalidades: la de la escuela, que se vivía como parte de la edad cronológica de los sujetos. La del barrio, donde insertarse en territorios nuevos implicaba sincronizar acciones con las dinámicas comunitarias de estos lugares (recuerdo muy especialmente que, en las reuniones en el barrio, para planificar un *operativo*, siempre se contemplaba la presencia de los vecinos, de lo contrario, la actividad no tenía sentido). Los tiempos del Estado, que ellos y ellas debían gestionar, reducir, y administrar hasta extender sus fronteras y su radio de acción para

producirlo materialmente. También se desplegaba una temporalidad más amplia, que permitía inscribir la militancia en una cadena de acontecimientos pasados, prefigurando, como dijimos, una genealogía que le daba profundidad histórica a las acciones presentes y reafirmaba el sentido de unidad.

Aquí es necesario aludir también a los tiempos impuestos por los ciclos de la dinámica electoral y en ese sentido, en el transcurso del trabajo de campo, hemos atravesado dos elecciones, una legislativa y otra presidencial. Este tiempo, es un verdadero reloj a la hora de dinamizar las tareas y renovar los compromisos militantes. En definitiva, de ello dependía la supervivencia del *proyecto* del que eran parte y defendían involucrándose en actividades cotidianas, pero también en otras rituales y menos ordinarias como actos y eventos conmemorativos. Independientemente del carácter de las acciones desplegadas y de los compromisos instituidos (“bajar la política a las escuelas”, “formarse en los lugares más sensibles”, “ser el Estado en el barrio” y “militante en el Estado”)- la creación de un tipo particular de militante se asentó alrededor de la defensa de un proyecto mayor y la dinámica impuesta por la temporalidad electoral, volvía a actualizar los compromisos para la acción, siendo verdaderas oportunidades para renovar y revitalizar la fuerte conexión con el *proyecto*.

Lo que hemos llamado una “ética política de la organicidad” describe la orientación general dada a estos procesos en los distintos ámbitos de militancia. Si bien estuvo asentada sobre lo que los sujetos definieron como “el rol del militante secundario”, también fue apuntalada en el barrio a partir de nociones que suponían la *formación* como experiencia de sensibilización que promovía un tipo particular de acercamiento para “conocer”, “comprender” “aprender” “lo que es el pueblo” y, desde allí, transformar la realidad. Y aquí subyace, creemos, la conexión más profunda de esta “ética política de la organicidad” con la defensa de un *proyecto* que se pensaba y vivía fuertemente emparentado con toda una filosofía política para la transformación.

El último año que seguí de cerca las actividades de *secundarios*, arrancó con un acontecimiento inesperado que modificó sustancialmente la escena de correlación de fuerzas en la política nacional: la muerte de un fiscal federal en enero de 2015 impactó en las proyecciones sobre la continuidad del kirchnerismo en el gobierno, poniendo en jaque más que en ningún otro momento la sostenibilidad del proyecto político representado por Cristina

Fernández de Kirchner. Este acontecimiento tuvo enormes consecuencias para la política y la campaña electoral de ese año en el que tendrían lugar las elecciones presidenciales, inclinando la balanza a favor de la oposición. La gravedad y el impacto mediático de lo sucedido llevó a los jóvenes a plantearse nuevas estrategias y acciones para *bancar* al gobierno. Si bien la complejidad del caso y la adversidad del escenario electoral fueron inmediatamente percibidas y asimiladas por todo el arco político, la rapidez de reflejos y la sospecha de estar frente a una operación orquestada para debilitar a Cristina, movilizó a los jóvenes a reorganizarse y a renovar los compromisos para la defensa del *proyecto*, cuya “trascendencia” dependía de la organización de *secundarios* –tal como les había señalado Mayra Mendoza dos años atrás-. Transcribimos las palabras de un joven en ocasión de una reunión convocada en articulación con el *Frente Universitario* en el contexto de la gravedad institucional y el impacto público provocados por aquel acontecimiento:

Hoy tenemos algo que no tiene ningún otro partido de la oposición, que es juventud y militancia. Eso va a ser que continúe este proyecto, porque nuestra tarea no termina como nos quieren hacer creer los medios de comunicación en el 2015. Nuestro proyecto es para toda la vida y como dijo Cristina, mientras haya un solo pobre, va a seguir una deuda pendiente con nuestra Patria (...) Tenemos que hacernos cargo este año. Nuestro territorio creo que principalmente, sin duda, van a ser las escuelas, las universidades, los centros de estudiantes, tenemos que ir a dar la cara (...) pero para explicarles también cuál es la razón, por qué seguimos en pie, por qué los sábados, los fines de semana, seguimos yendo al barrio, cuando todos los días las tapas nos tiran para abajo, cuando todos los días se escuchan a diez de la oposición diciendo cualquier cosa de nosotros y nosotros estamos y seguimos de pie. Nosotros tenemos que ir a explicarles eso a nuestros compañeros. Nos van a tildar de locos como lo tildaron a Néstor. Nos van a decir que estamos cerrados, que seguramente nos dan plata, nos dan droga, nos dan armas (risas del auditorio). Pero tenemos que ir a demostrarles que eso no es lo que nos guía. A nosotros nos guía algo más grande, que es lo que lo guiaba a Néstor, que la guía a Cristina (...). Nosotros tenemos que durar en el tiempo, no vamos a cambiar el nombre este año, ni el año que viene, ni en cinco años. Vamos a seguir siendo La Cámpora y tenemos que ir a construir con alegría y con amor (...). (Registro de campo, febrero de 2015, Facultad de Ciencias Sociales de la UBA).

Llegados al final de esta tesis, compartimos esta cita, en parte, como ilustrativa del clima de época que imperaba en 2015, año en el que Cristina finalizaría su segundo mandato, y en parte, porque destaca aspectos y nociones que fuimos reponiendo a lo largo del trabajo y que nos fueron mostrando las formas que asumió la politización como “un simultáneo proceso de sujeción y subjetivación que construye prácticas y sujetos” (Grimberg, 2009: 85). Sin embargo, su valor ilustrativo reside sobre todo en que nos permite restituir una de las preguntas que creemos haber ido esbozando a lo largo de los capítulos y por lo tanto gravita en la intención de formular estas reflexiones finales: ¿cómo a pesar de todas las dificultades ellos y ellas continuaban militando? ¿cómo, aun siendo objeto casi a diario de las estigmatizaciones que pesaban sobre la militancia juvenil en general, pero sobre los jóvenes de La Cámpora en particular, seguían involucrándose en numerosas tareas e iniciativas que codificaban el mundo de la militancia?

En un contexto donde se pusieron en debate las articulaciones entre “jóvenes” y “política”, la incorporación a la militancia por parte de estos jóvenes tuvo como telón de fondo la proliferación de discursos que desestimaban la participación juvenil a partir de la circulación de estereotipos basados en una idea de la política como una actividad “espuria”, “deshonesta” y “fraudulenta”. Las constantes adjetivaciones negativas que ejercían los medios de comunicación y otros sectores políticos sobre La Cámpora hacían que muy a menudo la militancia se despliegue bajo mantos de sospecha y desconfianza, llevando a los sujetos a tener que lidiar cotidianamente con numerosos estigmas y descalificaciones. A la par de estos obstáculos, encontramos que para estos jóvenes la militancia era una actividad de todos los días, que ellos definían como “24/7” e implicaba que “el compromiso es a toda hora” -como indicó a sus compañeros uno de los jóvenes-. Entonces, volvemos a preguntarnos ¿cómo es posible seguir en pie sosteniendo una actividad que insume grandes cuotas de energía, recursos y tiempo, demanda diversas formas de “entrega”, “lealtad” y “vocación” y que en ocasiones se realiza en el marco de ciertas dificultades?

En este punto creemos pertinente recuperar nuevamente el trabajo de Lazar (2019) sobre los sindicatos argentinos para reflexionar sobre el valor de militancia en la vida personal y en la “creación de sí”, que esta autora vincula con sentidos “más mundanos” ligados a la participación en la vida colectiva. Como pudimos ir apreciando, la subjetivación política se

apoyaba en elementos como “el compromiso” y “la solidaridad” y gran parte de la “creación de sí” supuso insertarse en nuevos territorios y “comprender” realidades diferentes a la propia. Estos elementos que caracterizaron la socialización militante de estos jóvenes se conectaban de manera profunda con toda una filosofía de la acción que, en términos generales -y la mayoría de las veces sin haber incorporado aspectos teóricos, filosóficos y humanísticos de su doctrina-, ellos y ellas vinculaban al peronismo. En ese sentido era común que los jóvenes aludieran a esta identidad política para justificar posiciones, explicar decisiones o simplemente decir que ese era su “modo de ser”. Este “modo de ser” era también un “modo de vivir” puesto que la militancia ocupaba sus vidas por tiempo completo: atravesaba la escuela, la familia, las horas de ocio y en algunos casos hasta el trabajo, por lo que volvemos a preguntarnos, si se trataba de una actividad que abarcaba casi la totalidad de la existencia, ¿de dónde provenía esa energía que por momentos se expresaba como tenacidad por seguir y que hacía que continúen militando a pesar de las dificultades?

Para respondernos debemos volver a aquello que le fuimos haciendo lugar a lo largo de los capítulos y que se expresaba en la construcción de los vínculos y las tramas de relaciones cotidianas: nos referimos a la pasión y al disfrute por lo que se hace, pero sobre todo por ese “modo de ser junto a otros”. Esto último nos remite tanto a la dimensión identitaria: ellos eran peronistas, *crystinistas*, de La Cámpora. Y al aspecto colectivo: eran todo eso “junto a otros”. En la vida cotidiana, la militancia era una tarea que se realizaba con amigos y amigas que eran considerados inclusive como “hermanos”, tal como me señaló Ludmila sobre otro joven, al contarme sobre una discusión que tuvo con él, que derivó en enojo y luego en reconciliación: “es mi hermano” me dijo, explicando las razones de su afectación.

Así, junto a las obligaciones y deberes contruidos de cara a la defensa del *proyecto*, la militancia era experimentada también en un registro más terrenal que los hacía convivir en situaciones de lo más sencillas como ir a un baile, festejar un cumpleaños, compartir una cerveza, es decir, momentos y circunstancias muy cotidianas que generaban e invertían de afectividad las relaciones interpersonales, y en ese sentido creaban “lazo”. Aunque gran parte de las tareas se justificaban desde nociones que realizaban los sentidos del “deber” y la “obligación”, el “estar a disposición de lo que se necesite” y “dar siempre un poquito más” se vivían cotidianamente en un registro que era disfrutable y a la vez generaba un sentimiento

de orgullo. Asimismo, las consignas y diversas fórmulas utilizadas para explicar el involucramiento se narraban en un lenguaje que apelaba a los sentimientos: “el amor *vence* al odio” es un ejemplo de ello. El tiempo verbal en modo presente de esta consigna nos puede aportar una pista para entender en parte la constancia y persistencia en el tiempo dedicado a la militancia. Como lo ilustra la cita de más arriba, muchas y muchos jóvenes entendían que la fuerza vital que movilizaba su accionar provenía del amor en un sentido altruista: por “el pueblo”, por Néstor y Cristina, por una causa, y esto era algo que se vivía de manera apasionada y aunque encontraba cauce en las acciones y actividades cotidianas, no era algo que se agotaba. Tal vez, como ha señalado Lazar, se trate de “proyectos de transformación del mundo que son continuos y su praxis es un proceso de construcción constante que no tiene un punto de llegada predeterminado” (Lazar, 2019: 232). “Nuestro proyecto es para toda la vida” señaló Marcos en la cita de más arriba y aún en un contexto donde eran muy conscientes del escenario adverso y de las dificultades que se avecinaban, arengaba a su auditorio “Vamos a seguir siendo La Cámpora y tenemos que ir a construir con alegría y con amor”. En ese sentido, podemos afirmar que, para las experiencias analizadas en esta tesis, la creación de un sujeto ético particular no fue únicamente un proceso de “cultivo de sí” con un fin u objetivo determinado –lo que nos permite nuevamente relativizar la idea de las acciones “con arreglo a fines”- sino que fue un proyecto compuesto de “concepciones de la vida” y del “ser” y el “hacer juntos” centrados en el día a día. Las marchas, actos, y eventos conmemorativos en los que los jóvenes cantaban, saltaban, y bailaban con los dedos en “v” y agitando los brazos, exhibiendo ostensiblemente ese disfrute por ser parte de algo mayor, eran vías para expresar, tanto en las letras de las canciones como corporalmente, la pasión por una causa y el aspecto comunitario de la pertenencia. “Yo soy así, peroncho soy, de la cabeza siempre voy”, cantaban apasionadamente fundiéndose en una totalidad mayor que nos reenvía nuevamente a la dimensión identitaria de la construcción del “nosotros”, pero que también pone de relieve los términos casi viscerales en los que se vivenciaba ese “ser junto a otros”.

Si bien en un plano individual la militancia dependía de la voluntad y convicciones personales, y a su vez se orientaba a la creación de un sujeto particular, en la práctica cotidiana era experimentada como una identidad y como el formar parte de una corporalidad mayor a partir del “ser junto a otros” y de la fuerte conexión con un *proyecto* del que eran

parte activa y estaban construyendo. En ese sentido, “ser el Estado en el barrio” y “ser militante en el Estado” fueron consignas que nos muestran las distintas experiencias que asumió esa construcción, al extender los límites y fronteras de la estatalidad y al ser ellos mismos quienes encarnaban materialmente al Estado. Aunque si hilamos más fino, y aún al tratarse de acciones que no implicaran un intercambio salarial, ellos y ellas “eran” el Estado, porque en *territorio* tenían que ser “la cara de Cristina”. La primera persona del plural afirmada en el “somos un proyecto nacional y popular” es ilustrativa del modo de experimentar ese “nosotros” pero también de las formas que implicó asumir el lugar de “ser el Estado”. Estas posiciones fueron construidas a través de mecanismos de “cultivo de sí” en el que se incorporaron esquemas para leer el mundo desde posiciones políticas e ideológicas que, ancladas en una visión del Estado como garante de la ampliación de derechos e identificadas con el peronismo –en tanto filosofía política para la acción- buscaban transformar la realidad de las mayorías para mejor.

Llegados a este punto es oportuno reiterar un aspecto que venimos señalando en torno a los procesos de politización descriptos, y cuya jerarquización se impone a partir del ejercicio de análisis y reflexión propuestos en esta tesis: si bien las prácticas y sentidos que fueron convirtiendo a estos jóvenes en militantes nos permiten evocar el proceso personal de creación de un tipo particular de sujeto político, para los sujetos de nuestra investigación la *formación militante* ha implicado sobre todo involucrarse en la realización de tareas junto a otros y otras porque, como ya hemos apuntado siguiendo a Lazar (2019), el impulso del cambio parece provenir de la organización, es decir, del aspecto colectivo de la subjetivación política.

Esta tesis ha intentado aportar conocimientos sobre los modos en que se produce esa subjetividad política, las prácticas y valores que la van instituyendo, así como los sentidos que los sujetos confieren, negocian, disputan y crean en el marco de sus prácticas y acciones cotidianas. A lo largo del trabajo hemos explorado los modos en que distintos compromisos, inscriptos en prácticas y lenguajes específicos, junto a las dimensiones más simbólicas y rituales de la acción, dan forma a una actividad que en definitiva constituye una experiencia de vida totalizadora que “crea” -y a la vez se apoya en- una orientación hacia determinados significados y concepciones en torno al mundo y una filosofía política para su

transformación. En tanto modo de vida que abarcaba casi la totalidad de la existencia y aun siendo muy conscientes de las dificultades que su posicionamiento y sus acciones traían aparejadas, continuaban eligiendo este camino y militando orgullosos y orgullosas de esa persistencia, cuya expresión más palpable, creemos, está dada por la auto adscripción a una suerte de disciplina del “verticalismo” y la “organicidad” que justificaba las acciones y era exhibida como un valor que medía el grado de adhesión a las reglas y obligaciones militantes.

La exhortación a que vayan a formarse al *territorio*, aunque se hacía eco de repertorios de acciones con resonancias históricas específicas, apelaba a una base “esencial” –cuasi biológica podríamos decir- que conceptualizaba a “la juventud” como la etapa de la vida donde es posible “moldear”, “modelar”, “construir” a un sujeto con determinadas características, porque “es ahí donde uno adquiere la sensibilidad que nunca más pierde (...) porque es en la edad en que aprendes a incorporarte a la vida, donde se te quedan fijados los conceptos y las ideas” insistía Cristina en un acto realizado en julio de 2012. Con sentidos literales para los y las jóvenes que transformaron este mandato en una experiencia iniciática concreta, el ejemplo nos ilustra los modos en que se combinaron el “ser hecho” con el “hacerse uno mismo” (Ong, 1996) –y aquí agregaríamos el “hacerse junto a otros”- en los caminos de cultivo personal para crear un perfil específico de militante.

A la par de los lineamientos oficiales, los ámbitos cotidianos digamos más “profanos” también eran espacios en los que se elaboraban y circulaban sentidos y nociones orientados al cultivo de ese militante. Del mismo modo, las dimensiones simbólicas y rituales han sido un poderosísimo mecanismo de creación de sí para estos jóvenes, y a la vez una instancia de afirmación colectiva, apropiación de valores y unificación de nociones, con implicancias específicas para la acción política presente. En ese sentido, aunque los actos, marchas y eventos conmemorativos, de los que participaban los sujetos eran momentos de efervescencia, emoción y creación de “communitas” (Turner, 1969), constituían simultáneamente una instancia para restaurar los términos en los que se fundaban los antagonismos de las contiendas políticas presentes.

En este punto volvemos a enfatizar la importancia que adquirió en estos procesos el “ser junto a otros”, mostrándonos que gran parte del trabajo de construcción de un sujeto ético particular deriva –y a la vez se orienta a- la creación del aspecto colectivo de la subjetividad política.

Teniendo como base toda una filosofía de la acción cuyo horizonte era la transformación social, esta subjetividad política se orientó a la formación de estos jóvenes como *militantes* creando un sujeto ético particular. Podría concluir llevando este argumento más allá y sostener que gran parte de la producción del aspecto colectivo de ese sujeto ético como *militante*, va creando y a la vez se nutre de un modo de “parentesco” que se va desplegando y tiene lugar en la producción de ese “nosotros”. Y aquí las emociones, los afectos y la cercanía que suelen experimentar cotidianamente los sujetos han jugado un papel del todo determinante. En esa dirección, no creo equivocarme al afirmar que las personas con las que me vinculé en el marco de esta investigación –y lo digo sin eludir el hecho de que yo también participé en muchos de esos espacios como militante y, por lo tanto, me he visto interpelada por tales procesos- se han construido como “familia” en algún aspecto que no es menor, y por lo tanto, no puede ser desatendido, considerando no sólo las energías y tiempo invertidos en la militancia, sino que en ella y a través de ella circulan y se crean formas de afectividad que sólo se dan entre personas muy cercanas, al trabar lazos de amistad, noviazgo, sentimientos de confianza, sinceridad, enojo, etc.

Para cerrar estas conclusiones me queda por señalar que, aunque esta investigación recortó la indagación sobre un grupo de jóvenes en particular, los trazos y caminos del hacerse militante –los procesos de politización analizados- abren interrogantes sobre diferentes tipos de activismos y sobre la vida política en general. De ser así, podríamos preguntarnos si la producción de este tipo de “ligazón” o “parentesco”, que hemos esbozado como apuesta teórica en estas reflexiones finales, subyace a todo proyecto ético político, haciendo que la participación tenga continuidad en el tiempo y volviendo a la militancia una opción para elegir día a día vivir una vida políticamente.

BIBLIOGRAFÍA

ABAL MEDINA, Paula (2015). Dilemas y desafíos del sindicalismo argentino: las voces de dirigentes sindicales sobre la historia política reciente; Universidad Nacional de Santiago del Estero. Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales. Instituto de Estudios para el desarrollo Social; Trabajo y Sociedad; 25; 1-2015; 53-71.

ABRAMS, Philip (1988). "Notes on the difficulty of studying the state". En: *Journal of Historical Sociology*, Vol. 1, N° 1, pp. 58-89.

ACHILLI, Elena (2005). Investigar en Antropología Social. Los desafíos de transmitir un oficio; Laborde Editor; Rosario.

ANDERSON, Benedict (1991 [1983]). Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo; México; Fondo de Cultura Económica.

AUGÉ, Marc (1995). Hacia una antropología de los mundos contemporáneos. Barcelona; Gedisa.

AUYERO, Javier (2002). La protesta: retratos de la beligerancia popular en la Argentina democrática. Buenos Aires: Libros del Rojas.

BALBI, Fernando. (2007). *De leales, desleales y traidores. Valor moral y concepción de política en el peronismo*. Buenos Aires: Antropofagia.

BATALLAN, Graciela. y CAMPANI, Silvana. (2008) "La participación política de niñ@s y jóvenes adolescentes. Contribución al debate sobre la democratización de la escuela". En: Cuadernos de Antropología Social Nro. 28. Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras-UBA; 2008. pp. 85-106.

BATALLÁN, Graciela, CAMPANINI, Silvana, PRUDANT, Elías, ENRIQUE, Iara, y CASTRO, Soledad. (2009). La participación política de jóvenes adolescentes en el contexto urbano argentino. Puntos para el debate. En: *Última Década*, CIDPA, Valparaiso: Chile.

BERNSTEIN, Basile. (1990). Poder, educación y conciencia. Sociología de la transmisión cultural. Barcelona, El Roure.

BOMBILLANI, Andrea, PALERMO, Alicia, VAZQUEZ, Melina y VOMMARO Pablo (2008). Juventud y política en la Argentina (1968-2008). Hacia la construcción de un estado del arte. Revista argentina de sociología, 6(11), pp. 44-73.

BONALDI, Pablo (2006), "Hijos de desaparecidos. Entre la construcción de la política y la construcción de la memoria". En: Elizabeth Jelin y Diego Sempol (comps.), El pasado en el futuro: los movimientos juveniles, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, pp. 143-184.

BOURDIEU, Pierre y WACQUANT, Loïc (1995). "La práctica de la antropología reflexiva". En: *Respuestas por una antropología reflexiva*. México: Grijalbo.

BORDIEU, Pierre. (1990 [1978]) "La 'juventud' no es más que una palabra". En: Sociología y cultura, Grijalbo, México.

- BOURDIEU, Pierre. (1997). Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción. Barcelona: Editorial Anagrama.
- BOURDIEU, Pierre. (2001). El campo político. La Paz; Plural editores.
- BRAUN, Robert (1994). The holocaust and problems of historical representation. En: History and Theory, Vol. 33, N° 2, pp. 172 -197.
- CALVEIRO, Pilar (2012). “La memoria en tanto espacio ético y político”. En: Topografías conflictivas. Memorias, espacios y ciudades en disputa. Buenos Aires; Ed. Nueva Trilce.
- CORRIGAN, Philip y Derek SAYER, (2007), “Introducción a La formación del Estado inglés como revolución cultural”, En: Lagos, María L. y Pamela Calla (comp) Antropología del Estado. Dominación y prácticas contestatarias en América Latina. PNUD Bolivia, La Paz.
- COSSE, Isabella, Karina FELITTI y Valeria MANZANO (2010). Los '60 de otra manera. Vida cotidiana, género y sexualidades en la Argentina, Buenos Aires, Prometeo Libros.
- CURA, Felisa. (2013). “Y nos fundimos en el Evita”: modalidades de acción política, formación de militantes y reconfiguraciones del campo político. Ponencia presentada en las VII Jornadas de Investigación en Antropología Social.
- CURA, Felisa (2014). De militar los barrios a militar el Estado. Etnografía sobre modalidades de acción política, formación de militancias y compromiso político juvenil en Argentina. En: Antípoda Revista de Antropología y Arqueología. N° 20, Bogotá, septiembre-diciembre 2014, 220 pp. ISSN 1900-5407, pp. 49-71.
- CURA, Felisa (2015). Producción política, trayectorias colectivas y vida cotidiana: un estudio etnográfico en la zona norte del área metropolitana de Buenos Aires. Revista identidades, Núm. 8, Año 5, pp. 81- 96.
- CHAVEZ Mariana (2009). “Investigaciones sobre juventudes en la Argentina: estado del arte en ciencias sociales 1983-2006”. En: *Papeles de trabajo*. Revista electrónica del IDAES, Año 2, N° 5. Buenos Aires, UNGSM.
- D´AMICO María Victoria (2015). Criterios de justicia, afectividad y ley. La construcción de lo estatal desde la cotidianeidad. Revista identidades, Núm. 8, Año 5, pp. 42-60.
- DAS, Veena y Deborah, POOLE (2008) El Estado y sus márgenes. Etnografías comparadas. En: *Cuadernos de Antropología Social*, N° 27, Buenos Aires, Instituto de Ciencias Antropológicas, pp. 19-52.
- DE IPOLA, E. (1995). “Desde estos mismos balcones... Nota sobre el discurso de Perón del 17 de octubre de 1945”. En: *El 17 de octubre de 1945*. Torre, Juan Carlos (comp.) Buenos Aires, Ariel.
- DE SOUSA SANTOS, Boaventura (2001). Los nuevos movimientos sociales. Debates, pp. 21–39.
- DE SOUSA SANTOS Boaventura (2010). Refundación del Estado en América Latina. Perspectivas desde una epistemología del Sur, Plural, Bogotá.

- DONATELLO, Luis Miguel (2008). *Catolicismo y montoneros. Religión, política y desencanto*. Buenos Aires, Manantial.
- ENRIQUE, Iara (2010). Movilización estudiantil en la Ciudad de Buenos Aires: aportes para el análisis. En: *Boletín de Antropología y Educación*. N° 1, diciembre de 2010. ISSN 1853-6549.
- ENRIQUE, I. y SCARFO, G. (2010). “Experiencias y discursos sobre organización política y laboral de las y los jóvenes. Un acercamiento histórico etnográfico a los procesos de socialización-apropiación contemporáneos”. En: *Revista Observatorio de la juventud*. Instituto Nacional de la Juventud, año 7, Núm. 25, ISSN: 0718-3119.
- FORNILLO Bruno, GARCÍA, Analía y VAZQUEZ, Melina (2008). Perfiles de la nueva izquierda en la Argentina reciente. Acerca de las transformaciones de los movimientos de trabajadores autónomos. En: *Revista (Con) textos d'Antropologia i investigación social* 1, pp. 41-58.
- FERNANDEZ, Ana María (1994). Mujeres profesionales ¿Conflicto de roles? de la tutela al contrato, en “La mujer de la ilusión”, Paidós, Buenos Aires.
- FOUCAULT, Michel (2008 [1990]). *Tecnologías del yo y otros textos afines*. Buenos Aires, Paidós.
- FREDERIC Sabina (2004). *Buenos vecinos, malos políticos: moralidad y política en el Gran Buenos Aires*. Buenos Aires, Prometeo Libros.
- GEERTZ, Clifford. (1987). *La interpretación de las culturas*. Barcelona, Gedisa.
- GIDDENS, A. (1982), “Hermenéutica y teoría social”. En: *Profiles and critiques in Social Theory*, University of California Press, (traducción de José Fernando García).
- GILLESPIE Richard (1982) “Soldados de Perón. Historia crítica sobre los Montoneros”. Buenos Aires, Sudamericana.
- GOIRAND, Camille (2013). Pensar los movimientos sociales en América Latina. Perspectivas sobre las movilizaciones a partir de los años setenta. *Revista de Antropología y Sociología: Virajes*, 15(1), 21-52.
- GOMEZ, Joaquín (2012) “La Masacre de Avellaneda en la historia reciente. A 10 años.” En: *Revista Herramienta*, N° 50, Ediciones Herramienta, ISSN: 0329-6121, Buenos Aires, pp.83-92.
- GRIMBERG, Mabel. (2009). Poder, políticas y vida cotidiana. Un estudio antropológico sobre protesta y resistencia social en el área metropolitana de Buenos Aires. En: *Revista de Sociología e Política*, Vol. 17, N° 32. Curitiba: UFP, pp. 83-94.
- GUTMAN, Daniel (2012). *Tacuara. Historia de la primera guerrilla urbana argentina*. Buenos Aires, Sudamericana.
- ISACOVICH, Paula (2012). Hacer el estado, regular la vida. Una etnografía de políticas de juventud. *Avá, Revista de Antropología*, 22, pp. 33-56.

ISACOVICH, Paula (2015). Políticas para la inserción laboral de jóvenes: estudios en Latinoamérica y Argentina. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, 13 (2), pp. 893-905.

JAUME, Fernando (1998). Estrategias políticas y usos del pasado en las ceremonias conmemorativas de la “Masacre de Margarita Belén” 1996-1998. *Revista Avá*, N° 2. Pp.65-92.

JACINTO, Claudia (2009). “Los dispositivos recientes de empleo juvenil: institucionalidades, articulaciones con la educación formal y socialización laboral”. En: *Revista de Trabajo* N° 6. Buenos Aires: MTEySS, pp. 123-142.

JELIN, Elizabeth (2012). “Militantes y combatientes en la historia de las memorias: silencios, denuncias y reivindicaciones”. En: *Topografías conflictivas. Memorias, espacios y ciudades en disputa*. Buenos Aires; Ed. Nueva Trilce.

LARRONDO, Marina (2013). *Lápices de colores. El movimiento estudiantil secundario en Argentina: Investigaciones recientes*. Serie Documentos de Trabajo, Red de Posgrados, no. 41, Buenos Aires, CLACSO.

LARRONDO, Marina (2013). *Escuela Secundaria, Participación Política y Movimiento Estudiantil. Articulaciones conceptuales y actores para el caso de la provincia de Buenos Aires*. Propuesta Educativa, núm. 39, junio, 2013, pp. 51-58 Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales Buenos Aires, Argentina.

LARRONDO, Marina (2015). El movimiento estudiantil secundario en la Argentina democrática: un recorrido posible por sus continuidades y reconfiguraciones. Provincia de Buenos Aires, 1983-2013. *Revista Última Década*, núm. 42, junio, 2015, pp. 65-90 Centro de Estudios Sociales Valparaíso, Chile

LARRONDO, Marina (2017). Participación y escolarización de la política: Reflexiones sobre lo político en la escuela. En: *Universitas, Revista de Ciencias Sociales y Humanas de la Universidad Politécnica Salesiana del Ecuador*, Año XV, No. 26.

LARRONDO, Marina y PONCE, Camila (2019). *Activismos feministas jóvenes en América Latina. Dimensiones y perspectivas conceptuales*. En: *Activismos feministas jóvenes. Emergencia, Actrices y Luchas en América Latina*, Marina Larrondo y Camila Ponce Lara (Editoras), Colección Grupos de trabajo, Buenos Aires, CLACSO.

LAZAR Sian (2013). Citizenship, political agency, and technologies of the self in Argentina Trade Unions, *Critique of Anthropology*, 33 (1): 110-128.

LAZAR Sian (2019). *Cómo se construye un sindicalista. Vida cotidiana, militancia y afectos en el mundo sindical*. Buenos Aires, Siglo XXI Editores.

LONGA, Francisco. (2017). La etapa kirchnerista. Nuevo ‘momento constitutivo’ entre movimientos sociales y Estado en Argentina. *Revista Sociohistórica*, 39, e023, ISSN 1852-1606.

LONGONI, Ana. (2010). *Arte y Política. Políticas visuales del movimiento de derechos humanos desde la última dictadura: fotos, siluetas y escraches*. Aletheia, 1(1). Disponible en: <http://sedici.unlp.edu.ar/handle/10915/69047>

MANZANO, Valeria (2010). “Juventud y modernización sociocultural en la Argentina de los sesenta” en *Desarrollo Económico* (Buenos Aires: IDES) Vol. 50, N° 199, Septiembre-Diciembre.

MANZANO, Valeria (2010). Ha llegado la 'nueva ola': música, consumo y juventud en la Argentina, 1956- 1966. En: *Los 60' de otra manera: vida cotidiana género y sexualidades en la Argentina*. Cosse Felitti Manzano coomps. Buenos Aires, Imago Mundi.

MANZANO, Valeria (2014). Argentina Tercer Mundo: Nueva izquierda, emociones y política revolucionaria en las décadas de 1960 y 1970 *Desarrollo Económico*; Lugar: Buenos Aires; Año: 2014 vol. 54 p. 79 – 104.

MANZANO, Virginia (2004). Tradiciones asociativas, políticas estatales y modalidades de acción colectiva: análisis de una organización piquetera. En *Intersecciones en Antropología*, N° 5. Olavarría, Facultad de Ciencias Sociales, UNCPBA.

MANZANO, Virginia (2006). Modalidades de acción colectiva en organizaciones piqueteras: entre la gestión de la vida cotidiana, la demanda y la protesta. En: María Cristina Cravino y Aída Quintar (comp.): *Acción colectiva y movimientos sociales en el Área Metropolitana de Buenos Aires*, Buenos Aires, Prometeo -UNGS. MANZANO, Virginia (2007). *De La Matanza Obrera a Capital Nacional del Piquete: Etnografía de procesos políticos y cotidianos en contextos de transformación social*. Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras –UBA-. Tesis de Doctorado.

MANZANO, Virginia. (2007). Movimiento de desocupados y educación: Etnografía de procesos de articulación política en Argentina reciente y de los sentidos de la igualdad/desigualdad. En: Pablo Martinis y Patricia Redondo (comps.) *Igualdad y educación. Escrituras entre (dos) orillas*. Del estante, Buenos Aires.

MANZANO, Virginia (2016). Topografías variables del poder: Las relaciones entre los movimientos sociales y el Estado argentino en dos tiempos. *Amnis* [En ligne], 15 | 2016, mis en ligne le 01 septembre 2016, consulté le 10 décembre 2021. URL: <http://journals.openedition.org/amnis/2762> ; DOI : <https://doi.org/10.4000/amnis.2762>.

MANZANO, Virginia y Ana RAMOS (2015). Procesos de movilización y de demandas colectivas: estudios y modos de abordar “lo político” en la vida social. *Revista Identidades*, Núm. 8, Año 5, pp. 1-25.

MARIFIL, Sara Elena (2015). “Militancia y acción política de los movimientos sociales en el Estado”. *Revista Identidades*, Núm. 8, Año 5, pp. 226-238.

MISCHE, Anne (1998). De estudiantes a ciudadanos. Las redes de jóvenes brasileños y la creación de una cultura cívica. En: *Revista Mexicana de Investigación Educativa*, vol. 3, núm. 5, Consejo Mexicano de Investigación Educativa, A.C. Distrito Federal, México.

MOUFFE, Chantal (1999). *El retorno de lo político. Comunidad, ciudadanía, pluralismo, democracia radical*. Barcelona, Paidós.

NATALUCCI, Ana (2008). De los barrios a la plaza. Desplazamientos en la trayectoria del Movimiento Evita. En: Pereyra S., Pérez G. y Schuster F. *La huella piquetera. Avatares de las organizaciones piqueteras pos crisis de 2001*. Al Margen, La Plata, 2008. pp: 117-140.

- NEIBURG, Federico. (1995). “El 17 de Octubre de 1945: un análisis del mito de origen del peronismo”, En: *El 17 de octubre de 1945*. Torre, Juan Carlos (comp.) Buenos Aires: Ariel.
- NORA, Pierre (1989) “Le retour de l'événement”. En: *Faire de l'histoire*, t. 1, Nouveaux problèmes, París, Gallimard, 1974, pp. 210-28 y 225-6.
- NOVILE, Mariana (2016). La escuela secundaria obligatoria en Argentina: desafíos pendientes para la integración de todos los jóvenes. En: *Revista Última década*, N°44, Proyecto Juventudes, julio 2016, PP. 109-131.
- NUÑEZ, Pedro (2008). “La redefinición del vínculo juventud política en la Argentina: un estudio a partir de las representaciones y prácticas políticas juveniles en la escuela secundaria y media”, *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*. Vol. 6. N° 1, junio de 2008, Manizales, Colombia.
- ONG, Aihwa (1996). “Cultural citizenship as subject-making. Immigrants negotiate racial and cultural boundaries in the United States [and comments and reply]”. En: *Current Anthropology*, 37 (5), pp. 737-762.
- OTERO, Analía (2006). “Representaciones sociales sobre el trabajo: un estudio de caso con jóvenes del Conurbano Bonaerense participantes del Movimiento de Trabajadores Desocupados de Lanús”, Tesis de Maestría, mimeo.
- OTERO, Analía (2010). Los avatares de la transición a la vida adulta, el papel de la educación y el trabajo en los recorridos juveniles. En: *Margen Revista de Trabajo Social y Ciencias Sociales*, N°. 59.
- PACHECO, Julieta (2011). “‘Peroncho soy’. Etnografiando los procesos de movilización y organización colectiva de la juventud”. Ponencia presentada en X Congreso Argentino de Antropología Social, Buenos Aires.
- PERAZZI, Pablo (2014). Peronismo, pos-peronismo y profesionalización: trayectorias académicas, estrategias de auto-preservación y círculos discipulares en la antropología porteña, 1945-1963. *Revista Sociohistórica*.
- PEREZ, Germán y NATALUCCI, Ana (2012). *Vamos las bandas. Organizaciones y militancia kirchnerista*. Buenos Aires, Nueva Trilce.
- PERELMITER, Luisina (2007). ¿Es posible la debilidad estatal? Notas de investigación en torno a la construcción del Estado en política social. Papeles de trabajo, *Revista electrónica del Instituto de Altos Estudios Sociales de la Universidad Nacional de General San Martín*. ISSN: 1851-2577. Año 1, n° 2, Buenos Aires.
- PERELMITER, Luisina. (2009) “Militar el Estado. La incorporación de movimientos sociales de desocupados en la gestión de políticas sociales. Argentina (2003-2008)”, en: *Masseti, A, Villanueva, E, Gómez, M (Comps), Movilizaciones, protestas e identidades políticas en la Argentina del Bicentenario*. Buenos Aires, Nueva Trilce, 137-155.
- QUATTROCHI WOISSON, Diana (1995). *Los males de la memoria. Historia y política en la Argentina*. Buenos Aires, EMECE Editores.

QUIROS, Julieta (2008). Piqueteros y peronistas en la lucha del Gran Buenos Aires: Por una visión no instrumental de la política popular. Cuadernos de Antropología Social, N° 27, pp.113-131.

RIUS, Pía (2013). Organizaciones de trabajadores desocupados en Argentina entre los años 2003-2007 frente a los momentos militantes. Revista Virajes, Vol. 15. N° 1, pp.85-114.

ROCKWELL, Elsie (1987). “Reflexiones sobre el proceso etnográfico”. En: *Para observar la escuela, caminos y nociones*. Elsie Rockwell y Justa Espeleta coord. DIE. México.

ROCCA RIVAROLA, Dolores (2011). “En torno al líder: relaciones y definiciones de pertenencia dentro de los conjuntos oficialistas de Luiz Inácio Lula Da Silva (2002-2006) y Néstor Kirchner (2003-2007)”, Tesis doctoral, Universidad de Buenos Aires.

ROCCA RIVAROLA, Dolores (2013). Militando con el gobierno en tiempos de lazos políticos fluctuantes: un estado de la cuestión como punto de partida para abordar la militancia oficialista en Argentina y Brasil desde Kirchner y Lula. Revista Virajes, Vol. 15. N° 1, pp. 267-298.

SAVIGLIANO, Marta (1994). “Malevos, llorones y percantas retovadas: el tango como espectáculo de razas, clases e imperialismo”. En: *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, XIX, Buenos Aires, pp. 79-104.

SAINTOUT, Florencia (2013). Los jóvenes en la Argentina. Desde una epistemología de la esperanza”, Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes.

SALAS, Ernesto (1994). Cultura popular en la primera etapa de la resistencia peronista (1955-1958). En: *Revista Secuencia*, N° 30, Nueva Época, México.

SCHUSTER, Federico y PEREYRA, Sebastián (2001). La protesta social en la Argentina democrática: balance y perspectivas de una forma de acción política. En: *La protesta social en la Argentina. Transformaciones económicas y crisis social en el interior*. Editado por N. Giarenca. Buenos Aires: Alianza Editorial.

SEGATO, Rita (1999). “Identidades políticas/Alteridades históricas: una crítica a las certezas del pluralismo global”. En: *Anuário Antropológico*, N° 197. Rio de Janeiro, Tempo.

SEGATO, Rita (2004). “Antropología y Derechos Humanos: alteridad y ética en el movimiento de los derechos universales.” En *Série Antropologia* 356.

SIDICARO, Ricardo y TENTI FANFANI, Emilio. (1998). *La Argentina de los jóvenes. Entre la indiferencia y la indignación*. UNICEF/LOSADA, Buenos Aires.

SIGAUD, Lygia (2004). Ocupações de terra, Estado e movimentos sociais no Brasil. *Cuadernos de Antropología Social*, 20, 11-23.

SVAMPA, Maristella y PEREYRA, Sebastián (2003). *Entre la ruta y el barrio. La experiencia de las organizaciones piqueteras*. Buenos Aires, Editorial Biblos.

TENTI FANFANI Emilio, (2003). *Educación media para todos. Los desafíos de la democratización*. En: *Educación Media para todos. Los desafíos de la democratización del acceso*. Tenti Fanfani Comp. Grupo Altamira Editor, UNESCO, Buenos Aires.

- TILLY, Charles. (2000). Acción Colectiva. Apuntes del CECYP (9-32).
- TISCORNIA Sofía (2008). Activismo de los derechos humanos y burocracias estatales. El caso Walter Bulacio. Buenos Aires, CELS/ Editores del Puerto, Colección Revés Antropología y Derechos Humanos.
- TOZZI, Verónica (2009). La historia según la nueva filosofía de la historia. Ed. Prometeo, Buenos Aires
- TROUILLOT, Michel-Rolph (2001). "The Anthropology of the State in the Age of Globalization". En: *Current Anthropology*. Vol. 42, N°1. Chicago: University of Chicago Press.
- TURNER, Victor (1969). The ritual process. Structura and anti-structura. Aldine, Chicago.
- VARELA, Mirta (2010). "Cuerpos nacionales: cultura de masas y política en la imagen de la Juventud Peronista. En: Los 60' de otra manera: vida cotidiana género y sexualidades en la Argentina. Cosse Felitti Manzano coomps. Buenos Aires, Imago Mundi.
- VÁZQUEZ, Melina y VOMMARO, Pablo (2012). La fuerza de los jóvenes: aproximaciones a la militancia kirchnerista desde La Cámpora. En: Vamos las bandas. Organizaciones y militancia kirchnerista, eds. Germán Pérez y Ana Natalucci, pp. 149-174. Buenos Aires, Nueva Nueva Trilce.
- VÁZQUEZ, Melina (2012). Relato histórico y categorías de inscripción pública del compromiso: aproximaciones al quehacer militante de los líderes de un grupo. Trabajo y Sociedad 19, pp. 299-320.
- VAZQUEZ, Melina. (2013). En torno a la construcción de la juventud como causa pública durante el kirchnerismo: principios de adhesión, participación y reconocimiento.
- VAZQUEZ, Melina; VOMMARO, Pablo; BOVILLANI, Ana y PALERMO, Alicia. (2008). Juventud y política en la Argentina (1968-2008). Hacia la construcción de un estado del arte". En: Revista Argentina de Sociología, Año 6, N° 11, Buenos Aires.
- VÁZQUEZ, Melina, Pablo VOMMARO, Pedro NUÑEZ Y Rafael BLANCO (2017). Militancias juveniles en la Argentina demodrática. Trayectorias, espacios y figuras de activismo. Buenos Aires, Imago Mundi.
- VEZZETTI, Hugo (2006). Pasado y presente. Guerra, dictadura y sociedad en la Argentina. Siglo XXI Editores, Buenos Aires.
- VILAS, Carlos (1999). Actores, sujetos, movimientos: ¿dónde quedaron las clases? En Antropología social y política. Hegemonía y poder: el mundo en movimiento, eds. María Rosa Neufeld, et al., pp. 305-328. Buenos Aires, Eudeba.
- VOMMARO, Pablo y VAZQUEZ, Melina (2008). La participación juvenil en los movimientos sociales autónomos de la Argentina. El caso de los Movimientos de Trabajadores desocupados (MTDs). Revista Latinoamericana en Ciencias Sociales, Niñez y Juventud 6 (2).
- WEBER, Max (1989). La política como profesión. En Política y Ciencia. Buenos Aires: Leviatán. Aires: Leviatán.

WEBER, Florence (1989). *Le Travail à Cote; étude d'ethnographie ouvrière*. Paris: EHESS/Ed. INRA.

WILLIAMS, Raymond. (1980). *Marxismo y Literatura*. Barcelona: Península.

WILLIS, P. (1980). "Notas sobre el método". En: Hall, S., Hobson, D., Lowe, A. y Willis, P. et. al. (Eds.). *Cultura, Media, Languaje*. London: Hutchinson.

WOLANSKI, Sandra (2013). Un militante histórico y sus disputas. Análisis de la trayectoria de un activista gremial. *Revista Virajes*, Vol. 15. N° 1, pp. 115-143.

WOLANSKI, Sandra (2016). Organizar la juventud. Un estudio etnográfico comparativo sobre experiencias juveniles de organización gremial. En: Jóvenes en movimientos. Experiencias y sentidos de las movilizaciones en la América Latina contemporánea. Fabiana Espíndola Ferrer (Coordinadora), Buenos Aires: Ediciones CLACSO.